

ENVUELTA ENTRE TUS BRAZOS

SARAH RUSELL

ENVUELTA ENTRE TUS BRAZOS

SARAH RUSELL

Primera edición.

Envuelta entre tus brazos

©Sarah Rusell

©enero, 2026

©imágenes por Freepik

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Epílogo

Capítulo 1



Elías

—Dime —dije a desgana cuando contesté al teléfono.

—Eres la alegría en persona —me contestó Matt con tono burlón.

—No me jodas, me he acostado hace un par de horas. —Me pasé la mano por la cara.

—¿Mala noche? —me preguntó, un poco más serio.

—Ni te imaginas —suspiré.

Matt era uno de mis mejores amigos. Nos conocíamos de toda la vida y fue el que estuvo cuando más lo necesité, siempre a mi lado. Nunca me faltó su apoyo ni el de sus padres, sobre todo el de su madre.

Diana, así se llamaba la madre de Matt, era una inglesa que llegó a España siendo apenas una adolescente, cuando sus padres decidieron mudarse a este país. Desde entonces se quedó e hizo su vida aquí.

Esa mujer se había convertido en mi madre. No lo era de sangre, pero sí de corazón.

Desde que una gran parte de mi vida se fue a la mierda, cogió mi mano y todavía no terminaba de soltármela. Y mira que ya tenía treinta y cinco años,

pero, por lo que parecía, para ella seguía siendo ese joven de diecinueve años que en una noche lo perdió casi todo.

—Joder, Elías, no puedes seguir sin dormir de esta manera. Entre el trabajo y lo que no es el trabajo, no sé ni cómo te mantienes de pie. —Se preocupaba mucho; me había visto en mis peores momentos.

—Ya sabes que son rachas, dentro de nada pasará —le dije para quitarle importancia.

—Pues intenta tomártelo con más calma. —Como si eso fuese posible cuando por las noches, en cuanto cerraba los ojos, llegaban a mi mente imágenes por las que daría la vida por evitarlas—. Descansa un poco, por la tarde te llamo y quedamos. —No creía que fuera capaz de volver a dormir, por lo menos en esos momentos.

—Creo que voy a ir al gimnasio, a ver si cansando un poco el cuerpo puedo dormir unas cuantas horas —le dije mientras me levantaba de la cama.

—Me apunto, tengo que moverme algo o acabaré con el culo incrustado en la silla. —Matt era diseñador gráfico, por lo que trabajaba desde su casa.

La verdad es que no le faltaba trabajo, todo lo contrario. Muchas veces tenía que rechazar encargos porque no daba abasto y, si algún cliente insistía demasiado; lo aceptaba dejándole claro que tendría que esperar hasta que llegara su turno.

—Ya te podías haber dedicado a otra cosa —le dije llegando a la cocina para hacerme un café.

—Qué va, me gusta lo que hago. Además, no soy tan adicto a la adrenalina como tú; a mí me bastan las hostias que me pegas en el gimnasio. —Me reí al escucharlo.

Yo, por mi trabajo, me dedicaba a entrenar mucho más en serio que él. Eso por no decir que hacer ejercicio me daba vida y me ayudaba mucho a mantener la mente ocupada.

Eso cuando no estaba metido en el trabajo hasta el cuello, que todo había que decirlo: era la mayor parte del tiempo.

—No soy adicto a la adrenalina, simplemente me gusta lo que hago, sobre todo cuando llego al final de un caso y todo sale según lo esperado. —Metí la cápsula en la cafetera, esperando a que empezara a salir ese líquido negro que tanta vida me daba.

Me encantaba el café, solo, sin leche ni azúcar, y cuanto más fuerte fuese su sabor, más lo disfrutaba.

—Tío, no sé cómo todavía no te ha dado algo al corazón. —Sonreí porque sabía por dónde iba—. Entre el trabajo que tienes, lo poco que duermes y esa adicción al café, es un milagro que todavía sigas entre nosotros. —El capullo había escuchado la cafetera por el teléfono.

Tengo que decir que tenía parte de razón en lo que había dicho. Claro está que no era la cosa tan extrema como Matt la había pintado.

—No empieces, después dices que no te pareces a tu madre y eres igual que ella, incluso en la forma de reñirme. —En cuanto tuve la taza entre mis manos, le di el primer sorbo sin esperar a que se enfriara un poco.

—Joder, es que nos preocupamos por ti. —Lo escuché resoplar.

—Nos vemos en el gimnasio en media hora. —Cambié el rumbo de la conversación. Sabía por dónde iba a ir si lo dejaba y hoy no tenía el cuerpo para hablar de ese tema.

—Me encanta tu sutileza para cambiar el tema de conversación —sonreí —. Nos vemos en un rato.

Dejé el móvil sobre la encimera de la cocina, fui a la nevera para coger una botella de agua y servirme un vaso.

Últimamente me sentía un poco más intranquilo; siempre me solía pasar en esas fechas.

Y es que, al acercarse el aniversario de la muerte de mis padres, recordar cómo murieron, cómo me los encontré… esas imágenes no se iban nunca de mi mente, pero había días en los que lo llevaba mucho peor.

Y por esas fechas, todos los años, era cuando peor lo pasaba.

Daba igual los años que hubiesen pasado, para mí seguía siendo como si acabara de suceder.

Salí de la cocina para darme una ducha. Aunque ya me la había dado cuando llegué del trabajo, me di otra; me ayudaba a espabilarme.

Salí de casa con la ropa de deporte puesta. No me llevé otra muda para ducharme allí, ya que el despacho solía tener cambios de ropa y toallas limpias.

Sí, aparte de dedicarme a mi trabajo, el que ejercía con ganas porque era lo que de verdad me apasionaba, hacía unos años Matt y yo decidimos montar también un gimnasio para invertir un poco de dinero y, la verdad, era que mejor no nos había podido ir.

Fue Matt el que se encargó de diseñar el logo. No puedo decir que no se lo currara, porque lo hizo, y mucho. Le dio vueltas durante semanas, probando colores, tipografías y símbolos hasta dar con algo que nos representara de verdad. Algo sencillo, pero con carácter. Además, también fue él quien se ocupó de promocionarlo y darle visibilidad, moviéndose como pez en el agua por redes, contactos y recomendaciones. Si algo sabía hacer Matt, aparte de diseñar, era vender bien una idea.

Fuimos sumando clientes poco a poco, sin prisas, casi sin darnos cuenta. Al principio eran conocidos, amigos de amigos, gente que venía recomendada. Luego empezaron a llegar por su cuenta, atraídos por el ambiente, por la forma de trabajar y por el boca a boca. Hasta que alcanzamos el punto en el que nos encontrábamos ahora, que no era otro que tener lista de espera para poder hacerte socio. Algo que, siendo sincero, nunca imaginé que diría hablando de nuestro gimnasio.

Llevábamos un tiempo sopesando la idea de comprar el local que había justo al lado para hacer una reforma y darle más metros. La idea llevaba

rondándonos la cabeza meses; aparecía en conversaciones sueltas, entre entrenamientos o cafés rápidos, pero cada vez tomaba más forma.

Si hacíamos eso, podríamos aceptar a más socios y ampliar zonas de entrenamiento. El único problema que estábamos teniendo hasta ese momento era el dueño de ese local, que se le estaba yendo la cabeza pidiendo más dinero del que realmente valía. Pretendía aprovecharse de nuestra situación, del éxito del gimnasio. Pero, como era algo que no nos corría prisa, decidimos dejarlo estar hasta que se le bajaran un poco los humos y entrara en razón con el precio que pedía.

Recuerdo que cuando finalmente decidimos dar el paso e invertir en ese proyecto, nunca pensamos que llegaría hasta donde había llegado. En aquel momento solo queríamos algo nuestro, un sitio bien hecho, cuidado, donde las cosas se hicieran de otra manera.

Nosotros éramos los dueños, sí, pero como los dos teníamos nuestros trabajos —esos para los que nos habíamos preparado y que eran lo que realmente nos hacía felices— decidimos contratar a personas que estuvieran cualificadas para que fuesen ellas las que lo llevaran prácticamente en el día a día.

Y podía dar gracias por el gran equipo que habían formado. Tuvimos suerte, mucha, de encontrar a esos cuatro que se habían convertido en nuestros ojos, nuestros pies y nuestras manos dentro del gimnasio. Personas de confianza, implicadas, que cuidaban el proyecto como si también fuera suyo.

Porque, de no ser por Abril, Esther, Íñigo y Manu, nada del gimnasio estaría funcionando como lo estaba haciendo. Cada uno sabía perfectamente cuál era su sitio, qué se esperaba de ellos y hasta dónde podían llegar. No hacía falta estar encima ni repetir las cosas dos veces; respondían, se implicaban y cuidaban el espacio y a la gente que entraba como si también fuera suyo.

Teníamos cuatro trabajadores, aparte de tres limpiadoras, ya que el nuestro se abría las veinticuatro horas los siete días de la semana. Mantener aquello en condiciones no era sencillo, y menos con el movimiento constante de gente, pero el orden, la limpieza y el buen ambiente eran algo que no estaba dispuesto a negociar.

Sí, podía decir ahora mismo que ganaba mucho más dinero con este negocio que con mi trabajo. Y que, si quisiera, podría dejarlo todo y dedicarme solo a esto, vivir con más calma y menos presión. Pero eso no iba a pasar. Mi trabajo era lo que me daba motivación, lo que me mantenía vivo, lo que me hacía levantarme cada mañana con un propósito claro. Y renunciar a eso no entraba en mis planes.

Fui saludando a todos los clientes con los que me iba encontrando. Aunque tuviéramos muchos, la mayoría pasaban aquí muchas horas al día, por lo que normalmente solíamos conocernos bastante bien.

—¿Qué tal va? —le pregunté a Íñigo cuando llegué a su lado.

—Bien, mañana entra un nuevo cliente, ya que uno de los socios se ha dado de baja por cambio de ciudad —asentí con la cabeza.

—A ver si Fernando entra en razón y por fin acepta nuestra oferta por su local. —Me crucé de brazos mirando a los que estaban entrenando en ese momento.

—¿Qué se sabe del nuevo miembro? —pregunté.

Me gustaba tenerlo todo bajo control y estar informado. No era que investigáramos las vidas de nuestros clientes como tal, pero sí que hacíamos varias preguntas, las justas para saber con quién tratábamos y asegurarnos de que encajaban con la filosofía del gimnasio.

En nuestro gimnasio no queríamos a los típicos tíos problemáticos que venían solo a ver lo que podían ligar, ni tampoco a esas tías que aparecían para hacer paripé, ocupar espacio y poco más.

Nuestros clientes eran hombres y mujeres que de verdad querían cuidar sus cuerpos, mejorar su forma física o que simplemente entrenaban para competiciones o por objetivos personales. Pero, a fin de cuentas, todos tenían algo en común: venían a entrenar, a sudar y a tomarse el deporte en serio.

—Es una mujer. Lo que sí dejó claro cuando se apuntó es que viene acompañada por su perro; si él no podía acceder, entonces ella tampoco lo haría —me comentó Íñigo.

—Estoy seguro de que, si dejó claro ese punto, es porque es un perro de protección. —Me ponía enfermo que las mujeres tuvieran que recurrir a ir acompañadas por miedo a que les hicieran algo.

Putos enfermos que no sabían apartarse cuando una mujer les decía que no o que, en otros casos, llegaban mucho más lejos y se atrevían a levantarles la mano, a someterlas a base de miedo y golpes.

A esos desgraciados los cogía yo y les daba una que, en la vida, serían capaces de volver a levantar la mano a nadie. Ni a una mujer ni a quien fuera. Porque había cosas que no tenían justificación alguna y esa era una de ellas.

—Sí, es lo que pensé, sobre todo cuando la vi hablando más cómoda con Abril que conmigo. —Para Íñigo tampoco era un tema que le gustara nada, sobre todo después de descubrir que el novio de su hermana era un hombre posesivo y celoso.

Menos mal que pudo sacarla de esa relación sin que la cosa fuera a mayores. Quiero decir que ya bastante había sido su comportamiento como para, encima, añadirle que le hubiera levantado la mano.

No llegó a eso y, cuando terminaron la relación, el tío lo aceptó sin más, cosa rara, porque los gilipollas así no solían entenderlo por las buenas.

—Quiero que la vigiles los primeros días, solo hasta comprobar que puede moverse con tranquilidad y que nadie la molesta. —Le puse una mano en el hombro—. Ya sabes lo que tienes que hacer si alguien lo hiciera.

Estaba seguro de que no sería el caso, pero por dejárselo claro no perdía nada.

Capítulo 2

Olimpia

Me levanté de la cama y lo primero que recibí fue el beso de todas las mañanas que me daba Sasha.

Era muy mimosa, aunque con cualquier otra persona que fuese desconocida para nosotras era muy protectora y podía causar algo de miedo. Aun así, era la perra más cariñosa del mundo.

Como acabo de decir, lo era conmigo. Sin Sasha no sabía qué podría haber sido de mí.

Con el cambio de ciudad que tuve que hacer, dejando a mis padres, mi hermana y mi cuñado atrás, ella era la única compañía que tenía a mi lado.

Para mí lo era todo; desde luego, no podía tener mejor compañía.

—Eres una mimosa —le dije cogiendo su rostro entre mis manos para darle un beso en la nariz y otro entre los ojos—. Anda, quita, que me voy a vestir para que demos un paseo.

Era tan lista que le hablaba con normalidad y siempre lograba entenderme.

Sasha era un pastor alemán demasiado lista. Llevaba conmigo dos años, desde que las amenazas y el acoso se hicieron mucho más insistentes.

Creo que lo mejor de todo es que os ponga un poco en contexto para que me entendáis un poco mejor.

Me gradué en Derecho y trabajé como abogada durante unos años, hasta que me empezaron a llegar amenazas anónimas o «regalitos» a la puerta de casa. Sí, lo de regalitos lo pongo entrecomillado, porque no se podían considerar como tales, sobre todo porque lo que hacían era infligirme miedo y desesperación.

Había cambiado de número de teléfono, de casa, de trabajo y nada valió la pena. No sé cómo se las arreglaba el hijo de puta que había detrás de todas esas amenazas, pero siempre conseguía dar conmigo.

Hasta ese momento no había mostrado la cara y nunca me había hecho nada físicamente. Estaba de más decir que no tenía ni idea de quién podía ser. De lo contrario, ya estaría en la cárcel. Estaba claro que, con la mierda de leyes que teníamos —y sí, ya sé que dicho por una abogada suena raro—, muchas veces trabajábamos con las manos atadas. Por mucho que como abogados lo intentáramos, si quienes hacían las leyes no pensaban en las víctimas, si no había delito de sangre, la condena era demasiado corta para todo el daño que hacían esos locos.

El caso es que en cuanto me empezaron a llegar las primeras amenazas, lo denuncié y se lo conté a mis padres. Precisamente fueron ellos los que me animaron a presentar la denuncia.

Porque al principio no le di mucha importancia; me imaginé que podía ser cualquier enfermo al que había logrado que condenaran.

Viendo que la policía no lograba dar con él, me fui apartando poco a poco de todo el mundo. Para mí, todos eran posibles sospechosos y dejé de confiar, sobre todo en los hombres.

Tenía tanto miedo metido en el cuerpo que dejé de ejercer la abogacía. Me encerré en casa y apenas salía.

Hasta que un día mis padres vinieron, se sentaron conmigo y me hablaron claro. Me dijeron que no podía seguir así, que era demasiado joven para

encerrarme de esa manera y que, si le daba ese poder a esa persona, él estaría ganando.

Fue entonces cuando decidí hacer un curso de creadora de páginas web y, desde entonces, trabajaba de ello. Por ahora no ganaba la misma cantidad de dinero que cuando ejercía como abogada, pero sí lo suficiente para mantenerme y vivir con cierta tranquilidad.

Empecé a salir un poco. Al principio me movía cerca de casa. Como he dicho, no me fiaba de nadie y, como las llamadas telefónicas, los correos electrónicos y los mensajes no paraban de llegar, el miedo seguía presente día a día, pegado a mí como una sombra.

Ni siquiera la policía se explicaba cómo lo hacía para dar con mis nuevos números de teléfono o con los correos. De estos últimos había perdido la cuenta de cuántas veces había tenido que crearme direcciones nuevas, casi tantas como había cambiado de número de teléfono.

Eso lo estuve haciendo durante los dos primeros años, hasta que me cansé y decidí no cambiar más. Total, no me servía de nada porque siempre terminaba encontrándome con ellos.

Lo que sí hice fue irme de mi casa y cambiarme de ciudad cuando un día la amenaza fue más grande. Y cuando digo más grande, es que fue mucho más específica que las que solía mandarme siempre, más directa, más clara.

Esa vez sí me asusté hasta tal punto que me dio un fuerte ataque de ansiedad y, menos mal, estaba en casa de mis padres, porque terminé desmayándome.

No teníamos ni idea de quién podía ser y la angustia nos iba carcomiendo poco a poco a toda la familia.

Tampoco podía tener ni la más mínima relación con ningún hombre, ya fuese familia o amigos de toda la vida.

Recuerdo que un día vino mi primo Diego para acompañarme a un supermercado y no había terminado de cruzar la puerta de casa cuando me llegó un mensaje. En él me lo dejó claro:

«Como vuelvas a dejar que un hombre se te acerque tanto, no te imaginas todo lo que voy a hacer con tu cuerpo. Si te estoy dejando un poco más tranquila es porque no tienes hombres cerca de ti, pero recuerda: eres mía.»

Desde ese día corté todo contacto con mis antiguos amigos. Lo hice por miedo a que me hiciera algo a mí o a que se lo hiciera a ellos.

Fue entonces cuando puse esa denuncia y cuando Susi, una policía que siempre solía atenderme y que llevaba mi caso, me aconsejó apuntarme en el programa de protección de mujeres. Gracias a ello tendría la oportunidad de contar con un perro entrenado especialmente para protegernos.

Hice lo que me dijo. Tuve que estar yendo durante una semana para que Sasha y yo nos fuésemos conociendo y para que me enseñaran las órdenes y palabras clave que tenía que utilizar con ella en caso de que me viera en peligro.

De eso habían pasado dos años y, desde entonces, tenía a mi mimosa conmigo. Con ella me vine a vivir a esta ciudad.

Fue duro, no lo voy a negar, tener que alejarme de mis padres y de Bianca. Aunque mi hermana estaba casada y vivía con su marido, la echaba muchísimo de menos; siempre habíamos estado muy unidas y la distancia pesaba más de lo que imaginé. Menos mal que Nando, que así se llama el marido de mi hermana, se nos unía de vez en cuando a esas llamadas y conseguía que todo fuese un poco más llevadero con su sentido del humor.

Lo peor de todo es que llevaba dos años sin verlos, dos años en los que llevaba viviendo aquí y todavía no conocía a casi nadie. Dos años de llamadas, de pantallas y de echar de menos.

La única sensación de libertad que tenía eran los entrenamientos en el gimnasio. Me gustaba hacer ejercicio para destensar mi cuerpo, para adquirir unos conocimientos básicos de defensa personal, pero lo que más me gustaba de todo era saltar a la comba.

Sí, como lo habéis oído. Me encantaba ponerme unos auriculares con música que tuviera buen ritmo y saltar, perderme en ese movimiento repetitivo que me obligaba a concentrarme solo en el aquí y el ahora. Descubrí que,

saltando con ella, había mejorado mucho mi estado de ánimo; tenía mayor resistencia, más reflejos y que, por las noches, podía descansar mucho mejor.

Porque ese era otro de los problemas que tenía desde que había empezado mi pesadilla: el sueño se me había ido casi por completo y lo poco que lograba dormir lo hacía despertándome un montón de veces durante la noche. Aun así, me negaba a tomar las pastillas para dormir que me había mandado la médica.

No lo hacía porque me daba tanto miedo que me dejaran tan fuera de juego que el loco ese entrara en casa mientras dormía y yo no me diera cuenta de nada.

Como iba diciendo, cuando llegué a esta ciudad busqué el gimnasio que me diera más seguridad, pero no había plazas disponibles, así que no me quedó más remedio que apuntarme a la lista de espera —que, por cierto, me dijeron que era larga— y esperar a que me llamaran.

Mientras tanto, durante ese tiempo fui probando otros gimnasios, pero cuando llevaba unos cuantos meses me sentía tan observada que empezaba a incomodarme, por lo que terminaba marchándome y buscando otro.

Hasta que me llamaron del primero al que me apunté para decirme que se había quedado un hueco libre y que la siguiente de la lista era yo. Si seguía interesada, tendría que pasarme a hacer el pago del primer mes y rellenar todos mis datos.

Le dije que sí sin pensármelo mucho, con la condición de que llevaba un perro conmigo y de que tenía que ir donde yo fuese. La verdad es que el hombre con el que hablé se mostró amable y no me puso pega alguna; de lo contrario, no hubiese dicho que sí.

—Sasha —la llamé cuando me vestí con la ropa de deporte, porque después de su paseo nos iríamos al gimnasio—. Vamos, preciosa.

Llegó hasta mí tan contenta como siempre. En casa era así, pero en cuanto salíamos de ella, su comportamiento cambiaba por completo. Al cruzar la puerta se ponía alerta y no se despegaba de mi lado absolutamente para nada, hasta que yo le decía que todo estaba bien.

—Hola, papá —dije cuando me sonó el teléfono y vi que era él—. ¿Cómo estáis todos? —Ya sabía cómo estaban porque el día anterior había hablado con ellos.

—Bien. —Pero su voz no sonó tan bien como quería hacer parecer—. Tengo que decirte algo que ayer no quiso decirte tu hermana para que no te pusieras triste. Sin embargo, yo creo que cuanto antes lo sepas, mejor. —Me paré en seco. Sasha me miró y, al notar la tensión en mi cuerpo, se puso en alerta total.

—Papá, me estás asustando —le contesté cuando el temblor empezó a invadirme el cuerpo.

—No es nada malo, te lo prometo. Perdona, no te lo tenía que decir de esa manera para no preocuparte, pero te juro que no es nada malo, así que respira. —Me conocía demasiado bien y sabía cómo me ponía cuando tenían que decirme algo y daban demasiados rodeos.

No podía evitar imaginarme mil cosas y todas ellas eran malas.

—Bianca está esperando un bebé.

—¡¿Qué?! —casi grité—. Pero eso es buenísimo —dije llena de alegría, porque mi hermana y Nando llevaban dos años intentando quedarse embarazados sin conseguirlo.

—Sí, es una noticia muy buena. Lo que pasa es que tu hermana no quiso decírtelo para no ponerte triste, porque sabía que lo harías al no poder estar aquí con nosotros y celebrarlo todos juntos.

Una lágrima solitaria se me derramó. Era por ese cúmulo de sentimientos encontrados que me golpearon de repente.

Era felicidad por ella, pena por no poder estar junto a ellos, rabia por todo lo que me había quitado el cabrón ese, desespero, ganas de que todo terminara ya, de darme por vencida y, al mismo tiempo, de querer saber quién era ese monstruo y enfrentarme a él de una vez por todas.

—Me alegro mucho por ella y por él, se merecen que sus sueños se hagan realidad. No te preocupes por mí, yo soy feliz, aunque sea en la distancia —le dije mientras me limpiaba la gota de lágrima que antes se me había escapado —. Es verdad que me gustaría estar ahí, pero te juro que cuando menos te lo esperes vamos a volver a estar todos juntos.

Sasha se acercó a mí sin dejar de rozar su cabeza contra mi pierna; era una de sus tantas formas de demostrarme su afecto.

—Ya, cariño, pero nos gustaría que pudieras estar con nosotros. —*Más me gustaría a mí*, pensé, pero eso desde luego que no se lo dije.

—Te dejo, papá, que estoy paseando con Sasha y ahora nos vamos al gimnasio. —Tenía un nudo en la garganta y era incapaz de hablar en ese momento. Él no era tonto y lo sabía.

—Espero que te vaya bien en ese y no tengas que volver a cambiar. —A mi familia no le había dicho el motivo por el que lo hacía. Bastante tenían ya como para que siguiera preocupándolos, así que había muchas cosas que no les contaba y me las guardaba para mí—. Te quiero, hija.

—Yo también te quiero.

Me despedí de él y volvimos a casa para coger la bolsa con la comba, la toalla y la botella de agua.

Capítulo 3

Elías

Llevaba dos semanas en las que no había tenido ni un solo respiro. El trabajo me había absorbido por completo, tanto que no había podido pasar por el gimnasio, ni quedar con Matt, y mucho menos había tenido tiempo de visitar a Diana y a Alonso.

Sabía que, como tardara mucho más en ir a verlos, me caería una buena bronca en cuanto apareciera por allí. Y con razón. Pero es que estaba hasta el cuello de trabajo, metido en una rutina que apenas me dejaba margen para nada más.

Entraba en casa de madrugada y salía casi al amanecer, encadenando días que se parecían demasiado entre sí y que apenas me dejaban tiempo para respirar.

—Herrera —me llamó un compañero—. ¿Listo? —Estábamos a punto de dar caza a la banda en la que habíamos estado trabajando durante los últimos dieciocho meses.

En esa ocasión había sido Nicolás el que se había infiltrado hasta el fondo y yo había estado trabajando desde fuera, siguiendo cada movimiento, cada paso, esperando el momento exacto para actuar.

Sí, era agente encubierto, pero eso solo lo sabían Matt y sus padres, además de mis compañeros de trabajo. Para el resto del mundo yo era otra

cosa, alguien distinto, alguien que no hacía preguntas incómodas ni se metía donde no debía.

El resto de las personas que conocía no lo sabían; simplemente no podían saberlo por seguridad, la mía y la de todas esas personas. Era una línea que no se cruzaba, por mucho que a veces pesara.

En esa ocasión llevábamos todo ese tiempo detrás de una banda que se dedicaba al blanqueo de dinero y a la venta de drogas duras. Meses de seguimientos, escuchas y piezas sueltas que, poco a poco, habían ido encajando.

Ya teníamos todas las pruebas en nuestras manos. Estábamos listos para actuar; solo nos faltaba que el juez nos diera la orden judicial para poder terminar de hacer nuestro trabajo y cerrar el caso de una vez por todas.

—Ten cuidado —le dije por el pinganillo que llevaba en el oído.

Nicolás tenía que hacerse pasar por uno de ellos y, como tal, tenía que estar presente en la redada como si fuese uno más, mezclado entre los suyos hasta el último segundo.

En mi caso iba a entrar con el resto del equipo con el que trabajaba habitualmente. Éramos un grupo reducido, pero cuando teníamos que hacer este tipo de redadas siempre se sumaban otros compañeros de apoyo.

Los que trabajábamos como policías infiltrados actuábamos con el rostro cubierto por un pasamontañas y unas gafas oscuras, para que no pudieran reconocer ningún rasgo nuestro ni asociarnos después.

Los policías uniformados iban vestidos con su ropa reglamentaria; nosotros llevábamos trajes distintos, completamente negros, pensados para entrar, actuar y desaparecer sin dejar huella.

—No te preocupes, está todo planificado a la perfección. —Nico no veía el peligro por ningún lado; siempre tenía que estar pendiente de él.

Con eso no quiero decir que no supiera desempeñar su trabajo, todo lo contrario, era un buen profesional, pero es verdad que era mucho más

impulsivo que otros compañeros.

—Sabes que, por muy bien planificado que esté todo, siempre se puede escapar algo de control —le dije antes de despedirnos, sabiendo que tenía que quitarse el pinganillo para que no lo descubrieran.

No me metí en este trabajo por casualidad. Lo hice a raíz de lo que les pasó a mis padres. Mi intención, al principio, no era esta.

De hecho, ese mismo año me matriculé en la carrera de Arquitectura, una decisión que abandoné cuando murieron mis padres.

Después de que todo aquello pasara, me empecé a replantear muchas cosas y, aunque a los asesinos de mis padres los cogieron pocos días después, la rabia por lo que habían hecho no se me quitaba de encima.

La rabia, la pena y la angustia. Todo eso se me quedó metido dentro, enquistado, sin darme tregua.

Pasé unos meses muy malos. En realidad, todavía no lo había llegado a superar, por lo menos no del todo. Muchas noches me despertaba sobresaltado, con las imágenes de sus cuerpos cubiertos de sangre clavadas en la cabeza, tan nítidas como si acabara de verlos unos segundos antes.

Fui yo quien me los encontré cuando llegué a casa después de haber salido con Matt. Hoy en día no soy capaz de hablar de esa noche con casi nadie; hay recuerdos que siguen pesando demasiado.

Fueron los padres de Matt los que me ayudaron y estuvieron en todo momento a mi lado. Fueron ellos quienes me aconsejaron que lo mejor que podía hacer era acudir a un buen psicólogo, alguien que me ayudara a ordenar todo lo que llevaba dentro.

Me ayudó mucho durante esos años, más de lo que en su momento fui capaz de admitir, aunque nunca llegó a borrar del todo lo ocurrido.

Por eso terminé de decidirme a trabajar en la policía. Estudié, me preparé y no paré hasta llegar donde estaba ahora, empujado por una necesidad que iba más allá de un simple trabajo.

Lo hice por mí, por mis padres y por todas esas personas a las que podía ayudar e intentar salvar de esos cabrones que, por un simple robo, se llevaban vidas de inocentes por delante sin pensar en las consecuencias.

Eso fue lo que pasó con mis padres. Entraron a robar y se los llevaron por delante, y eso que no pusieron resistencia, al menos eso fue lo que me dijo la policía en su momento. Y esa idea, la de que aun así los mataran, era algo con lo que todavía tenía que convivir.

En cuanto pude, cogí su caso y hasta que no me lo aprendí de memoria no paré de revisarlo. Volví una y otra vez sobre cada informe, cada fotografía, cada detalle. Era cierto lo que se investigó en su día: en las pruebas no había indicios de que se hubieran resistido y, aun así, me los quitaron.

Se ensañaron con ellos. Nada más había que ver sus cuerpos para darse cuenta de que disfrutaron ejerciendo tanto dolor, de que no fue algo rápido ni accidental.

No era tonto y sabía que lo del robo fue una simple excusa que pusieron. Ellos entraron allí a matar, a disfrutar siendo sádicos, y luego se escondieron detrás de una versión que no explicaba nada.

Todavía estaban en la cárcel. Esperaba que se murieran antes de que consiguieran la libertad; de lo contrario, no sabía de qué sería capaz si me los encontrara delante de mí. Había pensamientos que prefería no alimentar demasiado.

Mejor volvía a la realidad y me olvidaba de esos dos, porque cada vez que me acordaba de ellos el carácter se me torcía por completo y no era el momento.

—Chicos, quiero que todo salga perfecto. No quiero errores ni que ninguno de vosotros salga herido —nos dijo nuestro superior—. ¿Entendido?

—Entendido —le contestamos casi todos a la vez.

—Herrera —me llamó—, tú al frente.

No había mucho más que decir. Éramos profesionales, sabíamos hacer nuestro trabajo y, como tal, lo volvimos a demostrar cuando dimos fin al operativo y todo salió a la perfección.

A Nicolás, como era normal, tuvimos que hacer el paripé de detenerlo igual que a los demás.

Esta era la parte que más disfrutaba el capullo.

—Cómo me pone que me esposen —me decía siempre cuando lo cogía para meterlo en el coche—. Debajo de todo ese rostro tapado tiene que haber un hombre muy atractivo —se relamió los labios.

—Cállate de una vez —le dije, aguantándome la risa.

—Uy, cómo me ha puesto tu voz. —Hizo como si se le escapara un suspiro —. Quítate el pasamontañas y dame un besito. —Puso los labios como si fuera a dar un beso.

—Menos mal que no te está oyendo nadie. —Le di una colleja para que se callara.

—No sabía que te gustara ser dominante —me dijo, provocando la risa de los que íbamos en ese furgón.

—Nico, como no cierres la boca, te la voy a cerrar de un puñetazo —le dije, aunque debajo del pasamontañas tenía una sonrisa.

—Vale, vale —levantó las manos esposadas—, tienes razón. Mejor lo dejo, que al final van a pensar que soy gay de verdad.

—Es que eres gay de verdad —le dijo otro de los compañeros, aguantando la carcajada.

—Coño, no sé cómo os habéis enterado, con lo discreto que soy —dijo, ironizando.

—Tíos, vamos a tomarnos esto en serio, que ya no queda nada —les dije serio. Estaba muy bien descargar tensión con risas, pero todavía nos quedaba

todo el tema de los papeles y, al menos a mí, se me hacía demasiado tedioso.

Tenía ganas de terminar con ese caso y poder cogerme unos días de descanso. Mi cuerpo me estaba pidiendo a gritos que se los diera.

Y aunque no era un hombre al que le gustara estar sin hacer nada, sí que necesitaba esos días. Ir al gimnasio, entrenar hasta caer rendido y no pensar en nada más.

Desde luego, lo primero que iba a hacer era visitar a Diana y a Alonso. No podía dejar pasar más tiempo y no era solo por la bronca que seguramente me iba a echar Diana por no cuidarme como debía; era porque los necesitaba. Para mí eran como mis padres y los quería mucho.

Dos días tardamos en mandar todos los papeles a la fiscalía, ya que serían ellos los que se presentarían contra esa banda.

En cuanto entré por la puerta de casa con una semana libre por delante, lo primero que hice fue darme una ducha y dejarme caer en el sofá con la intención de dormir un rato. Pero, al ver que el sueño no llegaba, decidí salir a correr.

Cuando lo hacía, no solía ir a paso lento precisamente. Me gustaba correr todo lo rápido que mi cuerpo era capaz de aguantar, hasta que las piernas me temblaban y los pulmones no podían más.

Me hacía sentir libre. Me cansaba tanto que, después de esas carreras y una buena ducha, era cuando mejor podía dormir, al menos durante más horas seguidas.

No sé cuánto tiempo pasé corriendo por las afueras de la ciudad; lo que sé es que, cuando regresé a casa y me volví a duchar, caí rendido en la cama hasta pasado el mediodía.

Hacía mucho tiempo que no dormía tantas horas seguidas. Se notaba que, por fin, mi cuerpo había aceptado que era humano y que, de vez en cuando, necesitaba descansar.

Capítulo 4

Olimpia

Me sonó el teléfono y, al cogerlo, me entró un miedo atroz. Otra vez estaba ahí. Esta vez había tardado menos tiempo en escribirme y lo que puso hizo que los vellos de todo mi cuerpo se me pusieran de punta.

Desconocido: *Muchas felicidades, cariño. Me alegro mucho de que el sueño de tu hermana se haya hecho realidad.*

Dios mío, ¿quién podía ser este hombre que siempre iba un paso por delante de todos nosotros?

Desconocido: *Espero que sea una niña y que se parezca a ti, aunque la que tendremos nosotros seguro que nos sale mucho más bonita.*

Estaba enfermo, no podía ser de otro modo. Una persona normal no hacía esas cosas. Por primera vez en mi vida me atrevía a contestarle.

Eso sí, los dedos y las manos me temblaban como nunca. El miedo me tenía casi paralizada, pero no podía dejar que siguiera teniendo ese poder sobre mí.

No podía permitir que continuara dominando mi vida. Ya me había apartado de todas las personas que me importaban, del trabajo que tanto me gustaba. Me había encerrado en una casa, en una ciudad en la que no conocía a nadie, y a los pocos que había ido conociendo no los dejaba entrar en mi vida.

No tenía nada que perder, porque no estaba viviendo una vida. Lo que estaba viviendo era una auténtica pesadilla y ya no podía más.

¿Qué podía hacer? ¿Matarme? Total, ya estaba muerta en vida. A lo mejor así dejaba de sufrir y mi familia podía descansar de una vez por todas.

Sé que no debería haber tenido esos pensamientos, pero de vez en cuando había días más malos en los que todo se ve muy oscuro, ¿verdad?

Que me hubiera mandado un mensaje pensando en mi sobrina —si es que era una niña— y que además pensara en tener algo conmigo hacía que se me revolviera el estómago.

Olimpia: *Déjame en paz. ¿No has disfrutado bastante durante todos estos años martirizándome? ¡Basta ya! Y antes muerta que dejar que me toques un solo pelo, enfermo.*

Desconocido: *Vaya, por fin me respondes. Parece que te ha gustado más de la cuenta que te hable de nuestra futura hija. No te preocupes, antes de lo que imaginas haré que se haga realidad.*

»Mientras tanto, sigue así. No dejes que ningún hombre se te acerque, porque eres mía.

»Y una última cosa: que sea la primera y la última vez que me hablas de ese modo, si no quieres que le pase algo a esa hermana tuya antes de que tenga a su hija.

Bloqueé ese número, aunque sabía que no serviría de nada, y me tiré sobre la cama, enterrando la cara en la almohada, llorando de una manera que me desgarraba por completo.

Muchas veces, en momentos como ese, pensaba que lo mejor que podía hacer era quitarme del medio y dejar de sufrir. Pero después, cuando lo pensaba en frío, me daba cuenta de que no podía darle ese poder sobre mí. No después de todo lo que me había quitado.

Sentí cómo una nariz fría y húmeda se rozaba con mi mejilla. Escuché un sonido lastimero salir de la garganta de mi pequeña Sasha.

—Estoy bien, cariño —le dije mientras le acariciaba la frente—. Te prometo que no va a poder con nosotras. Teniéndote a mi lado, todo es mucho más fácil. —La abracé por el cuello, llenándole la carita de besos.

Como recompensa, Sasha me lamió todo el rostro hasta no dejar rastro de las lágrimas que había derramado unos momentos antes.

—Lo sé, tonta, pero un momento de bajón lo puede tener cualquiera —le contesté cuando emitió uno de esos sonidos suyos, su forma de decirme que no estaba de acuerdo.

Que no, que no me había vuelto loca con toda la situación que tenía encima. Y sí, mi niña me entendía. Aunque muchos piensen que los perros no entienden más que órdenes, no es así.

Sasha tenía una gran inteligencia. La única pena era que no podía responderme. De ser así, me sentiría completa teniendo una amiga con la que poder hablar y que me contestara. Pero, como no era el caso, solo me quedaba hablarle y escuchar esos sonidos suyos.

—Venga, vamos, perezosa —le dije tras levantarme de la cama—. Hoy vamos caminando al gimnasio; así matamos dos pájaros de un tiro, tu salida y la mía. —Entré en el baño para darme una ducha.

Cuando salí, me puse la ropa de deporte: unos pantalones largos y una camiseta de manga corta. No era capaz de ponerme ropa ceñida ni tops.

La última vez que utilicé ese tipo de ropa, en cuanto llegué a casa me llegó un mensaje amenazándome con que, si volvía a vestirme así, iba a recibir un escarmiento.

¿Hasta cuándo iba a durar todo esto? Ya era demasiado tiempo aguantando toda esa mierda. No creía que una persona pudiera permanecer cuerda viviendo así.

A veces viene bien hacer balance de la vida: sopesar lo que hemos hecho, si nos hemos sentido realizados, si hemos conseguido lo que deseábamos, lo que podríamos llegar a hacer si no fuera así.

Superarnos a nosotros mismos o, simplemente, darnos cuenta de que nuestra vida no tiene sentido, de que estamos desapareciendo como personas, de que nada mejora por mucho que lo intentemos. Eso era tocar fondo, y yo lo había tocado.

No había vuelta atrás. Solo quedaba rendirse o luchar con uñas y dientes para liberarse de esas cadenas que llevaban años inmovilizándome.

Y sí, tenía miedo por lo que pudiera hacerle a mi familia o a mí. Pero, con los mensajes que había recibido aquella mañana, decidí que esas cadenas que me había autoimpuesto para sobrevivir ya no me iban a inmovilizar más.

Decidí que las iba a romper, eslabón a eslabón si hacía falta. Ninguna otra persona iba a tener poder sobre mí, y mucho menos un cobarde que no se atrevía a dar la cara.

Iba a empezar por no demostrar miedo. Después vendría abrirme un poco más con las personas. Y, en cuanto saliera del gimnasio, iba a comprarme la ropa de deporte que antes usaba y que había tirado por miedo.

Hasta aquí había llegado la Olimpia temerosa y asustada. Que viniera a mí. No me iba a dar miedo enfrentarme a él cara a cara. Yo también tenía dos manos, dos piernas y dientes si hacía falta.

Estaba llegando a la puerta del gimnasio cuando me llegó otro mensaje. Al sacar el móvil de la mochila vi que era otra vez él, desde otro número. ¿Cuántos números podía llegar a tener ese cabrón?

Desconocido: *Preciosa, por mucho que me bloquees, nunca vas a poder deshacerte de mí. Siempre voy a estar presente en tu vida y, cuanto antes lo aceptes, mejor será para todos.*

Olimpia: *Ya no te tengo miedo. No cuando eres un puto cobarde que no tiene los cojones de dar la cara. No vas a seguir dominándome ni voy a seguir dándote ese poder, así que puedes irte a la mierda. Y no esperes que te vuelva a contestar.*

No lo bloqueé. Total, iba a escribirme desde otro número en un rato. Lo mejor que podía hacer era no leer los mensajes, porque eso era lo que él

quería: que los leyera para seguir atemorizándome.

—Buenos días —le dije a Esther cuando entré en el gimnasio—. Junto —le indiqué a Sasha.

Con esa palabra ella sabía que tenía que permanecer a mi lado sin sentarse ni moverse.

—Qué lástima que no se pueda tocar a Sasha —comentó una de las encargadas del local.

—Si algún día vienes a casa o nos encontramos fuera y ella no está trabajando, te prometo que podrás tocarla. —Miré a mi pequeña, que estaba atenta a cualquier posible peligro.

—Estoy deseando jugar con ella. —La miró con cariño—. Por cierto, hoy está ocupada la zona que sueles utilizar para saltar a la comba.

Suspiré con desgana. Aquel día, más que nunca, necesitaba saltar sin descanso.

—¿No hay otra que pueda utilizar? —pregunté, porque de verdad lo necesitaba.

—Ven conmigo, vamos a ver qué podemos hacer.

La seguí hasta los pies de una escalera.

—Normalmente, esta planta no la utiliza nadie. Todas las pesas y máquinas están abajo. El único que sube es el jefe.

—No quiero molestar, será mejor que me quede aquí haciendo cinta o cualquier otra cosa. —No era justo invadir el espacio de otra persona.

—No seas tonta, no pasa nada. Elías es un buen hombre y no creo que venga. Y si lo hace, tampoco pasa nada.

Al final subí con ella. Al llegar arriba vi que era una planta diáfana, completamente vacía. Solo el suelo de goma y, en un lateral, un saco de boxeo

colgado.

Supuse que a ese hombre le gustaba practicar ese deporte. A mí, mientras me dejara saltar a la comba, me iba perfecto.

—Gracias, Esther —le dije antes de que bajara.

—De nada. Si necesitas cualquier cosa, ya sabes dónde encontrarme. —Me dedicó una sonrisa amable antes de irse.

Cogí los auriculares, la comba, dejé la botella de agua a un lado y le indiqué a Sasha que se tumbara.

La primera canción que me puse fue *Tengo el poder*, de Manuel Carrasco. Era la que siempre escuchaba al empezar. No sé, quizá era mi forma de darme ánimos.

De creer que, de verdad, algún día iba a tener el poder de pararlo.

Capítulo 5

Elías

Menos mal que fui por la tarde a casa de los padres de Matt; de haber ido por la mañana, Diana me habría tenido allí el día entero sin dejarme escapar.

No me dejó marcharme hasta que cenamos y, que conste, no me estoy quejando de nada. Me encanta cómo son conmigo y la forma en la que, una y otra vez, me demuestran lo mucho que les importo y lo pendientes que están de mí.

Todavía me acuerdo de cuando su hijo dijo que se había comprado su propia casa; a Diana por poco le da algo. Es una de esas madres gallina a las que les gusta tener a sus polluelos bajo sus alas, incluso cuando ya han aprendido a volar solos.

Cuando pasó lo de mis padres, ellos me pidieron que me fuera a vivir con ellos. No quise. Lo primero, porque no quería ponerlos en un compromiso; lo segundo, porque ya era mayor de edad y podía mantenerme por mí mismo. Pero eso no los detuvo a la hora de acogerme como un hijo más, de hacerme sentir parte de su familia desde el primer momento.

Si no iba yo a visitarlos, eran ellos los que venían. Siempre estuvieron pendientes de mí, igual que lo seguían estando a día de hoy, sin necesidad de palabras ni explicaciones.

Me terminé de beber el café y me fui para el gimnasio. Llevaba varias semanas sin ir y el gusanillo de quemar adrenalina me estaba llamando a

gritos, reclamando su espacio.

Al entrar, repasé el gimnasio con la mirada, asegurándome de que todo funcionaba como debía y de que los clientes entrenaban con normalidad.

Me di cuenta de que Esther estaba con una clienta y, por lo que parecía, le estaba explicando el funcionamiento de una nueva máquina que habíamos comprado; su función era trabajar los muslos.

A Manu lo vi entretenido con el ordenador. Imaginé que estaría poniendo al día la lista de clientes o dejándolo todo preparado para el gestor, ya que el cierre del trimestre estaba a la vuelta de la esquina.

Así que no me lo pensé dos veces y me encaminé a la planta superior. Aunque siempre estaba abierta para todos los clientes, lo cierto es que casi nunca la utilizaban, y eso, en ese momento, me venía perfecto.

Allí podía darle duro al saco de boxeo sin que nadie me molestara.

Al llegar arriba me quedé quieto, con el pie apoyado en el último escalón. En medio de la planta había una mujer saltando a la comba, pero no saltaba sin más: lo hacía como si la vida le fuera en ello.

Saltaba con furia, con fuerza, como si en cada giro de la cuerda se estuviera quitando un peso enorme de encima de los hombros.

No eran solo saltos; con la comba marcaba distintos cambios de ritmo, cruzaba los brazos, se movía con una soltura que llamaba la atención.

Me quedé como un tonto viéndola. Al bajar la mirada, me di cuenta de que había un perro, más concretamente un pastor alemán, que en cuanto me vio se puso en tensión, vigilándome sin quitarme los ojos de encima.

Esa tenía que ser la mujer de la que me habló Íñigo cuando estuve aquí la última vez.

Me resultaba raro que estuviera allí tan apartada de todos, aunque, por otro lado, quién sabía qué le habría pasado para tener que ir acompañada de un perro de protección.

Lo que sí tenía claro era que esa mujer lo había pasado mal y que, de algún modo, lo seguía pasando mal.

Di un último paso, con cautela, porque el perro cada vez estaba más en tensión. Ella llevaba uno de esos auriculares grandes que te cubren por completo las orejas; estaría escuchando música y tan concentrada en sus movimientos que no se había dado cuenta de mi presencia.

Estaba seguro de que, si en ese momento se mostraba tan relajada, era porque se sentía segura allí; de otro modo habría estado en alerta.

Era una mujer preciosa, incluso con esa ropa ancha que llevaba puesta, con el pelo castaño claro recogido en un moño medio deshecho y las mejillas enrojecidas por el esfuerzo.

Nunca había visto una mujer más bonita que ella; de eso podía estar seguro, al menos bajo mi punto de vista y mis gustos.

Tenía algo que no me dejaba apartar la mirada. Me había quedado embobado observándola, como si todo a mi alrededor hubiera desaparecido.

¿Qué le podría haber pasado para que alguien como ella tuviera que ir protegida con un perro? Era una pregunta casi absurda, porque estaba claro que tenía que haber algo grave detrás.

Sabía que lo que se me había pasado por la cabeza no estaba bien, pero la incertidumbre me ganaba y, si tenía la posibilidad de ayudarla, no me lo iba a pensar ni un solo segundo.

En cuanto pudiera, iba a mirar en los archivos del gimnasio para enterarme de su nombre y poder investigar algo de ella cuando volviera al trabajo.

No sabía muy bien por qué, pero algo dentro de mí me decía que tenía que protegerla. Tal vez fuera mi profesión la que me empujaba a ello, o quizá algo más profundo, pero lo iba a hacer.

Sí, podía parecer una locura, porque solo la había visto durante unos segundos, pero, aun así, algo muy dentro de mí insistía en que esa mujer

necesitaba ayuda y protección, y yo se la iba a brindar sin dudar, aunque ella nunca llegara a pedírmelo.

—Buenos días —dije en voz alta para que me escuchara. Y lo hizo, porque se detuvo en el acto y me miró—. Perdona, no pretendía asustarte, no sabía que había alguien aquí. —Le fui hablando con mucha cautela. Lo último que necesitaba era que me tuviera miedo.

—Lo siento, Esther me dijo que esta parte del gimnasio no suele utilizarla nadie. —Miró al perro y, al ver que estaba alerta, lo acarició—. Muy bien, cariño. —Le acarició la cabeza—. Échate —le ordenó.

—No pasa nada, soy Elías. —No me acerqué a estrecharle la mano; sabía que en estos casos la gente era desconfiada y no aceptaba el contacto físico a la ligera.

—Yo soy Olimpia y ella es Sasha —dijo señalando a la perra.

—Se te da muy bien saltar a la comba —le dije para romper un poco la tensión.

—Gracias, supongo que es lo que tiene cuando le dedicas varias horas al día.

En cuanto di un paso hacia el interior, ella dio uno hacia atrás.

—Voy a ir a la esquina donde está el saco, si no te importa —le avisé para no asustarla más—. ¿Sabes boxear? —le pregunté.

—No, la verdad es que nunca he tenido la oportunidad de aprender. —Dejó la comba en el suelo y se agachó para coger la botella de agua.

—Si quieres, los días que coincidamos te puedo enseñar algo. —Mi intención era que aprendiera a defenderse—. No me cuesta trabajo y así no practico solo.

—No creo que sea prudente —dijo cogiendo sus cosas y metiéndolas en la mochila—. Creo que por hoy he tenido suficiente; será mejor que me vaya.

—De verdad creo que te vendría bien, sobre todo si no sabes defenderte. Perdona que sea tan directo, pero solo hay que ver el perro de protección que tienes a tu lado para saber que no llevas una vida fácil.

—Si supiera contra quién me tengo que defender, sería mucho más fácil —murmuró por lo bajo.

Sus palabras me dejaron trastornado. Era raro que no supiera contra quién estaba luchando; eso descartaba que se tratara de un ex.

—Pues mejor. Así puedes defenderte contra quien sea, y si no te gusta el boxeo, también puedo enseñarte defensa personal. —Me ofrecí con sinceridad.

—Te lo agradezco, pero lo mejor es que te mantengas lejos de mí. Te lo digo por tu bien y por el mío. —Se colgó la mochila en la espalda y le dio la orden a la perra para que se pusiera a su lado.

Le puso la correa y, antes de ir hacia las escaleras, me miró directamente a los ojos. En esa mirada vi una súplica de ayuda. Era silenciosa, pero estaba ahí.

—No voy a insistir, estoy seguro de que necesitas tu tiempo, pero quiero que sepas que aquí siempre vas a estar protegida.

—Protegida… Hace tanto que no me siento así que no creo que vuelva a ser posible.

—Por eso te estoy ofreciendo mi ayuda. Te aseguro que no hay doble intención.

Me miró con atención, como si estuviera procesando mis palabras.

—Me lo pensaré. Si volvemos a coincidir, te diré algo. Ahora creo que es mejor que me vaya a casa, tengo que trabajar. —Acarició la cabeza de la perra antes de empezar a bajar las escaleras. Bajó dos escalones, se detuvo y se volvió hacia mí—. Muchas gracias por la charla y, sobre todo, por el ofrecimiento.

—No tienes que darme las gracias. Y en cuanto a encontrarnos por aquí, estoy seguro de que lo haremos más de una vez. Piénsalo; si decides aceptar, puedes decírselo a cualquiera de los chicos para que me lo diga.

Se fue sin volver a mirarme y yo no pude apartar la vista hasta que desapareció por la puerta.

No tenía ni idea de quién era esa mujer. Solo sabía que me había gustado mucho y que algo dentro de mí no dejaba de repetirme que tenía que protegerla, que tenía que hacer todo lo posible para verla feliz. No quería volver a encontrarme con esa mirada triste en sus ojos.

Si era así de bonita con esa expresión apagada, no quería ni imaginar cómo sería cuando sonriera de verdad, cuando lo hiciera sin miedo y sus ojos brillaran como dos estrellas.

Dejé de pensar en Olimpia y me puse con el saco de boxeo. Sentía tanta rabia dentro que necesitaba quemarla de cualquier manera, sacarla a golpes.

Cómo jodía que alguien se sintiera superior a otra persona hasta el punto de anularla por completo. No sabía explicar exactamente qué me provocaba ver algo así, pero me removía por dentro, me encendía.

Esos desgraciados no deberían existir. Asco, rabia e impotencia, todo mezclado.

Estuve al menos una hora golpeando el saco sin descanso, alternando puños y piernas, vaciándome por completo en cada golpe. Cuando mi cuerpo dijo basta, me sequé el sudor con la toalla, bebí un poco de agua y fui a buscar a Manu.

Necesitaba que me diera los apellidos de ella para poder investigar en el trabajo, comprobar si tenía denuncias puestas y contra quién.

Sentía la necesidad de saber todo lo posible sobre ella, y no por curiosidad ni por obsesión, sino por una única razón: ayudarla y protegerla.

Me prometí a mí mismo que iba a hacer todo lo que estuviera en mis manos para que pudiera ser feliz y no tuviera que vivir mirando

constantemente por encima del hombro.

Capítulo 6

Olimpia

Dios mío, no podía ser normal lo que sentí cuando ese hombre me habló. Cuando lo miré por primera vez, todo mi cuerpo tembló y, por primera vez en años, no fue un temblor de miedo.

Ese temblor se debía a la atracción y eso era algo que no me había pasado nunca, y mucho menos desde que empezaron a acosarme.

Por primera vez en años sentí que podía haber alguien que pudiera hacer vibrar mi corazón y eso me dio mucho miedo, porque no podía dejar que nadie se me acercara; de lo contrario, el loco ese podía hacer algo en contra de esa persona o de mí.

Por eso y por el miedo jamás dejaba que alguien nuevo entrara en mi vida. No podía permitirlo, no cuando por mi culpa alguien inocente podría sufrir las consecuencias.

Al llegar a casa me duché y después me puse a trabajar, pero era incapaz de concentrarme al no poder dejar de pensar en ese hombre.

Hablé poco con él y mantuve las distancias, pero algo me decía que se ofreció a enseñarme algunas técnicas de defensa de corazón. Quizás fue la mirada que le vi o el tono de su voz. No sabía qué había sido, pero sentí algo dentro del pecho que desde luego hacía mucho que no sentía.

A lo mejor, si hablaba con él y le explicaba cuál era mi situación, podría enseñarme en algún lugar donde nadie lo supiera. No sabía cómo lo hacía mi acosador, pero siempre se enteraba de todo y, lo que era mucho más inquietante, también de cosas que solo sabía mi familia.

Después de haber pasado gran parte del día dándole vueltas, me decidí a hablar con ese hombre que tanto había llamado mi atención.

Estaba claro que no le iba a explicar mi situación así como así. Tampoco podía permitirme el lujo de confiar en cualquiera, por muy buena impresión que me hubiera dado, pero también sabía que no podía seguir quedándome de brazos cruzados, esperando a que algo pasara.

No era tonta y sabía que, antes o después, el hijo de puta ese iba a dar la cara y, cuando lo hiciera, intentaría hacerme el mayor daño posible. Así que lo mejor que podía hacer era aceptar la ayuda de Elías y aprender a defenderme todo lo que me fuera posible.

Por la tarde llamé a mis padres para ver cómo estaban y para que me contaran cómo iba mi hermana; ya la llamaría a ella al día siguiente.

No sabía muy bien qué me pasaba, pero me costaba mucho hablar con todos el mismo día. Eso me hacía darme aún más cuenta de lo sola que me encontraba, y esa sensación era la que me llevaba a esos bajones emocionales en los que podía pasar dos o tres días con las lágrimas a flor de piel, saltándome por cualquier cosa.

—Hola, cariño. ¿Cómo estás hoy? —me preguntó mi madre en cuanto descolgó.

—Bien. —No me gustaba decirle que era todo lo contrario, no serviría de nada y sí la pondría a ella mucho peor—. Estoy muy contenta con el nuevo gimnasio; son todos muy simpáticos y eso que me mantengo alejada de todo el mundo.

—Que te guste está muy bien, a lo mejor te animas y te haces amiga de alguien, así te puedes distraer un poco más. —Sabía que ella me lo decía para que no me encerrara tanto en mí misma.

—Sabes que me cuesta mucho confiar en alguien, pero he dado un gran paso. —Se me dibujó una sonrisa en el rostro al recordar la cara de ese hombre.

—¿Sí? Cuéntame, ¿cómo ha sido ese paso?, ¿qué es lo que has hecho? —le conté cómo conocí a Elías y que se había ofrecido a enseñarme algunas técnicas de defensa—. No te lo pienses y acepta, te puede venir muy bien y no lo digo solo para defenderte, lo digo porque así no estás tan sola. Tanta soledad no es buena y tú eres muy joven y ya has pasado por mucho.

—Tienes razón, pero sabes por qué no dejo que entre nadie en mi vida —reconocí en voz alta.

—No puedes tirarte así la vida entera —suspiró—. Hija, ¿no has pensado que ya va siendo hora de que le plantes cara y lo hagas salir? Te quiero más que a nada en el mundo y no quiero que te pase nada malo, pero ya son muchos años así y eso no es manera de vivir para una mujer de tu edad.

—Hoy le he contestado, por primera vez le he plantado cara, porque ya estoy cansada de esta vida de mierda —le conté los dos mensajes que le respondí y que eso era lo que me había dado fuerzas a querer luchar y salir de todo esto.

Quería ser como una mujer normal, poder salir con amigas, conocer a un hombre, enamorarme de él, vivir un amor grande, que me hiciera sentir especial, creer que en algún momento podría formar mi familia con alguien.

Y si seguía dándole poder sobre mí nunca lo iba a poder lograr. Los años iban pasando y yo ya me había perdido muchos años de mi vida.

Ya no era una niña, tenía treinta y tres años y llevaba sin saber lo que era salir a cenar fuera desde que tenía veintinueve.

—Aunque me muera de miedo, creo que has hecho bien. Viendo que la policía no encuentra nada y que después de tantos años no se lo toma en serio, es lo mejor que has podido hacer. —Tenía que ser duro para una madre decir esas palabras, sobre todo sabiendo que la vida de su hija podía correr peligro, pero también era consciente de que la vida que tenía ahora tampoco era vida —. Pero hazlo con cuidado y siempre con mil ojos.

—No te preocupes, te prometo que me voy a andar con mil ojos y, si voy a dar este paso, es porque ese hombre me ha transmitido algo que no sabría explicarte.

—A lo mejor es porque te ha gustado más de lo que me quieres reconocer. —Puse los ojos en blanco.

—Mamá, no empieces y no vayas por ahí, que no es lo que te estás imaginando —le dije y no pude evitar que me saliera una sonrisa, la primera del día.

Hacía tiempo que no solía sonreír. Alguna que otra ocasión, muy de cuando en cuando, pero no como antes, cuando la mayoría de los días reía a carcajadas por cualquier cosa que me contaba mi padre o simplemente con las charlas tontas de algunas compañeras del despacho, porque siempre había sido una mujer risueña.

Por desgracia, esa mujer se fue perdiendo con el paso de los días, al verme apartada de todo lo que amaba en la vida, sin tener a quién aferrarme mientras dejaba que las lágrimas de rabia y frustración se me derramaran sin control.

—Yo no he dicho nada. —Si me tuviera delante, estaba segura de que en ese momento estaría levantando las manos como si se rindiera—, pero si te das la oportunidad de conocer a alguien, mucho mejor.

—Para conocer a alguien estoy yo. —No me apetecía seguir hablando del tema—. Te voy a dejar, dale un beso a mi padre y otro para ti. Os quiero.

—Nosotros también te queremos mucho. Dale besos a Sasha de nuestra parte. —A mis padres les pasaba como a mí, querían a mi pequeña como a un miembro más de la familia.

—Estoy segura de que a ella le encantaría que se los dierais.

Me despedí de mi madre y me levanté del sofá donde estaba sentada. Fui a la cocina para echarme un café; sabía que era tarde, pero total, no iba a dormir la noche entera me lo bebiera o no.

Después de tomarlo, cogí la correa de Sasha para salir a dar un paseo.

—Vamos, preciosa, nos toca estirar las piernas —le dije a la dormilona.

Porque a mi pequeña le gustaba un sofá más que a un tonto un lápiz; tengo que decir que la pobre no tenía gran cosa que hacer dentro de casa, así que era normal.

Salimos a la calle y estuvimos dando un paseo largo por las calles de la ciudad. Cuando me cansé de pasear, decidí que era hora de ir a un parque y darle un poco de libertad a Sasha, aunque sabía que ella no se iba a separar mucho de mi lado, pero de vez en cuando, y cuando sentía que no pasaba nada, me gustaba que se sintiera más libre.

Cuando ya llevábamos un rato y vi que empezaba a anochecer y refrescar un poco, di por terminado el paseo.

—Sasha. —No hacía falta ni que la llamara fuerte, no sabía cómo se las arreglaba, pero era nombrarla y aparecer a mi lado a los pocos segundos—. Nos vamos a casa, cariño.

Me agaché para ponerle la correa y, antes de levantarme, le di un beso en la cabeza.

Capítulo 7



Elías

No me podía esperar a volver al trabajo para saber a qué era a lo que se enfrentaba esa mujer que tanto me había llamado la atención.

Por lo que, en cuanto salí del gimnasio, llamé a un compañero y le dije que mirara qué era lo que tenía pendiente Olimpia. Le di los apellidos y, en cuanto metió los datos en el ordenador, salió todo el historial de denuncias que había interpuesto ella.

Todas eran contra un acosador anónimo, todas contra alguien que ni sabía quién era, un jodido desconocido que estaba jugando a hacerle la vida imposible y convirtiéndola en una auténtica pesadilla.

Todo por una obsesión enfermiza, pero iba a dar con él, porque ella y cualquier persona que estuviera en su lugar merecía vivir tranquila y no estar constantemente mirando sobre el hombro, sin saber lo que le esperaba a la vuelta de cualquier esquina.

Lo que Olimpia llevaba viviendo todos esos años no era vida; para ella tenía que ser una pesadilla constante, verse apartada de todo lo conocido, yéndose a vivir a una ciudad en la que no conocía a nadie y no queriendo hacer amistad con nadie por miedo a no saber si podría ser esa persona la que fuese su acosador.

Estaba seguro de que era por eso por lo que no se abría a nadie, eso y el miedo a las amenazas de que a su nueva amistad le pudiera hacer algo.

Me leí el informe más de veinte veces intentando encontrar algo. Por eso sabía lo de las amenazas, por eso se había estado cambiando de gimnasio, entre otras cosas, porque cuando se enteraba de que llevaba tiempo en alguno y notaba que empezaba a acercarse a alguien, ya fuera hombre o mujer, volvía a entrar en juego con esos mensajes.

La tenía tan oprimida que daba miedo que una persona hubiera llegado a hacer eso con otra.

Lo que sí tenía claro era que esa persona tenía que ser alguien cercano a ella; de otro modo no se explicaba que siempre fuera un paso por delante, que supiera demasiado, que anticipara cada movimiento.

No entendía cómo la policía de su ciudad no había profundizado en esa posibilidad, cómo habían podido dejar pasar algo tan evidente. Lo único indiscutible era que allí había algo que no encajaba y yo iba a descubrir qué era, costara lo que costara.

Porque esa mujer se merecía vivir en paz, ser feliz y tomar las riendas de su vida sin miedo, sin amenazas y sin cadenas invisibles marcando cada uno de sus pasos. Ni ella ni ninguna mujer del mundo merecía vivir atrapada en una pesadilla así. Y si para sacarla de ahí tenía que enfrentarme a quien fuera y llegar hasta el final, no iba a dar un solo paso atrás.

Sabía que, aunque Olimpia aceptase mi ayuda, no iba a confiar en mí lo suficiente como para contármelo todo de inmediato. Nada de eso era sencillo. Todo en la vida necesita su tiempo y ella iba a necesitarlo más que nadie. Eso lo tenía claro. Y, por una vez, la paciencia no iba a ser un problema para mí; con ella estaba dispuesto a tener toda la del mundo.

Porque desde el primer momento en el que mis ojos se posaron en ella, la vi. Pero no como se ve a una persona cualquiera. Hubo algo distinto, algo que me hizo entender que no era una más. Para mí, al menos, no lo era.

Podéis llamarme loco, si así os hace sentir mejor, por haberme dejado cautivar de esa manera con apenas unas pocas frases cruzadas.

Me daba igual. Lo único que importaba era lo que me había hecho sentir, y eso que ni siquiera llegué a acercarme a ella.

Esa mujer tenía algo que hacía que mi corazón se acelerara con solo pensar en ella y, si por primera vez en mi vida alguien había logrado provocarme eso, desde luego no iba a quedarme de brazos cruzados.

Por eso decidí ir a ver a Matt. Me apetecía hablar con él y contarle lo de Olimpia. Siempre había sido mi refugio para decir en voz alta lo que no sabía ordenar en la cabeza, la persona a la que nunca le ocultaba nada.

—¿Hay café para un adicto a la cafeína o se lo ha tomado todo el otro adicto? —le pregunté sonriendo cuando me abrió la puerta de su casa.

Tenía llaves y podía entrar cuando quisiera, pero no me gustaba invadir su privacidad. Como hombre soltero que era, cabía la posibilidad de que estuviera acompañado y no me apetecía encontrar a mi amigo en mitad de un polvo; para qué mentir, la idea de verle con el culo al aire no me resultaba nada agradable.

—Lo siento, pero no me queda —dijo, y por la forma en que lo hizo supe que estaba intentando quedarse conmigo.

—Anda, aparta, que tengo algo que contarte, y lo pienso hacer con un café entre las manos o con una cerveza. —Le puse la mano en el pecho para apartarlo hacia un lado.

—Nos vimos ayer, no creo que te haya pasado gran cosa —comentó, incrédulo.

—Matt, a veces no sé cómo eres capaz ni de atarte unas zapatillas. —Me fui directo a la cocina—. Sabes que pueden pasar muchas cosas en menos de una hora, y más aún si han pasado veinticuatro —añadí mientras metía una cápsula en la cafetera—. ¿Vas a querer uno o no? —le pregunté alzando una ceja.

—Me gusta, pero mi cuerpo no está acostumbrado a beberlo a según qué horas —respondió mientras cogía una cerveza de la nevera—. Estoy esperando a que empieces a hablar. —Apoyó la cadera en la encimera de la cocina.

—Joder, es que no sé ni por dónde empezar, porque vas a pensar que me he vuelto loco —reconocí, y si lo hacía estaba en todo su derecho, porque por momentos yo mismo empezaba a pensarlo—. Ayer conocí a una mujer en el gimnasio, suele ir con… —Empecé, y se lo expliqué todo.

Le hablé de lo que vi en ella, de lo poco que llegamos a hablar, de lo que me ofrecí a enseñarle y, por supuesto, de todo lo que había descubierto después.

—Esa es la mujer que he estado viendo estos días allí. No se relaciona con nadie, o al menos yo no lo he visto. —Me miraba muy serio mientras hablaba conmigo—. Ahora me cuadra mucho más que vaya a lo suyo y no hable con nadie. —Este no era un tema que le gustara nada; le pasaba como a mí, le revolvía por dentro—. No me quiero ni imaginar el calvario que tiene que estar viviendo esa mujer. —Negó con la cabeza.

—Creo que, aunque lo intentemos imaginar, nunca vamos a saber lo que es pasar por algo así —le contesté sin apartar la mirada de la taza de café.

—¿Y qué es lo que piensas hacer? —preguntó—. Porque te conozco y sé que no te vas a quedar de brazos cruzados, y menos si ella te ha llamado tanto la atención. —Hizo una mueca al intentar controlar una sonrisa.

No lo consiguió. El tema no le hacía ninguna gracia, pero sí le sorprendía verme interesado en alguien por primera vez en mucho tiempo.

—Voy a llegar hasta el fondo de todo y voy a hacer lo que esté en mis manos para liberarla de ese cabrón —afirmé con rotundidad.

Matt cogió su botellín de cerveza y le dio un trago.

—Sabes que puedes contar conmigo para lo que sea —dijo.

No hacía falta que me lo recordara. Lo sabía de sobra, igual que él sabía que siempre podría contar conmigo.

—Lo sé, no lo pongo en duda —respondí—, pero hasta que no esté seguro de a qué clase de loco me voy a enfrentar, prefiero mantenerte al margen, al menos en lo relativo a la investigación. —No iba a poner en juego la vida de

mi hermano, porque para mí lo era—. Lo que sí me vendría bien es que los días que yo no pueda ir al gimnasio, vayas tú e intentes un acercamiento con Olimpia; y, si no puedes hacerlo, al menos vigílala.

—Dalo por hecho. —Se le escapó una sonrisa; estaba seguro de que ya se estaba imaginando cosas—. Ya verás cuando mamá se entere de que le has echado el ojo a alguien.

Le di un golpe suave con el puño en el hombro.

—Joder, mantén la boca cerrada, que solo la he visto una vez. —No iba a hacerme ilusiones con ella; estaba seguro de que, después de todo lo que estaba pasando por culpa de un hombre, en lo último en lo que se iba a fijar era en otro, al menos a corto plazo—. Esa mujer no necesita que nadie se le eche encima como un perro en celo; lo que necesita es sentirse segura —dije con rotundidad.

—Para empezar, tú no la tratarías nunca así, por lo que no hables de ti de ese modo. —Me señaló con el dedo—. Lo segundo, no creo que nadie pueda protegerla mejor que tú. Y, por último, que haya hablado contigo ya es un gran paso; en los días que la he visto por allí no lo ha hecho con nadie, y eso tiene que significar algo, digo yo.

Se terminó la cerveza y tiró el casco de vidrio en el cubo de reciclaje.

Mejor lo dejaba divagar entre sus pensamientos, que imaginación tenía para eso y para más.

Yo me conformaba con crear una amistad con Olimpia que la ayudara a abrirse un poco y a hacerla sentir protegida. Con eso tendría más que suficiente.

Capítulo 8

Desconocido

Me gustaba el poder que me hacía sentir al tener a Olimpia en mis manos, aunque todavía no lo supiera. Llevaba años disfrutando de su tormento, de cada paso que daba condicionada por mis movimientos, y lo mejor aún estaba por llegar. De eso no tenía la menor duda.

Había pasado demasiado tiempo conteniéndome, reprimiendo las ganas de poseerla en todos los sentidos posibles. Sabía que no me lo iba a poner fácil, nunca lo había hecho, pero también sabía que terminaría cediendo. Siempre lo hacía. Lo único que quedaba por resolver era apartar a esa perra que tenía con ella, como si su presencia pudiera impedirme llegar hasta donde quería. Como si algo tan insignificante fuera capaz de detenerme.

Resultaba casi ofensivo que todavía no me conociera bien. Después de tantos años debería haber aprendido que yo no me detenía ante nada y que, cuando deseaba algo con tanta intensidad, no existía obstáculo capaz de frenarme. Mucho menos cuando llevaba tanto tiempo esperando.

Fui paciente. Meticuloso. Poco a poco hice que lo fuera dejando todo atrás. Al principio, los mensajes eran esporádicos; no por falta de ganas, sino por cautela. Pensé que podían atraparme. Cuando comprobé que no lo hicieron, cuando entendí que podía seguir avanzando sin consecuencias, algo dentro de mí se expandió. Me dio más poder. Me volví más insistente, más constante, hasta lograr separarla de todo aquello que amaba y que le daba fuerzas.

No podía evitar sonreír al ser consciente de hasta dónde había llegado. Tenía el control suficiente para hacer con ella lo que me diera la gana. Nada ni nadie iba a impedírmelo y, cuando llegara el momento, pensaba disfrutarla durante horas, sin prisa, sin darle tregua.

Porque me lo merecía. Cada segundo de espera había valido la pena. Cada año de contención. Y ese día estaba cada vez más cerca, mucho más de lo que ella podía imaginar.

Lo había planeado todo al detalle. Cada paso, cada movimiento. No había dejado nada al azar. El siguiente avance sería más complejo, lo sabía, pero no dudaba ni por un instante de que lo lograría. Siempre lo hacía.

Cuando pensaba en los ovarios que tuvo al contestarme hacía unos días, en el valor que creyó sacar de no sé dónde, no podía evitar reír. No era consciente de que con ese gesto había acelerado el proceso y había despertado en mí un deseo aún más feroz, más urgente.

Olimpia no tenía ni idea de cuánto la deseaba. No comprendía que, del mismo modo que había impedido durante años que se acercara a cualquier hombre, jamás permitiría que estuviera con nadie que no fuese yo.

Puede que ahora estuviera asustada, no lo negaba. Ese miedo era necesario, era parte del camino. La estaba guiando exactamente hacia donde quería. Y cuando por fin entendiera que la quería solo para mí, que haría por ella todo lo necesario, descubriría lo que significaba ser amada de verdad.

Mi muñeca. Me había costado tanto moldearla, romperla poco a poco hasta adaptarla a mí, que se me hacía la boca agua con solo pensar en ella. Aún conservaba a su familia a cierta distancia, pero eso también cambiaría. Cuando ya no le quedara nada, cuando todo desapareciera, se aferraría a mí con cada parte de su ser.

Decían que la paciencia era una gran virtud y, si era cierto, yo sin duda era el hombre más virtuoso del mundo. Porque nadie podía ganarme en paciencia. Nadie.

Siempre y cuando tuviera que ver con ella. Porque, cuando se trataba de lo bueno, de lo que realmente merecía la pena, el tiempo dejaba de tener

importancia. Días, meses, años… nada de eso contaba. Sabía que la recompensa iba a ser demasiado buena como para precipitarme.

Aún recordaba la primera vez que la vi. Tan imponente, tan segura de sí misma, con una determinación que imponía respeto y, al mismo tiempo, sin rastro de altivez. Era sencilla. Sonreía a todo el mundo. Había en ella una nobleza natural, algo limpio, algo que no se fingía, y eso fue lo que más me atrapó.

Para cualquiera que llegara a enterarse de lo que estaba haciendo con ella, yo sería un monstruo. Y como tal, nadie imaginaría que me fijara precisamente en esos rasgos, en esa luz que desprendía incluso sin darse cuenta.

Sinceramente, me daba igual lo que pudieran pensar de mí. Lo único que importaba era lo que ella me hizo sentir aquella primera vez que nuestras miradas se cruzaron. En ese instante supe que tenía que ser mía. Solo mía. De nadie más. Y ahora me encontraba en el último tramo para conseguirlo.

La había dejado tranquila durante un día entero, así que ya iba siendo hora de volver a sacudir su mundo un poco.

Tenía preparada la foto desde hacía varios días. Sabía perfectamente lo que provocaría en ella. Sabía que la desestabilizaría, que le removería todo por dentro, que volvería a recordarle que yo estaba ahí, observándolo todo.

Joder, cómo disfrutaba haciéndole esto. Y sabía que seguiría haciéndolo hasta que aceptara, de una vez por todas, que me pertenecía.

Desconocido: *Está preciosa, ¿verdad? No puedo negar que el embarazo le sienta bien, aunque tú sigues siendo mucho más bonita.* —Me ponía cachondo solo imaginar el miedo que iba a sentir al leerlo—. *¿Sabes lo que puede pasar si intentas traicionarme con otro hombre? Que me va a importar bien poco que esté embarazada. Haré que sufra cada traición que me hagas. No olvides que solo me perteneces a mí.*

Se lo mandé. No lo leyó en el momento. Dejó pasar varias horas hasta hacerlo. Sabía perfectamente por qué lo hacía: quería demostrarme que estaba luchando, que no se rendiría tan fácilmente.

Eso me gustaba aún más. Que fuera peleona. Que no se dejara doblegar a la primera.

Lo hacía todo mucho más excitante.

Cuando entré de nuevo para comprobar si había leído el mensaje, vi que estaba escribiendo. Esperé. Deseé su respuesta con una intensidad casi dolorosa. Necesitaba saber con qué iba a desafiarme esta vez.

Como ya sabía, nada me excitaba más que verla intentar defenderse de mí, pelear contra las amenazas de un fantasma. Porque eso era aún para ella: un espectro entre las sombras. Pero no debía preocuparse. Antes de lo que imaginaba iba a salir a la luz.

Los puntos del chat aparecían y desaparecían. Escribía. Borraba. Dudaba.

Eso me cabreó. Yo quería a la Olimpia del día anterior, la que sacaba las uñas, no a la cobarde que se contenía por miedo.

Cuando por fin me respondió, me puse más caliente que nunca. Tanto, que tuve que recurrir a masturbarme mirando una foto suya en el móvil, recreándome en cada detalle, en cada gesto, en cada recuerdo.

Por mucho que me provocara, no pensaba hacerla mía hasta que ella misma aceptara que yo era el hombre perfecto para ella. Y para eso, lo sabía bien, tendría que seguir teniendo paciencia.

Olimpia: *Deja a mi hermana en paz, hijo de puta. No intentes acercarte a ella, porque como lo* hagas, *te voy a buscar hasta debajo de las piedras y, cuando te encuentre, vas a pagar una a una todas las lágrimas que me has hecho derramar.*

Me mordí el labio inferior al imaginarme la rabia reflejada en su cara en ese mismo instante.

Desconocido: Mmm, no sabes cómo me pones cuando sacas las uñas. ¿Me prometes que cuando nos veamos cara a cara vas a pelear así también? —Me reí al saber el malestar que le habían causado esas palabras.

Olimpia: *Maldito enfermo de mierda. Te prometo que cuando nos veamos cara a cara no vas a ver en mí ni una pizca de miedo. Si quieres, puedes venir a comprobarlo ahora mismo. Ah, no, que resulta que eres un cobarde que se esconde detrás de una pantalla.*

No voy a mentir, esas palabras me cabrearon mucho, pero sabía que las había escrito para eso mismo, para provocarme.

Era lista, muy lista. Y en esos dos días me había dado cuenta de que había llegado a su límite. Ahora mismo le daba igual todo, porque estaba dispuesta a luchar como antes parecía no ser capaz de hacerlo.

Eso era lo que ocurría cuando acorralabas demasiado a una persona: que solo había dos caminos posibles. O se dejaba vencer, perdiendo las pocas fuerzas que aún le quedaban, o hacía justo lo contrario. Y ella había elegido lo segundo.

Se había levantado con más fuerza. Con rabia. Dispuesta a enfrentarse incluso al mismísimo demonio si hacía falta.

Desconocido: *Cuidado, muñeca. Todavía no has llegado a ver mi peor cara, y te aseguro que puedes echarte a temblar como tengas que verla. Así que ya sabes lo que tienes que seguir haciendo.*

Olimpia: *El día que te atrevas a dar la cara y presentarte delante de mí lo voy a disfrutar. ¿Sabes por qué? Porque te voy a hacer pagar todo lo que me has hecho durante estos años. Ya no te tengo miedo. Eso es lo que pasa cuando vapuleas tanto a una persona: que puede perder el miedo.*

»¿Y sabes qué más puede pasar? Te lo diré. Mientras tú piensas que me has hecho pequeña, yo me he hecho más fuerte. Y el pequeño eres tú, porque no eres nadie, un puto cobarde que no tiene los cojones de venir a buscarme.

Oh, muñeca… no tienes ni puta idea de lo que acabas de hacer —pensé mientras leía ese mensaje una y otra vez, saboreando cada palabra.

Desconocido: *Tic tac, pequeña. La cuenta atrás acaba de empezar. Vete preparando, que falta poco para que nos veamos.*

No volvió a contestar. Y no creía que lo hiciera. Con esas respuestas me había dejado claro que ya no me tenía miedo. Pero eso solo demostraba una cosa: no tenía ni puta idea de todo lo que yo era capaz de hacerle.

De hasta qué punto podía doblegarla.

Ella pensaba que se había hecho más fuerte, que podría conmigo. Pero es difícil enfrentarse a alguien cuando no sabes quién es, cuando no sabes desde dónde te observa ni cuándo va a atacar.

Desde luego, eso jugaba a mi favor. Y pensaba aprovecharlo hasta el último segundo.

No tenía ni puta idea de lo que se le venía encima. Y mucho menos de parte de quién.

Me relamí los labios al imaginar ese momento. El instante exacto en el que se daría cuenta de quién era yo realmente… y de cuánto iba a disfrutar yo cuando eso ocurriera.

Capítulo 9

Olimpia

No sé ni cómo había tenido los ovarios de contestarle de esa manera; de verdad que no tenía ni puta idea. Quizás fue por la amenaza contra mi hermana o porque ya había llegado a mi límite.

El caso es que lo hice y, aunque me temblaba el cuerpo entero, también me sentía mucho mejor conmigo misma.

Me sentí fuerte y con ganas de enfrentarme a él. No era tonta y sabía que, cuando pasara ese momento, a lo mejor no iba a salir hacia delante; lo que sí tenía claro es que no pensaba seguir viviendo así, por lo que lo que me quedaba era que, cuando llegara ese momento, solo iba a salir uno de los dos: él o yo.

Y yo pensaba luchar por mi libertad y por mi vida con uñas y dientes si hacía falta.

—Vamos, Sasha —le dije, llamándola para ponerle el collar—, a partir de hoy va a empezar nuestra nueva vida, te lo prometo. —Le di un beso en la cabeza.

Cogí todo lo necesario para el gimnasio y salimos de casa, ella atenta a todos los movimientos y yo con un propósito en la mente.

Aceptar la ayuda de Elías y empezar de una vez por todas a aprender a defenderme y luchar por mi libertad. Se terminó seguir viviendo encerrada en

una jaula que no me pertenecía, ni a mí ni a nadie.

Esta vez, al entrar, vi que en la entrada estaba Íñigo, así que me acerqué a él para preguntar por Elías; él me había dicho que le preguntara a cualquiera de los chicos por él.

No sabía qué tenía que ver con ellos, pero debía de ser alguien que llevara muchos años viniendo por aquí si todos lo conocían tan bien.

—Buenos días, Íñigo. —Me acerqué un poco más de lo que siempre lo había hecho. Si quería enfrentarme a ese hijo de puta, tenía que empezar a dejar de tenerle miedo a los desconocidos—. Los otros días conocí a un hombre en la parte de arriba y se ofreció a ayudarme con una cosa —no tenía por qué darle tantas explicaciones, pero así lo quise—, y me dijo que, si aceptaba, os preguntara a vosotros por él.

—Buenos días —me dijo con una sonrisa amable—. Claro, si me dices cómo se llama, te digo si ha venido y dónde lo puedes encontrar.

—Elías, así me dijo que se llamaba. —Vi cómo su sonrisa se amplió.

—Pues, si no me equivoco, está en el mismo lugar donde lo conociste los otros días; a él le gusta entrenar en la parte de arriba. —Cuando me llevó allí Esther, me dijo que en esa parte solo solía ir el jefe, así que me parecía raro que Elías lo hiciera, y otra cosa era que, durante las semanas que llevaba viniendo, apenas lo había visto por allí—. Puedes subir directamente, estoy seguro de que se alegrará de que hayas aceptado su oferta. Te aseguro que es un hombre en el que puedes confiar plenamente.

No había que ser muy lista para saber qué era lo que pensaba que me había pasado, y lo más seguro es que creyera que había salido de una relación donde me habían maltratado.

Nada que ver. Nunca me habían puesto la mano encima ni nunca había tenido una pareja que me tratara mal. El único que me había hecho algo había sido el que todavía no se había atrevido a dar la cara; con eso no quiero decir que lo que me estaba pasando fuera otro tipo de maltrato, porque lo era, y uno muy duro.

Lo que quería dejar claro es que no era nada de lo que seguramente Íñigo o cualquiera de los que me vieran por aquí con Sasha se imaginaban, pero no iba a ir por ahí contando mi historia o situación, como queráis llamarlo.

No lo iba a hacer, entre otras cosas, porque a las personas les importaba muy poco qué era de mi vida, al igual que a mí tampoco me importaba la vida de nadie que no fueran las personas que amaba con todo mi corazón, y ahora mismo las únicas que me importaban de verdad eran mi familia; no había nada más allá de ellos.

Cuando digo mi familia, sobra decir que mi pequeña estaba incluida en ese pack.

—Muchas gracias. —Cogí la correa de Sasha, que la había soltado para que ella se sintiera más cómoda.

—De nada, ya sabes, aquí estoy para lo que necesites. —Desde que empecé a venir por aquí siempre me había tratado con mucha amabilidad.

No solo él, sino todos los que trabajaban allí; incluso los chicos y chicas que venían a entrenar y con los que había cruzado alguna que otra palabra también lo habían hecho.

Le devolví la sonrisa y crucé todo el gimnasio para dirigirme a las escaleras. Me quedé clavada en el último escalón cuando vi, en la esquina donde estaba el saco de boxeo, a Elías con unas vendas blancas en las manos, sin camiseta y haciendo esos movimientos con los puños, brazos y piernas.

Lo vi imponente, con fuerza, con movimientos rápidos y precisos. Pude ver claramente que sabía muy bien lo que hacía.

Lo que me dejó más impactada eran los músculos que se le distinguían; estaba fuerte, pero no de esos que sobrepasan lo que es bonito.

Tenía una espalda, brazos y pecho musculados, sin ser demasiado, fuerte. De esos que te dejaban con la boca abierta y casi la baba cayendo, porque, aunque llevara todo lo que llevaba a cuestas, no era tonta y sabía muy bien distinguir cuándo un hombre era imponente, y este, desde luego, lo era.

No se había dado cuenta de que lo estaba mirando y la verdad es que lo agradecí; de lo contrario, me hubiera muerto de vergüenza.

—Ve a saludar —le dije en un susurro a Sasha—. No seas mala y no lo asustes. —Ella era muy lista y sabía que, si yo le daba permiso para que se acercara a una persona, lo haría sin dudar y sabiendo que podía confiar en ella.

Tal vez no debería confiar en alguien a quien solo había visto una vez. No puedo explicar con total claridad por qué lo hice; el caso es que, desde el primer momento, algo dentro de mí me decía que podía confiar en ese hombre más que en cualquier otra persona.

Son cosas que se perciben, como cuando miras a una persona y ves en sus ojos ternura o que es buena persona. Pues Elías me había transmitido confianza y algo más, pero eso no había llegado a descifrar qué era lo que podía ser; aun así, ahí estaba ese cosquilleo en la barriga, igual que cuando lo vi la primera vez.

Sasha se acercó a él moviendo la cola, como si de verdad se alegrara al verlo. En el momento en el que Elías se dio cuenta de su presencia, dejó de hacer lo que estaba haciendo para agacharse junto a ella; no la tocó, dejó que fuera ella la que lo hiciera.

Se notaba que ese hombre entendía algo sobre esa clase de perros; a la vista estaba que no se acercó a ella sin su consentimiento y que fue Sasha la que marcó el momento. Antes de aproximarse, me miró como si esperara mi confirmación. Asentí y fue entonces cuando acercó el hocico a su mano, que él tenía apoyada en la rodilla, ya que se había puesto en cuclillas al verla llegar a su lado.

No pude evitar sonreír al verlos juntos, porque, aunque yo no dejaba de darle cariño a mi pequeña, sabía que le hacía falta contacto con más personas, por muy entrenada que estuviera para defender mi vida con la suya si hacía falta.

Eso no quitaba que tuviera un gran corazón lleno de sentimientos y, como nos pasa a las personas que necesitamos cariño, amor y demostraciones, a los animales también les hace falta esa demostración y el contacto físico con las personas para sentirse queridos y amados.

—Hola —dije con cierta timidez cuando llegué a su lado—. Espero que no te importe que me haya presentado así. Le he preguntado a Íñigo por ti y me ha dicho que subiera, que estabas aquí.

—Hola, ¿cómo estás? —me preguntó mientras se ponía de pie para acercarse a mí—. No me importa, te puedes presentar así tantas veces como quieras.

Nunca había sido una mujer especialmente lanzada con los hombres, pero tampoco me había sentido tan vergonzosa como lo estaba siendo en ese instante.

Y eso que, por lo general, cuando alguien se dirigía a mí, ya fuera hombre o mujer, solía entablar conversación sin problema, o al menos con todas aquellas personas que percibía que se acercaban con buena intención.

Donde nunca había sido vergonzosa y sí había tenido mucha labia era entre las cuatro paredes de un juzgado; ahí no había quien me detuviera, y creo que iba siendo hora de que sacara esa parte de mí misma ante todas las situaciones.

—Estoy bien y vengo dispuesta a aceptar el ofrecimiento que me hiciste los otros días —le dije mirándolo a los ojos.

—No sabes cómo me alegra que te hayas decidido, es un gran paso. —Se notaba que Elías tampoco sabía muy bien cómo tratarme y no quería que fuera así; no quería que me tratara con temor a decir algo que pudiera ocasionarme algún tipo de daño—. ¿Cuándo quieres empezar?

—Creo que, antes de que empieces con las clases, tendría que contarte algo de mi vida, para que sepas a lo que te puedes exponer. —Lo mejor que podía hacer era contárselo todo y, cuando lo supiera, que decidiera por sí mismo si quería seguir adelante con la oferta—. Te lo debo; si cuando lo sepas decides que no quieres seguir con la oferta, lo entenderé.

Dios, los nervios me estaban matando; era la primera vez que iba a contar esa parte de mi vida a un completo desconocido. ¿Estaría cometiendo un error y poniéndolo en peligro? ¿De verdad mi acosador era capaz de hacerle daño a mi hermana o a otra persona si me veía cerca de otro hombre?

—¿Qué te parece si me ducho y vamos a tomarnos un café? Así me lo puedes contar todo más relajada. —Aunque me gustaba su oferta, porque hacía tanto que no me tomaba un café con alguien que lo echaba de menos, no lo podía permitir, ya que no sabía si en ese mismo momento me estaba vigilando.

—Lo siento, pero no puedo salir a la calle acompañada de ti. —Me di cuenta de cómo apretaba la mandíbula, quizás por un poco de rabia—. No es porque sea contigo, es que no lo puedo hacer acompañada de otra persona, y mucho menos si la otra persona es un hombre.

—Pues entonces vamos a mi despacho, allí podemos hablar tranquilos sin que nadie nos interrumpa. —Se secó el sudor con la toalla y, a continuación, se puso una camiseta de manga corta.

Capítulo 10

Olimpia

Bajé las escaleras delante de él. Cuando llegué abajo, me aparté a un lado para dejarle paso y poder seguirlo, ya que no sabía dónde tenía el despacho.

Con eso y con lo que me dijo los otros días, no había que ser muy lista para darme cuenta de que Elías era el dueño de todo aquello. Mucho más si le añadía que Esther me había dicho que el único que utilizaba la parte de arriba era el jefe. Todo encajaba, así que era una completa gilipollez preguntárselo.

—Por aquí —me dijo, traspasando el mostrador de recepción—. Íñigo, voy a estar en el despacho. Por favor, que no nos molesten. —Le indicó a su trabajador.

—No te preocupes, se lo diré a Abril para que no entre —le contestó sin apartar la mirada de lo que estuviera haciendo en el ordenador.

Elías se apartó a un lado para que yo pasara delante cuando abrió la puerta de su despacho.

No me esperaba que fuera tan grande. La verdad es que me había imaginado que los gimnasios tendrían uno, pero no de esa manera, y tampoco sabía por qué me lo había imaginado de otro modo.

Lo miré todo con detenimiento, recorriendo con la mirada cada rincón de la estancia. Desde luego, paz sí que se respiraba allí dentro.

Su mesa era de cristal, con las patas blancas, y su sillón también era de cuero blanco. Todo se veía colocado con cuidado y mucho gusto.

Había algunas plantas repartidas por distintos puntos, haciendo que el ambiente se sintiera más hogareño y acogedor.

Porque, aunque todo era muy minimalista, te hacía sentir como si estuvieras dentro de una habitación de cualquier hogar.

—Tienes un despacho muy bonito —dije cuando me senté en el sofá que me indicó—. Sasha, cariño, quédate aquí. —Le señalé el suelo, justo a mi lado, para que se acomodara.

Si estuviéramos en mi casa, desde luego que mi pequeña ya se habría subido al sofá, estirándose tanto que casi lo ocuparía ella sola.

—¿Quieres algo de beber? ¿Agua, café? Lo que quieras —me ofreció.

—La verdad es que no te voy a decir que no a un café —le sonreí, agradecida.

—Perfecto, eres de las mías. —Me devolvió la sonrisa, y os juro que fue la sonrisa más bonita que había visto jamás en el rostro de un hombre—. ¿Cómo te gusta? —me preguntó mientras se dirigía a la cafetera que tenía a un lado del despacho.

—Solo, sin azúcar ni leche —respondí—. Siempre me ha gustado el sabor fuerte del café.

—Justo como me gusta a mí. Matt siempre dice que soy demasiado adicto al café, y mira que a él también le gusta bastante —comentó.

Me habló de ese tal Matt como si yo lo conociera, y eso me gustó. Demostraba la confianza que estaba depositando en mí.

—La verdad es que no conozco a muchas personas a las que les guste el café así. —Me encogí de hombros—. Normalmente, lo prefieren dulce y con leche.

Preparó los dos cafés, los dejó en la mesa baja que había frente al sofá y terminó sentándose a mi lado.

—Te escucho —dijo—, pero quiero dejarte claro que no tienes ninguna obligación de contarme nada que no quieras.

Cogí la taza, más que nada para tener algo entre las manos, porque los nervios me estaban devorando por dentro.

—Te voy a contar solo por encima. —Empecé—. Lo hago para prevenirte. No me perdonaría que pudiera pasarte algo por mi culpa.

La barbilla me tembló un poco. El llanto pugnaba por salir, pero no me lo permitía. No sabía si era por miedo a abrir mi corazón o por pura vergüenza.

—Tranquila. —Hizo un pequeño gesto con la mano, como si hubiera querido coger la mía para infundirme algo de valor—. Créeme, nada de lo que me cuentes va a asustarme ni va a impedirme ayudarte.

—Hace unos cuatro años, más o menos, empezaron a llegarme amenazas por cualquier vía que puedas imaginar. —Me detuve un momento para coger aire y mantenerlo unos segundos dentro de mí—. Al principio pensé que podía ser cualquier delincuente al que hubiera logrado meter en la cárcel…

—Olimpia, no tienes que contarme nada si eso te va a hacer sentir mal. —Entonces sí lo hizo: se acercó un poco más y tomó una de mis manos entre las suyas.

Ese pequeño gesto, que tal vez para él no significó tanto, fue el detonante. Me rompí por completo.

Con la mano que tenía libre me cubrí la cara y dejé que el llanto saliera desde lo más profundo de mí. Tal vez era justo lo que necesitaba para poder levantarme, esta vez, más fuerte que nunca.

O quizá lo hice porque fue la única persona que me había ofrecido ayuda en esa ciudad. La única que me había cogido la mano en dos años. La única que se había sentado a escucharme sin esperar nada a cambio.

Lloré con el corazón golpeándome en la garganta. Lloré por todo lo que me habían quitado. Lloré por la soledad que me acompañaba día tras día.

Lloré con desgarro, con el pecho oprimido, casi sin poder respirar, dejando que mi dolor saliera en forma de sollozos e hipidos, mostrando mis sentimientos, ese dolor que me consumía por dentro.

Porque, aunque queramos hacernos los fuertes, todo el mundo necesita que alguna vez se le escuche sin reproches. Porque todos merecemos desahogarnos. Porque todos necesitamos sentirnos arropados. Y porque nadie en este jodido mundo es tan fuerte como para no romperse nunca.

Yo lo había intentado durante demasiado tiempo. De verdad que lo había intentado. Había intentado ser fuerte, que nadie me viera mal, y mucho menos mi familia. Pero siempre hay un momento en el que terminas rompiéndote, y el mío había sido justo ese.

Al lado de un hombre al que apenas conocía. Un hombre que me estaba demostrando tanto sin saberlo. Un hombre que me estaba dando espacio y tiempo.

No me detuvo en ningún momento. Dejó que lo sacara todo.

No sé en qué instante ocurrió, pero cuando quise darme cuenta, me tenía rodeada con sus brazos, y mi cabeza descansaba apoyada en su pecho, dejándome envolver en un abrazo que estaba significando demasiado para mí.

—Lo siento —dije, un poco más tranquila—. Sé que no tienes por qué soportar este llanto. De verdad, siento haber montado este espectáculo.

—Shhh… —susurró—. Todos tenemos derecho a llorar, a dejarnos consolar y a que nos escuchen. Muchas veces es más fácil desahogarse con un desconocido, quizá porque no queremos preocupar a nuestros seres queridos o porque nos sentimos menos juzgados.

Sentí cómo pasaba una de sus manos por mi espalda, reconfortándome.

—Como te he dicho antes, no tienes que contarme nada que no quieras. Y si decides hacerlo, hazlo cuando te sientas preparada. Da igual si no es ahora.

Me apretó un poco más contra su pecho.

—Gracias, Elías. —Me separé lo justo para mirarlo a los ojos—. No sabes lo que esto significa para mí.

—No tienes que agradecer nada. Todo lo contrario —me respondió—. Soy yo el agradecido. Me has demostrado que confías en mí.

Con los nudillos me limpió los restos de lágrimas que aún me quedaban.

—¿Estás preparada para seguir contándomelo?

—Sí. —Me humedecí los labios; los tenía secos después de llorar tanto—. Soy abogada… o lo era, hasta que dejé de ejercer por el acoso que empezó a llegarme. Bueno, no solo dejé mi carrera; lo fui dejando todo poco a poco: mis amigos, mi familia, mi casa… Solo me queda mi pequeña. —Miré a Sasha, que dormía a mis pies.

»Me mudé a esta ciudad con la esperanza de que no siguiera mis pasos, pero no sé cómo lo hace… Siempre parece ir un paso por delante de mí. Siempre se entera de todo.

—¿Has pensado que quizá sea alguien de tu entorno cercano? —me preguntó.

—Sí. Lo he pensado muchas veces, y la policía de mi ciudad también lo hizo en su momento. Investigaron, pero no encontraron nada… al menos eso fue lo que me dijeron.

Al final terminé contándoselo todo. No dejé nada atrás. Incluso le hablé de los últimos mensajes y de cómo le había contestado.

Me escuchó con atención, interrumpiéndome solo para hacer alguna pregunta cuando algo no le quedaba claro.

Nunca en mi vida había sido tan sincera con nadie. Nunca me había abierto así.

No sabía qué tenía Elías, pero con él todo me salía de forma natural. No me sentía forzada, al contrario. Todo fluía con una facilidad que me

desconcertaba.

Era como si nos conociéramos de toda la vida. Como si existiera un hilo invisible que me llevaba directa a él. No de manera literal, sino algo más profundo, más simbólico. Algo que jamás había sentido cerca de otra persona.

—Ahora más que nunca quiero que aprendas a defenderte. —Me miró a mí y después a Sasha—. Aunque la tengas a ella, tienes que hacerlo. Para que nunca te cojan desprevenida. Te prometo que voy a ayudarte y que voy a estar todo lo que pueda a tu lado.

Tiró suavemente de mis manos para acercarme y darme otro abrazo.

Como el primero, me hizo sentir que con él todo estaría bien. Que nada podría hacerme daño.

¿Era una locura? Sí, lo sabía. Pero era exactamente así como me sentía junto a él.

Tal vez fuera la falta de cariño, tal vez la ausencia de contacto humano después de dos años o quizá simplemente ese abrazo; fuera lo que fuese, me sentía bien, cómoda y a salvo.

Capítulo 11

Elías

Solo una vez en mi vida me había sentido como en ese momento, aclarando que no era lo mismo ni de lejos, eso estaba más que claro. Lo que quiero decir es que solo una vez antes había sentido este tipo de rencor y rabia recorriéndome el cuerpo entero.

Me dolió en lo más profundo del corazón ver ese dolor en sus ojos, ese llanto incontrolable, esa inquietud que la atravesaba, ese miedo que había guardado solo para ella durante tanto tiempo.

Ya sabía lo que me iba a contar, aunque tengo que decir que fue toda una sorpresa para mí que se abriera de la manera en la que lo había hecho, y sé que me lo contó todo, quizás más de lo que le habría contado incluso a su propia familia.

Sabía que la soledad podía destruir hasta a la persona más fuerte del mundo, sobre todo cuando esa soledad era autoimpuesta por alguien que te obligaba a vivirla.

Ese tipo de soledad era demasiado dura e insoportable. Se podía convivir con ella durante un tiempo, pero al final terminaba destruyendo el espíritu y las ganas de vivir de las personas que la sufrían.

La dejé que se desahogara todo cuanto necesitó. La consolé de la mejor manera que pude en esos momentos, aunque, si hubiera sido por mí, me habría levantado del sofá y habría salido por la puerta, no para dejarla sola, sino para

buscar hasta debajo de las piedras, si hacía falta, a ese hijo de puta y darle lo que se merecía.

Qué pena que yo estuviera del lado de la justicia y no pudiera tomarla por mi propia mano, porque, si hubiese sido posible, a ese no le habrían quedado ganas de jugar con nadie más en su puta vida. De eso me habría encargado yo, y sin remordimientos de conciencia.

—¿Quieres que empecemos hoy o prefieres que lo hagamos mañana? —le pregunté un rato después.

—Con la *pechá* de llorar que me he dado no sé muy bien las fuerzas que voy a tener —intentó bromear, aunque aún se le notaba la voz cargada—, pero quiero que empecemos hoy mismo, siempre y cuando puedas y no tengas nada importante que hacer. —Y si hubiera tenido cualquier otra cosa que hacer, la habría dejado de lado para pasar más tiempo con ella—. ¿Estás seguro de que, después de todo lo que te he contado, quieres seguir adelante y enseñarme? ¿No te da miedo que pueda ir a por ti?

Que lo intentara. Eso me encantaría.

—Aquí lo espero. —Sé que soné con mucha prepotencia, pero me dio igual, porque era así. Estaba más que preparado para enfrentarme a él y a quien hiciera falta—. No te preocupes por mí, aquí la importante eres tú. —Me puse de pie frente a ella y extendí la mano para que me la cogiera y ayudarla a levantarse—. Sin embargo, te voy a pedir una cosa a cambio.

Por lo roja que se puso, parecía que los pensamientos se le habían ido por otro lado que no tenía nada que ver, así que, sin poder evitarlo, se me escapó una sonrisa ladeada.

—Lo que pueda hacer por ti, puedes contar con ello —me dijo, al mismo tiempo que las mejillas iban cogiendo color.

—No seas malpensada —le dije, lo que provocó que se pusiera aún más roja, si es que eso era posible—. Quiero que me enseñes a hacer las cosas que haces con la comba. —Me aguanté la carcajada como pude al ver su cara—. Se me da bien saltar, pero no sé hacer esos juegos con la cuerda.

—Son muy fáciles de hacer. Si dominas los saltos, lo demás es pan comido.

Estaba consiguiendo lo que me había propuesto, y no era otra cosa que despejarle la mente y hacer que dejara de pensar en todo lo que la rodeaba.

—Cuando te vi hacerlos los otros días, parecía fácil en ti; otra cosa muy distinta será cuando yo lo intente. —Cogió la correa de Sasha y no le hizo falta darle la orden para que se levantara. Lo hizo por sí sola y se colocó a su lado, alerta a todo lo que había alrededor—. Me tienes que prometer que no te vas a reír de mí cuando me veas con la cuerda liada en el cuerpo.

Joder, qué sonrisa más bonita tenía, y eso que era pequeña.

No quería ni imaginar cómo se vería cuando sonriera de verdad.

Me iba a volver loco estando a su lado, mucho más cuando empezara a enseñarle algunos movimientos y tuviera que acercarme a su cuerpo, tocarlo y no poder hacerlo como yo quisiera. Uf, qué duro iba a ser para mí. Paciencia, Elías, me dije a mí mismo cuando salió del despacho delante de mí y, sin poder evitarlo, mi mirada se detuvo en ese trasero redondo y ligeramente respingón que tenía.

—¿Ha llegado Matt? —le pregunté a Abril cuando la vi al salir.

—No, por lo menos yo no lo he visto. —Se encogió de hombros—. ¿Quieres que le diga algo si lo veo?

—No te preocupes, ya hará por buscarme. —Olimpia se había detenido a esperarme junto al mostrador de recepción—. Voy a estar arriba, por favor, que no suba nadie.

—Perfecto. —Se despidió con un asentimiento de cabeza.

—¿Vamos? —le pregunté, apoyando una mano en la parte baja de su espalda.

No me contestó. Simplemente empezó a andar sin apartar mi mano de donde la había colocado. Se sentía tan bien ese pequeño contacto que me hacía

desear mucho más.

Si era así sin estar tocando su piel, no quería ni imaginar lo que podría llegar a hacerme sentir si la tocara como a mí me gustaría.

En cuanto subimos, dejó la mochila a un lado y se colocó en el centro de la planta superior, esperando a que yo le dijera qué tenía que hacer.

Lo tenía claro. Iba a empezar con cosas fáciles, que pudiera aprender rápido. En cuanto se fuera desenvolviendo mejor, iría aumentando la dificultad, pero para eso también necesitaba la ayuda de Matt, ya que lo ideal era que me viera defenderme como si fuera ella, con alguien intentando atacarme.

Por eso le había pedido a mi amigo que viniera ese día, para que, cuando ya le hubiera enseñado los primeros pasos, nos viera actuar a nosotros.

Era rápida a la hora de captar las técnicas que le iba explicando, y aún más rápida moviéndose, y eso que solo era el primer día. Me estaba dejando muy buen sabor de boca comprobar que estaba poniendo todo el empeño del mundo. Se veía que estaba más que dispuesta a defenderse con uñas y dientes si hacía falta.

—Bien, vas muy bien y aprendes muy rápido —le dije cuando paramos un momento para coger aire y beber un poco de agua.

—Serán las ganas que tengo de pegarle una patada en los huevos —lo dijo por lo bajo, pero lo oí igualmente.

Sonreí al escucharla. Me encantaba que quisiera sacar esa parte luchadora que sabía que llevaba dentro.

Y con luchadora me refería a enfrentarse, porque estaba más que claro que ya lo era. Solo con haber salido adelante con todo lo que llevaba a cuestas, ya era un logro enorme.

—Parece que llego justo a tiempo. —Escuché la voz de mi amigo a nuestra espalda—. Eh, eh, tranquila, que no voy a hacerle nada —dijo levantando las manos.

Se había acercado demasiado y de forma imprevista, por lo que Sasha tardó apenas un par de segundos en ponerse delante de él, avisándole de que, como diera un paso más, iba a salir muy mal parado.

—Sasha, no pasa nada —le dijo Olimpia—. Es un amigo. —Le acarició la cabeza—. Perdona, está entrenada para que nadie se me acerque de repente.

—No tienes que disculparte, está haciendo lo que tiene que hacer —le dije para que no se sintiera mal.

—Elías tiene razón. Soy Matt, creo que nos hemos estado viendo, pero no nos habíamos presentado. —Alargó la mano para saludarla.

—Soy Olimpia. Lo siento, si te he visto por aquí no lo recuerdo. —Le estrechó la mano.

—Oh, me acabas de romper el corazón. —Me reí negando con la cabeza cuando se llevó una mano al pecho de forma teatral—. No me puedo creer que no te hayas fijado en mí con lo irresistible que soy.

—Pues siento mucho romper todas tus ilusiones, pero para mí no lo eres.

Al escuchar eso solté una carcajada que estaba seguro de que se escuchó hasta en la planta de abajo.

—Por fin alguien con buen gusto —dije para seguir la broma—. No le hagas caso, es muy payaso cuando quiere, y cuando no, también.

—Gracias, amigo —me respondió Matt con ironía—. ¿Nos ponemos al lío? Tengo ganas de partirte la cara.

—¿Tantas ganas tienes de que te rompa los dientes? —le pregunté alzando una ceja.

Matt era un gran luchador, pero, aunque esté mal decirlo, yo era mejor que él.

—Los dientes son sagrados. —Me señaló con el dedo.

—¿Estás intentando decirme que prefieres que te rompa las partes bajas?

Me giré al escuchar la carcajada que soltó Olimpia. Me encantó verla reír de esa manera.

—No puedes dejar a las mujeres sin esa parte de mi cuerpo. Te aseguro que más de una te perseguiría por privarlas de ese placer.

Ahí Olimpia se puso roja como un tomate.

—Creo que les estaría haciendo un gran favor. —Me coloqué en posición de ataque—. Yo soy el atacante. Quiero que hagas todo lo que tendría que hacer ella para defenderse de su agresor. —La miré para que prestara atención —. Aquí no hay juego limpio. Todo lo contrario. Tienes que dar donde más duela y de la forma más sucia posible. Es la única manera de dejarlo tocado y ganar tiempo para huir. ¿Te ha quedado claro?

Asintió completamente atenta, expectante ante lo siguiente.

—Matt, ya sabes.

—Que sepas que, si me paso, la culpa de que te deje sin posibilidad de tener hijos será vuestra. —Nos señaló a los dos—. Con la ilusión que me hacía ser tío algún día.

—No te preocupes, algún día lo serás.

Y si era con la mujer que tenía al lado, sería un puto sueño, pero eso, evidentemente, me lo guardé.

—Venga, dale, que estoy deseando terminar para ir a comer lo que ha preparado doña Diana, y que sepáis que vosotros también estáis invitados —nos dijo—. Y no podéis decir que no, sobre todo tú —le habló directamente a Olimpia.

—Diana es la madre de Matt, y como si fuera la mía también —le expliqué.

—Lo siento, pero no creo que sea buena idea. —Empezó a negarse.

Sabía perfectamente por qué lo hacía, pero no iba a permitir que siguiera sola por miedo.

Eso se había terminado desde el momento en el que confió en mí lo suficiente como para contarme todo.

—Yo creo que sí lo es —le respondió mi amigo—. No conoces a mi madre. Como le digas que no vas, es capaz de venir ella misma a por ti.

Diana no haría eso, pero Olimpia no lo sabía, y si con esa pequeña exageración lograba que aceptara, no iba a contradecirlo.

—Está bien. —Cedió al final.

Estuvimos cerca de una hora enseñándole técnicas y movimientos. Cuando veía que alguno lo dominaba, hacía que lo practicara conmigo.

Esto no era cosa de un día ni de dos. Aquí hacía falta tiempo, y ya le había dicho a Matt que, cuando yo estuviera metido en algún caso y no pudiera venir, se encargara él.

Por supuesto, me dijo que podía contar con él. No esperaba menos.

Me quedaba tranquilo sabiendo que Olimpia estaría en buenas manos cuando yo no pudiera estar presente.

Capítulo 12

Olimpia

Hacía mucho tiempo que no me sentía tan bien con personas a mi alrededor. Desde luego que no me podía arrepentir de haber ido a comer a casa de los padres de Matt.

Tanto Diana, su madre, como Alonso, su padre, eran de esas personas a las que se les veía nobles, cercanas y buenas desde el primer momento.

No preguntaron por mi vida y eso fue algo que agradecí de todo corazón, porque lo que menos me apetecía en ese momento era hablar de ella.

Hicieron justo lo contrario: hablaron de temas superficiales, de esos que alivian y no invaden. Supongo que ya estarían advertidos por su hijo y que, a su vez, él lo habría estado por Elías; no era tonta y, aunque sabía que no les había contado lo que me contó a mí —más que nada porque no había tenido tiempo—, tampoco creo que lo hiciera.

No lo veía como el tipo de hombre que pudiera romper tan fácilmente mi confianza, ni mucho menos traicionarla.

Al menos, no lo aparentaba, y algo dentro de mí me decía que no era así.

Aunque, si tengo que ser sincera, a mí me terminaron de ganar sobre todo al ver cómo trataban a Sasha. Y ella, que como he dicho en varias ocasiones era demasiado lista, supo enseguida cómo llevarlos a su terreno y hacerse querer sin ningún esfuerzo.

Como podéis imaginar, el comportamiento de mi pequeña cambiaba mucho cuando estábamos fuera, en comparación con cuando estábamos en casa o, como ocurría en ese momento, cuando estaba rodeada de personas que sabía con certeza que no me iban a hacer nada.

Entre que a ella le gustaba comer y a los padres de Matt les encantaba verla hacerlo, no veáis cómo se puso la tía. Tanto fue así que les tuve que pedir que no le dieran más, porque, claro, la granuja era un pozo sin fondo, pero cuando se llegaba a ese fondo, después podía liarla… y más me valía no pensar en todo lo que me tocaría limpiar más tarde.

Habíamos terminado de comer cuando me sonó el teléfono. Al mirarlo vi que era mi hermana.

No me llamó con una llamada normal y eso me resultó raro, porque me estaba haciendo una videollamada que, aunque una o dos veces por semana solía hacerme, hoy no me la esperaba.

—Perdonad —dije poniéndome en pie para contestar—. ¿Puedo ir a la cocina? Es que mi hermana me está haciendo una videollamada.

—Cariño, puedes ir a cualquier parte que quieras de la casa —me respondió con naturalidad.

La llamada se cortó en ese momento, así que era yo quien tenía que devolverla.

—Gracias, es usted muy amable —le contesté con una sonrisa, una que me nació desde dentro y que no era fingida, como tantas otras que había tenido que ponerme durante estos años.

—Uy, como me vuelvas a decir de usted, te puedo asegurar que voy a dejar de ser amable —dijo riendo—. A mí me llamas Diana; para algo tengo nombre igual que la realeza británica. —Me reí por la salida que había tenido.

—Tú eres mucho más guapa que la otra Diana —contesté sin pensarlo.

—Ains, que esta mujer se acaba de ganar mi corazón. —Se volvió hacia su hijo y hacia Elías—. A ver cuándo aprendéis vosotros a decirme estas cosas

tan bonitas —les dijo bromeando.

Me fui a la cocina para devolver la llamada a mi hermana.

—Hola, hola —dijo muy sonriente en cuanto contestó—. Oye, ¿dónde estás? Porque esa no es la cocina de tu casa —me preguntó achicando los ojos para mirar mejor los muebles que había detrás de mí.

—Se escucha mucho jaleo, ¿qué tienes montado en tu casa? —Estaba claro que era su casa, pero se escuchaban muchas voces hablando a la vez.

—Estamos celebrando el embarazo; Nando ha querido que lo celebremos con toda la familia. —Sentí un pellizco en la boca del estómago. Toda la familia, menos yo. No los podía culpar por seguir adelante con sus vidas, pero eso no evitaba que doliera verlos a todos juntos y yo aquí, tan sola—. Hemos invitado a los tíos y a los primos. —Se empezó a mover de habitación—. ¿Me vas a decir dónde estás tú?

—¿Te acuerdas de que te dije ayer que un hombre se había ofrecido a darme clases de defensa? —asintió—. Pues he empezado hoy, me ha ido muy bien. —Quise decirle antes de que me preguntara—. Allí he conocido a su mejor amigo y este nos ha invitado a comer a casa de sus padres. —No me iba a enrollar mucho; ya se lo explicaría todo con más calma.

—Oli, no sabes cuánto me alegro de que por fin hayas decidido conocer a alguien y hacer amistades. —Sabía que se alegraba de corazón—. Quién sabe si el hombre que te va a enseñar o su amigo terminan siendo algo más. No seas tonta y no te encierres antes de tiempo, que te conozco y sé muy bien por dónde van ahora mismo tus pensamientos. —Mi hermana era una de las personas más importantes de mi vida y una de las que mejor me conocía.

—No digas tonterías —le dije, intentando que dejara el tema—. Solo están siendo amables conmigo.

—Tonterías las que sueltas tú por la boca. Con lo guapa que eres, cualquiera se puede fijar en ti, y si no lo han hecho más es por todo lo que ha pasado y porque tú no lo has permitido. —La vi ir hacia el salón—. Familia, saludad a Olimpia. —Giró el móvil para que todos me vieran y yo poderlos ver.

No faltaba nadie: estaban mis tíos, mis primos, los padres de mi cuñado y mis padres.

—Hola —les dije moviendo la mano y forzando una sonrisa, no porque no me alegrara de verlos, sino porque me daba pena no estar allí—. Qué guapos estáis todos. —Me limpié con disimulo una lágrima que se me había escapado.

En ese momento entró Elías en la cocina y, al verme así, se acercó.

—¿Estás bien? —me preguntó, aunque lo hizo en voz baja. Por lo que pareció, mi familia lo escuchó.

—Hija, ¿quién es ese hombre que te ha hablado? —me preguntó mi madre, de lo más intrigada.

No me quedó otra que coger la mano de Elías y tirar de ella para que se pusiera a mi lado; si no lo hacía, mi madre no se iba a quedar tranquila.

—Ven, que te voy a presentar a toda mi familia —le dije a él—. Se han reunido para celebrar el embarazo de mi hermana. —Miré a mi familia—. Este es Elías, me está enseñando a defenderme —toda mi familia sabía cuál era mi situación, así que no tenía por qué ocultarlo.

Como buena familia cotilla, no pudieron evitar acercarse para ver cómo era el hombre que tenía a mi lado.

—Prima, desde luego que no creo que te pueda ayudar un hombre más guapo que él —dijo la descarada de mi prima.

Elías les fue contestando amablemente a todo lo que le fueron preguntando, y mira que le preguntaron, sobre todo mis padres, pero claro, el resto de la familia estaba allí, así que los demás estaban muy pendientes de las contestaciones.

En defensa de mi familia diré que no le preguntaron nada que fuera incómodo, ni mucho menos personal.

—Vale ya, que como sigáis haciéndole preguntas, le vais a sacar hasta el número del carnet de identidad. —Los corté—. Familia, os quiero mucho y

ojalá no tarde mucho en veros en persona. —Les mandé un beso antes de colgar.

No sé qué cojones me pasaba con el hombre que tenía a mi lado, que me sentía tan cómoda que dejaba que viera todas mis emociones.

Al colgar, no pude evitar que se me escaparan unas cuantas lágrimas.

—Eh, nada de llorar. —Tiró de mi mano y me llevó contra su pecho—. Ya has llorado hoy mucho, así que no más.

—Tengo ganas de verlos y abrazarlos. —Le reconocí, dejando que me refugiara entre sus brazos.

Era increíble la conexión que había sentido con Elías, y no es que dijera *«oh, Dios mío, esto no me ha pasado nunca»*, pensé de forma teatral. Es que os juro que era de verdad. Era tan grande la conexión que me daba hasta miedo.

—Te prometo que antes de que te des cuenta los podrás ver y abrazar. —Me dio un beso en la cabeza; en realidad, más que un beso, dejó sus labios apoyados sobre mi cabeza durante unos segundos—. Voy a hacer todo lo que esté en mis manos para librarte de ese hombre lo antes posible y para que puedas ser libre, como tenías que haber sido siempre.

No sé por qué, pero lo creí con todo mi corazón. ¿Cómo podía ser esto posible si, desde que empezó mi pesadilla, yo no confiaba en nadie, ni mucho menos creía en lo que me decían?

Por más que llevara todo el día haciéndome esa misma pregunta, no encontraba explicación alguna. Lo que sí sabía era que iba a dejar que Elías estuviera en mi vida, aunque solo fuera como amigo, porque no creía que alguien en su sano juicio quisiera tener algo con otra persona con una vida tan complicada como la mía.

—Muchas gracias, Elías. —Me separé poco a poco de sus brazos—. Creo que se ha hecho tarde y lo mejor que puedo hacer es marcharme a mi casa.

—No tienes que irte tan pronto y, si es por miedo a andar de noche por la calle, no te preocupes, que te voy a acompañar —me dijo mientras apartaba un mechón de pelo de mi cara y lo colocaba detrás de mi oreja.

Al estar abrazada y con la cabeza apoyada en su pecho, seguro que se me había soltado el moño que solía hacerme para ir al gimnasio.

Cualquiera que me viera me diría que no tenía vergüenza por haber ido con las pintas que llevaba a casa de unos desconocidos, pero es que cuando les dije a los chicos que primero iba a pasar por mi casa para cambiarme y que ya nos veríamos allí, me dijeron que no.

Y como ellos también iban con ropa de deporte, no le dieron mayor importancia.

—Es que todavía me quedan cosas que hacer en el trabajo y no quiero que se me haga demasiado tarde. —Que sí, que era cierto, pero también era verdad que lo que quería era poner un poco de distancia entre los dos.

No porque no quisiera estar a su lado, sino porque necesitaba aclarar mis ideas y pensar con la mente en frío, y ahora mismo no lo estaba haciendo.

—Perfecto, pero te acompañaré igualmente —me dijo mirándome de una manera que me puso los pelos de punta, y con él no fue precisamente por miedo, sino todo lo contrario, fue por algo que hacía mucho tiempo que no sentía por nadie.

Lo que me hizo sentir fue excitación, una tan grande que se me instaló entre las piernas, provocándome un calor irrefrenable que me recorrió por dentro sin darme tregua.

Madre mía, como siguiera mucho tiempo cerca de este hombre, iba a cometer una locura, una de esas de las que estaba segura de que después terminaría arrepintiéndome, sobre todo por el rechazo que sabía que iba a recibir.

Joder, habían sido demasiadas emociones en un solo día y tenía la cabeza hecha un auténtico lío, uno tan grande que no sabía muy bien cómo afrontarlo ni por dónde empezar a ordenar todo lo que estaba sintiendo.

Capítulo 13

Elías

Dos semanas llevaba dándole clases a Olimpia, los días en los que podía hacerlo, ya que había empezado con otro caso.

Por ahora no me había infiltrado del todo. En aquella ocasión lo iba a hacer yo en lugar de Nicolás, pero todavía estábamos tanteando el terreno, por lo que, cuando lo hiciera, iba a verla poco. Solo esperaba que en esa ocasión pudiéramos resolver el caso rápido y sin ningún tipo de complicación.

Nunca me había importado infiltrarme y tirarme semanas o meses fuera de casa o sin tener casi contacto con nadie, pero en ese momento me iba a costar mucho, porque esa mujer se había metido de lleno en mi corazón.

Habían sido pocos los días, durante esas dos semanas, en los que no la había visto, y ya me había costado la misma vida. No quería ni imaginar lo que me iba a costar cuando llegaran los días de infiltración, sobre todo si llegaba a tener algo más que una amistad con ella.

Le preguntaba todos los días si le habían vuelto a escribir con alguna nueva amenaza, porque, sinceramente, pensaba que era alguien de su familia quien le estaba haciendo todo. Y, tras la videollamada de los otros días, en la que los conocí a todos, esa sospecha no hacía más que crecer.

Tenía la esperanza de que, por culpa de los celos que sabía que le estaban recorriendo al verme con ella, fuera a cometer algún error, pero no fue así. Tengo que admitir que era más listo de lo que había pensado en un principio.

O tal vez lo estaba haciendo de manera consciente, a propósito, para despistarla. Porque lo que estaba claro es que, siendo siempre uno de los primeros en enterarse de todo lo que tenía que ver con ella, sabía perfectamente que se había dado cuenta de que estaba teniendo un acercamiento con un hombre, aunque solo fuera en calidad de entrenador o como una simple amistad.

Aun así, era algo que ese hombre no iba a dejar pasar tan a la ligera. Lo conocía lo suficiente como para saber que no se quedaría quieto, y yo estaba deseando que cometiera un puto error para poder dar, por fin, con él.

Nunca le había tenido tanta rabia a alguien como la que sentía por ese cabrón, con la única excepción de los asesinos de mis padres.

Me terminé de vestir para ir a su casa. No había quedado con ella ni nada parecido, pero me apetecía verla y llevarle, de camino, la cena.

Hacía pocos días, cuando terminamos uno de nuestros entrenamientos, nos sentamos en una de las colchonetas con las espaldas apoyadas contra la pared. Estuvimos hablando de cosas simples, de esas que salen sin pensar, como nuestras comidas favoritas, qué nos gustaría hacer en el futuro o a qué lugares nos gustaría viajar.

Fue entonces cuando me dijo que una de sus comidas favoritas era la comida mexicana, pero no de esas de franquicias, sino de la auténtica, la de verdad. Así que le pregunté a Nico si sabía de algún sitio donde la hicieran bien, y me habló de uno que estaba a una media hora de mi casa.

Me dio el teléfono del sitio y la dirección, así que antes de entrar a ducharme llamé al local para encargar la comida y que me la tuvieran lista en una hora. Lo hice con esa intención, para que me diera tiempo de ducharme e ir hasta allí sin prisas.

La iba a sorprender con la cena. Sabía que no era gran cosa, pero también sabía que le iba a gustar mucho.

En cuanto terminé de vestirme, salí de casa cogiendo la cartera, las llaves de casa y las del coche para ir a por la comida. Y no, no me pesaba nada una

hora de trayecto entre ir y venir, porque cuando se hacen las cosas de corazón no pesan nada; todo lo contrario.

Te llena saber que a la persona por la que lo haces le va a gustar y le va a hacer ilusión.

Se me hizo corto el camino. Al entrar en el restaurante pude comprobar que era realmente auténtica comida mexicana, porque sus dueños lo eran, así que no podía haber una mejor elección.

Me atendieron muy amablemente. Tenía claro que iba a volver, pero cuando lo hiciera sería con ella, para venir a comer aquí juntos.

—¿Dónde andas? —me preguntó Matt cuando me llamó a mitad de camino de regreso.

—Me falta poco para llegar a casa de Olimpia. ¿Te hace falta algo? —Me parecía raro que me llamara un viernes por la noche, no porque no quedáramos, sino porque pensaba que tenía planes para ese día.

—No, solo quería preguntarte si te apetecía salir con Marta y conmigo.

No pude evitar reírme a carcajadas.

—Tío, no te rías. Es que la tía no ha tenido otra cosa que hacer que decirle a su amiga que venga con nosotros. Por lo visto, lo está pasando mal.

—Quién te ha visto y quién te ve. —Me cachondeé de él—. Y tú pensando que esta noche ibas a pillar, y lo que vas a pillar es a ellas sin parar de hablar.

—Es la segunda vez que quedo con Marta, pero te aseguro que será la última. Quién me manda a mí hacerle caso a Manu.

—Claro, ahora échale la culpa a otro —le respondí—. No puedo, y, sinceramente, aunque pudiera, no iría. Sabes que esas cosas no van conmigo. Y para que lo sepas, no vayas a buscarme nunca una cita a ciegas o te corto las pelotas, mucho más ahora que la única que me interesa tiene nombre y cara.

—Todo lo que digas, pero esas pelotas que dices que me vas a cortar te faltan a ti para lanzarte de una vez por todas. Joder, si se nota a leguas que también le gustas a Olimpia.

No estaba seguro de que ella se sintiera atraída por mí. Muchas veces parecía que sí, pero después se alejaba, así que no lo podía decir con exactitud.

—Te dejo, tengo que pasar a recogerlas.

Lo escuché resoplar y aún me reí más.

—Ríe todo lo que quieras, capullo, que yo también me reiré pensando que te vas a quedar con dolor de huevos cuando termine la noche.

—Te dejo, que ya he llegado —le dije para cortar la llamada—. Pásalo bien.

Corté la llamada cuando ya había aparcado. Salí del coche cogiendo la bolsa con la comida. Lo bueno que tenía el restaurante donde la había comprado era que la comida caliente me la habían puesto en una bolsa térmica para que aguantara el calor. No sabía hasta qué punto lo habría mantenido, pero fría del todo estaba seguro de que no se había quedado.

Toqué en la puerta. No sabía si me llegaría a abrir, puesto que no me esperaba y, como aquí no tenía más amistades, lo mismo hasta se había asustado. Coño, había sido un gilipollas; tenía que haberle avisado.

Al ver que no me abría la puerta, la llamé al móvil. Estaba dentro, porque el teléfono se escuchaba sonar.

—Hola —me dijo en cuanto contestó.

—Hola, estoy tocando tu puerta, pero no me abres —le contesté.

La llamada se cortó sin que me dijera nada. Se escucharon las llaves en la puerta y el cerrojo que tenía puesto también.

—Perdona, no sabía que eras tú y, como no esperaba a nadie, no he querido abrir. —Se hizo a un lado para dejarme pasar.

—Espero que no hayas cenado todavía. —Estaba mirándola mientras se lo decía cuando, de pronto, unas patas saltaron sobre mi pecho—. Hola, preciosa, parece que te alegras de verme —le dije a la perra mientras le daba los mimos que me estaba pidiendo.

—No, no lo he hecho. Me iba a poner con la cena ahora mismo —me dijo cerrando la puerta con llave y el cerrojo. Le daba igual que yo estuviera allí con ella; tenía la costumbre de cerrar así.

—Eso que te vas a ahorrar. He traído algo que espero que te guste mucho —le dije alzando las bolsas—. Es comida mexicana.

Lo dije con una sonrisa al ver la expresión que puso.

—Ains, qué buena, por favor. —Me quitó las bolsas de las manos para llevarlas a la cocina.

Me gustaba verla así, feliz, contenta por cualquier cosa. ¿Cómo se podía ser tan feliz con tan poco? No tenía ni idea, pero ella lo era y eso me encantaba.

—¿Dónde tienes la costumbre de cenar? —le pregunté. Había estado en su casa un par de veces, pero nunca me había quedado a comer o cenar, así que no sabía si lo hacía en la mesa de la cocina o en el salón.

—Me da igual, donde más te apetezca hacerlo a ti. —Sacó unos platos del mueble y los fue dejando encima de la encimera—. ¿Qué quieres de beber? ¿Cerveza?

—Estaría bien una cerveza, pero agua también me parece bien. —Fui llevando los cubiertos y las servilletas a la mesa que tenía a pocos pasos.

—Hoy cerveza, es lo que más pega con esta comida. —Sacó dos botellines de cerveza de la nevera.

—Espero que no se haya enfriado mucho la comida.

Me estaba gustando mucho ese momento. Era como si lo hubiésemos hecho toda la vida.

Me sentía bien, cómodo, como si este momento fuese tan normal entre nosotros, como si fuésemos una pareja consolidada que se conocía bastante bien.

—Te puedo asegurar que, por muy fría que esté, me la voy a comer igual de a gusto —dijo riendo—. Lo que no sé es cómo todavía no me estás viendo, salivando sobre la bolsa.

Me hizo gracia su respuesta.

Terminamos de poner la mesa y nos sentamos a cenar tranquilamente. No hablamos de cosas que nos pudieran pesar a los dos, no hablamos de penas, solo hablamos de cosas que nos interesaban.

De sus sueños, de los míos.

Sabía que todavía no le había contado a qué me dedicaba ni lo que les había pasado a mis padres. No se lo había dicho todavía, no porque no confiara en ella, simplemente porque había querido enfocarme más en sus problemas que en los míos.

A fin de cuentas, mis problemas no tenían solución, porque a mis padres no me los iba a devolver nadie y mi trabajo me hacía feliz. Es verdad que, desde que la había conocido, me pesaba un poco más, pero era algo que podía sobrellevar por ahora.

Con Olimpia estaba yendo con cautela, despacio. No sabía si realmente le gustaba o no. Muchas veces, cuando pensaba que no la estaba viendo, me daba cuenta de la forma en la que me miraba, y lo hacía como si anhelara algo, pero en otros momentos parecía distante, como si solo le importara nuestra amistad.

Y os juro que, si solo quería de mí amistad, la iba a tener, aunque me costara la misma vida, por mucho que las palmas de las manos me picaran por querer tocarla, sentirla.

Joder, no me podía engañar a mí mismo. Me moría por besar esos labios que ahora mismo me estaban matando mientras los veía moverse al hablarme.

Que disfruté de la cena era indiscutible, eso no lo podía negar, pero que la necesidad de tener algo más me crecía en el interior era un hecho.

Nos levantamos en cuanto terminamos con la cena. Fui recogiendo los platos y el resto de los utensilios que habíamos utilizado y me puse a fregarlos.

Estaba liado con los platos mientras ella terminaba de recoger otras cosas y, mientras hacía eso, no dejaba de pensar en cómo sería estar con ella, tenerla entre mis brazos, no con un abrazo de amistad. Me gustaría tenerla pegada a mi pecho después de hacerla mía y de ser suyo por completo, porque eso es lo que más deseo: que me quiera como suyo, ahora, mañana y siempre.

Joder, tenía que haber sido una puta imaginación o, a lo mejor, las ganas que tenía, pero había sentido cómo Olimpia se había pegado a mi cuerpo mucho más de lo que solía hacerlo.

Solté dentro del fregadero el plato que estaba lavando. Me sequé las manos en el paño de cocina que tenía justo al lado y me giré para tenerla de frente, ya que ella estaba detrás de mí.

No sé si lo hice por ese roce que me había dado, por las ganas que le tenía o porque mi juicio se había ido a tomar por culo.

Lo único que sé es que tiré de su mano hasta pegar su pecho al mío por completo. Llevé mis manos a sus mejillas, apoyé un momento mi frente sobre la suya para dar un suspiro y darme valor.

—Te juro que he intentado mantenerme alejado, no sobrepasar los límites, pero no puedo. Me gustas mucho y me estoy muriendo de ganas por besarte —le dije susurrando sobre sus labios—. En ti está detenerme. Hazlo si no quieres que te bese en este mismo momento. Te prometo que, si lo haces, nada entre nosotros va a cambiar y te voy a seguir respetando igual.

Sus manos fueron a parar a mi cintura. Sentí cómo cogía mi camiseta entre sus puños y la retorcía con fuerza.

—Si no me detienes ahora, quiero que sepas que lo nuestro va a cambiar y que voy a luchar por los dos contra quien sea.

Fue ella la que se impulsó sobre las puntas de sus pies para llegar a mis labios. Al principio simplemente los posó sobre los míos; fue un toque sutil, casi superficial.

Cerré los ojos ante ese pequeño contacto y fue cuando lo mandé todo a la mierda, porque si había sido ella la que se había decidido a besarme, era porque también me deseaba. Entreabrí mis labios atrapando los suyos. Saqué la punta de la lengua para tentarla a que abriera la boca y me diera paso para adentrarme en su interior.

En cuanto uní mi lengua a la suya, fue la mejor sensación que había sentido en mi jodida vida.

Capítulo 14

Olimpia

Me acerqué a él porque ya no soportaba más tenerlo tan cerca y no poder tocarlo como me apetecía.

No era de piedra. Eran muchos años sin estar con nadie y, aunque antes de conocer a Elías no había sentido esa necesidad, desde que lo conocí no podía evitar desearlo, sentirlo en mi interior dándome placer, provocarnos el uno al otro.

Si no lo había hecho durante esas semanas había sido por miedo a su rechazo, pero ya no podía soportarlo más y prefería arriesgarme a recibir una negativa, aunque me muriera de vergüenza y tuviera que quedarme con las ganas.

Cuando se giró, cogiéndome por las mejillas y hablándome en un susurro sobre mis labios, no lo pude aguantar más y me lancé sobre esos labios que tantas noches me habían provocado sueños subidos de tono.

Si él me había dicho que después de este paso no habría marcha atrás y que iba a luchar por los dos, yo no pensaba quedarme atrás, porque lo que fuera que había nacido entre nosotros no iba a permitir que nada ni nadie me lo quitara.

Puede que durante muchos años no hubiera luchado como debería haberlo hecho, puede que me dejara intimidar de tal manera que casi había logrado

anularme por completo, pero eso había cambiado, porque a la nueva Olimpia no la iba a detener él ni nadie.

Mucho menos iba a dejar de vivir esto con Elías por un miedo que ya había durado demasiados años. Eso no iba a volver a pasar. No a partir de esa noche.

—Te deseo como no te puedes llegar a imaginar —dejé escapar un gemido que salió de lo más profundo de mi alma.

—Yo también te deseo, desde el primer momento en el que te vi —admití, porque no quería ocultarle nada; con él no quería secretos, con él me había abierto en canal desde el primer momento.

—Preciosa, dime si voy rápido, pero es que no me puedo ni quiero mantener más tiempo alejado de ti.

Ni loco iba rápido, ni yo estaba loca para decirle algo así.

¿Rápido? Si llevaba más de cuatro años sin tener sexo con nadie. Estaba bien que, antes de él, tampoco es que me hubiera apetecido, pero ahora que había encontrado a un hombre que me gustaba, me atraía y me hacía sentir tantas cosas… cosas que hacían que mi corazón latiera a mayor velocidad.

—Vas como tienes que ir.

Me cogió por debajo de los muslos, levantándome para que le rodeara las caderas con las piernas.

—¿Tu habitación? —preguntó entre un beso y otro.

Le indiqué cuál de las tres puertas era. Sin soltarme y sin dejar de besarnos, me llevó hasta allí.

Nunca había sido adicta a nada, pero os puedo asegurar que, a partir de esa noche, me iba a volver totalmente adicta a los besos de Elías.

Dios, esos labios no eran normales, y la forma de moverse y besar lo era todavía menos. Parecía que estaba en el paraíso. Solo quería más, mucho más, quería que me hiciera sentir especial.

Me besaba con pasión, pero sin dejar de ser tierno.

Mordí su labio inferior, tirando de él con ganas. Apreté un poco más de la cuenta; quizás me había pasado, aunque me pareció que a él le encantó, porque después de ese mordisco me apretó las nalgas para moverme y pegarme a su erección.

Se rozó justo en el centro de mi vagina, provocándome con ese movimiento que se me escapara un jadeo que no pude contener.

Me sentía demasiado húmeda y con unas ganas enormes de que me tocara en esa zona con más atención.

Descrucé las piernas que tenía entrelazadas por los tobillos a su espalda y las dejé caer a los lados de su cuerpo para que me soltara y me dejara en el suelo.

—No sabes lo que me estás haciendo —me dijo con un jadeo cuando metí las manos por debajo de su camiseta.

—Quiero hacerte mucho más —le contesté, dejándome llevar por el deseo —. Necesito mucho más de ti. Te deseo tanto que duele.

—Joder, preciosa, no me digas esas cosas, que pierdo el control y quiero que nuestra primera vez sea suave.

Cogió el final de mi camiseta para quitármela y dejarla caer a un lado, a nuestros pies.

Yo hice lo mismo con la suya, con la diferencia de que, al ser más alto que yo, terminó de quitársela él.

No esperé a que me quitara el sujetador. Llevé las manos a mi espalda y me lo quité yo misma, dejando mis pechos al descubierto delante de esos ojos que me recorrieron de arriba abajo en cuanto me vio libre de cintura para arriba.

—Eres puro pecado.

Comenzó a besarme desde el lóbulo de la oreja, bajando lentamente por el lateral del cuello.

Llegó hasta la base del cuello y de ahí pasó a la clavícula. Los suspiros y pequeños gemidos se me iban escapando uno tras otro.

Con una de sus manos me cogió un pecho, lo amasó, acarició, pasando el pulgar por encima del pezón y haciendo pequeños círculos sobre él, provocando que se me pusiera erecto bajo su contacto.

Me atreví un poco más y llevé mis manos hacia abajo mientras él llegaba con sus besos al otro pecho. Yo puse las mías sobre su miembro erecto.

Subí y bajé la mano por encima de su pantalón. Me encantó cuando, con ese movimiento, le hice jadear sobre mi pezón.

Le desabroché el botón de los vaqueros y le bajé la cremallera.

—Me vas a hacer terminar antes de tiempo. Me pones mucho y no sé cuánto voy a ser capaz de aguantar —me reconoció con la voz más ronca que le había escuchado desde que lo conocía.

—Tenemos toda la noche —le dije antes de pasarle la lengua por encima del pezón.

En cuanto se le puso duro, lo atrapé entre mis dientes, tirando un poco de él.

—Joder… —suspiró, dejando caer la cabeza hacia atrás.

Le metí la mano por dentro de la ropa interior y le acaricié el pene, comprobando el calor que irradiaba su sexo.

Se lo rodeé, subiendo y bajando la mano por toda la longitud de su tronco, y al llegar al glande pasé el pulgar por encima de la hendidura, recogiendo la gota de líquido preseminal que se le había acumulado fruto de la excitación.

—Madre mía… ¿dónde has estado metida toda mi vida? —Su voz había cambiado tanto que no parecía la misma, y eso me excitaba aún más, porque

era por mí—. Para, por favor, para, que no quiero hacer el ridículo y parecer un crío.

Me cogió la muñeca para sacar mi mano del interior de su pantalón.

—Mi turno. Prepárate, porque no pienso parar hasta que te dejes ir sobre mi lengua.

Fue una promesa que me hizo temblar el cuerpo entero. Sentí cómo el vello de todo mi cuerpo se me erizaba, provocando que me estremeciera de arriba abajo.

Me llenó de besos desde el centro del pecho hasta llegar al ombligo. De ahí dirigió sus labios, dejando un reguero de besos hacia un lado de mi cadera y luego hacia el otro.

Comenzó a bajarme los pantalones, algo que no le costó mucho porque llevaba puestos los de un pijama. Junto a ellos se llevó también mi ropa interior.

Terminó de desnudarme sin dejar de besar todo mi cuerpo.

Era como si lo estuviera venerando. Fue tierno en todo momento, tomándose su tiempo, dejando que me adaptara a quedarme desnuda delante de él.

No solo me devoró con la boca, también lo hizo con la mirada y con las manos.

—La que va a terminar antes de empezar voy a ser yo.

De mi boca se escapaban gemidos y jadeos sin control.

Era demasiado lo que me estaba haciendo sentir, cómo estaba haciendo vibrar mi cuerpo y no solo el cuerpo, porque también estaba haciendo que mi alma vibrara con mucha más fuerza.

Eran tantas las emociones que estaba viviendo en ese momento que, para evitar que se me escapara una lágrima, tuve que cerrar los ojos con fuerza y

tomar una gran respiración.

—Como me has dicho antes, tenemos toda la noche —murmuró sobre mi sexo, dejando que su aliento cálido me acariciara esa zona de mi cuerpo que se moría por ser tocada—. Pienso saborearte hasta quedar totalmente saciado de ti.

Madre mía… ¿cómo podía decirme esas cosas? ¿Y cómo podía ponerme más por segundos?

Esta era, sin duda, la experiencia sexual más intensa que había vivido en toda mi vida.

Saqué las piernas de las perneras del pijama, quedando totalmente desnuda ante él, dejando que recorriera mis piernas con las puntas de los dedos, acariciándome hasta el alma.

Cuando una de sus manos llegó a la altura de mi rodilla, la cogió por detrás y, llevándosela hasta el hombro, la dejó allí. Para no caerme tuve que agarrarme a sus hombros.

El contacto con mi sexo llegó en ese momento. Pasó uno de sus dedos por toda la abertura, arrastrando a su paso la humedad que se me había acumulado, provocándome un grito y haciendo que le clavara las uñas en los hombros.

—No sabes cómo voy a disfrutar de tu sabor. —Ronroneó antes de sacar la lengua y pasarla entre los pliegues de mi sexo.

Lo que me prometió, lo cumplió.

Cada una de las palabras.

Me lamió, me chupó, me absorbió, me tocó, moviendo su lengua y sus dedos sin descanso hasta hacerme ver las estrellas con un orgasmo tan grande que me dejó sin aliento.

Fue tan intenso que parecía no tener fin. Degusté los últimos coletazos con los ojos cerrados y la cabeza hacia atrás.

Igual que había bajado por mi cuerpo llenándolo de besos, fue subiendo hasta llegar a mi boca.

Fui yo la que lo besé, dejándole ver todo lo que me había provocado y las ganas que seguía teniendo de él.

—Quiero sentirte en mi interior —le dije tirando de su labio.

—No te preocupes, me vas a sentir —me respondió—, y te prometo que, cuando lo hagas, me vas a llevar contigo para siempre.

No sabía por qué, pero algo me decía que esas palabras iban a ser muy ciertas.

Me cogió en brazos y me llevó hasta la cama, dejándome con cuidado en el centro.

Se colocó a los pies de esta y, sin apartar la mirada de mi rostro y de mi cuerpo, enganchó los pulgares en la cintura del pantalón, bajándoselo junto con el bóxer negro que llevaba.

Seguramente parecía una pervertida, pero me dio igual. No podía dejar de mirar el cuerpo de ese hombre que me estaba volviendo loca.

Cuando su pene quedó al descubierto, por poco no me dio algo.

Estaba bien dotado, eso no se podía negar, y lo que era mucho más importante: estaba segura de que sabía perfectamente cómo sacarle partido a cada centímetro.

Madre mía… y una que llevaba más de cuatro años sin sexo. Vamos, que poco me faltó para hacer el ridículo de lo que me estaba excitando, aunque, evidentemente, solo fueran pensamientos irónicos por mi parte.

—Cuanto más me miras, más me pones. —Ronroneó.

—Como para no mirarte con el cuerpo tan bien trabajado que tienes.

No hice alusión directa a su sexo. No hacía falta. Él no era tonto y yo tampoco.

Se le dibujó una sonrisa sensual, la primera vez desde que lo conocía que le veía una así, y eso hizo que me humedeciera todavía más, si es que eso era posible.

Para que no me viera demasiado cortada, me mordí el labio inferior, me di valor y lo invité a venir conmigo abriendo las piernas y mostrándome por completo.

—Joder… —susurró al verme.

Se agachó para sacar de su pantalón un envoltorio plateado. Sabía perfectamente lo que era.

No sabía si siempre llevaba preservativos encima o si ya venía dispuesto a que pasara algo esa noche entre nosotros, pero lo agradecí como pocas cosas en la vida.

Si no lo hubiera traído, no creo que hubiera llegado hasta el final. Yo no tomaba nada y tampoco estaba dispuesta a hacerlo sin protección. Lo último que quería ahora era un embarazo. Tal vez con el tiempo, pero en ese momento, ni loca.

—Eh, parece que te has ido —dijo de pronto, preocupado—. ¿Estás bien? ¿Quieres que pare?

—Estoy bien y no, no quiero que te detengas —le sonreí para que viera que no le estaba mintiendo—. Lo deseo.

Capítulo 15

Elías

—Lo deseo —me había dicho, y eso fue suficiente para mí.

Dejé el preservativo a un lado de su cuerpo antes de coger el móvil.

A lo mejor lo que iba a hacer le parecería ñoño, pero quería que aquel momento fuese especial para ella. Para mí, desde luego, lo iba a ser con o sin música, pero necesitaba crear algo que se quedara grabado.

Busqué en YouTube una canción que había escuchado hacía un tiempo y que, al pensar en ella, me pareció perfecta.

Por el móvil comenzaron a sonar los primeros acordes de una canción de Manuel Carrasco. Se trataba de su tema *Eres*. Creí que encajaba muy bien, sobre todo para que se diera cuenta de lo fuerte que era, incluso sin saberlo.

Dejé el teléfono a un lado de la habitación y fui hacia ella. Coloqué una rodilla sobre el colchón, a sus pies, y avancé de rodillas hasta situarme entre sus piernas. Sin dejar de mirar ni una sola parte de su cuerpo, alargué la mano para coger aquel papel plateado.

Lo rasgué con los dientes, y eso pareció excitarla un poco más. Se pasó la lengua por los labios, humedeciéndoselos a su paso, sin dejar de seguir cada uno de mis movimientos.

Saqué el preservativo de su envoltorio y llevé mis manos a mi pene erecto, que a esas alturas me dolía con el más mínimo roce. Necesitaba, con urgencia, adentrarme en su interior.

En cuanto me lo puse, fui dejando caer mi cuerpo poco a poco sobre el de ella. Apoyé los antebrazos a cada lado de su cuerpo para no aplastarla con el mío.

Nuestros sexos se rozaron, provocando que se nos escapara un jadeo a cada uno.

—Quiero que seas tú la que dé el paso final —le dije, conteniéndome como pude.

No le hizo falta que le dijera nada más. Me entendió perfectamente. Bajó una de sus manos entre nuestros cuerpos, cogió mi erección entre sus dedos y la llevó hasta la entrada de su vagina.

Me fui introduciendo en su interior lentamente, sin dejar de mirarla a los ojos. Esos ojos que me decían tanto, aunque de sus labios no saliera ni una sola palabra en esos momentos.

Cuando estuve dentro de ella por completo, me quedé quieto un instante, disfrutando de aquellos segundos mientras dejaba que el calor que desprendía su vagina me envolviera por completo.

Del famoso paraíso del que hablaban muchas veces, me reía yo.

Porque no había mayor paraíso en el mundo que estar dentro de esta mujer.

Por lo menos, yo no lo había experimentado nunca.

Su cuerpo se cerró a mi alrededor, contrayendo los músculos de su vagina y haciendo que mi placer aumentara a cada segundo.

Comencé a moverme en su interior. Al principio lo hice suave, despacio, saboreando cada roce. Salía casi por completo para después volver a adentrarme.

Las caderas empecé a moverlas cada vez con más rapidez y fuerza. Era lo que su cuerpo y el mío nos iban pidiendo.

Dejé caer mis labios sobre los suyos para devorárselos sin descanso, sin dejar de moverme sobre su cuerpo.

—¿Vas bien? —Solté sus labios para hacerle la pregunta—. Si quieres que vaya más lento, dímelo —le dije antes de tirar suavemente de su labio con los míos.

—Estoy perfecta —me contestó con un largo gemido cuando la penetré con mayor ímpetu—. Quiero más.

Joder. Si ella quería más, yo se lo pensaba dar.

Llevé una mano detrás de su rodilla, la cogí por ahí y se la levanté hasta colocarla sobre mi hombro.

En esa posición, Olimpia quedaba mucho más expuesta y abierta, pudiendo adentrarme un poco más en su interior, llegando a un punto que sabía que le haría poner los ojos en blanco.

Me apoyé en la palma de mi otra mano y, en esa postura, la hice mía con estocadas que nos dejaban la mente nublada por el placer que nos recorría el cuerpo y, me atrevería a decir, también el alma.

—Elías… —No pudo decir nada más. Arqueó la espalda y dejó escapar un grito cuando llegó al clímax.

Yo también estaba a punto y no quería que aquello acabara todavía, así que salí de su interior para cambiar de postura.

La coloqué de lado y me puse a su espalda. Le levanté una pierna, colocándola sobre mi cadera, y desde atrás la penetré con fuerza, rápido, duro, sin descanso.

Necesitaba que se corriera una vez más antes de hacerlo yo.

Un rato después volví a cambiar de postura. Quería probar todas las que nos fuese posible y, aunque sabía que en una sola noche era imposible, iba a hacer que ese día fuese inolvidable para ella.

La puse boca abajo, totalmente tendida sobre la cama. Le separé un poco las piernas, me coloqué sobre ella y me adentré de nuevo en su interior.

No tenía ni puta idea de cómo estaba aguantando, porque las ganas de descargar me recorrían las venas sin descanso.

—Ah… madre mía. —Jadeó.

La vi morder las sábanas entre gritos y gemidos.

—Eso es, disfruta. —Esas palabras me salieron casi sin voz, y la poca que salió fue mucho más ronca de lo normal.

Respiraba profundamente entre penetraciones. O lo hacía así o no iba a aguantar más.

Le provoqué otro orgasmo. Aquella vez me apretó tanto el pene que no pude aguantar más y me dejé arrastrar por el placer que empezó a recorrerme la columna, pasó al vientre, lo contraje con fuerza y bajó hasta instalarse en los testículos.

Sentí cómo subían y supe que ya no había marcha atrás.

Me corrí sin dejar de moverme hasta que los últimos coletazos del placer dieron paso a la falta de oxígeno.

Apoyé la frente en el centro de su espalda y dejé varios besos allí.

Madre mía.

En esos momentos podía morir perfectamente, porque creía que jamás iba a conocer ni sentir nada mejor que lo que acababa de compartir con Olimpia.

Salí de su interior despacio y me levanté de la cama para ir al baño y deshacerme del preservativo.

Allí cogí una toalla, la humedecí por una esquina y volví a la habitación.

Necesitaba cuidarla y mimarla como se merecía. Sabía que lo que iba a hacer le provocaría un poco de vergüenza, porque era algo mucho más íntimo.

Aunque pudiera parecer que no había nada más íntimo que tener sexo, para mí aquello lo era mucho más y, conociéndola como la conocía, sabía que ella pensaría igual.

—¿Estás bien? —le pregunté al llegar a su lado—. Déjame, voy a limpiarte.

Las mejillas se le encendieron.

—Déjalo, ya puedo hacerlo yo —me contestó, un poco cortada.

—Pero es que quiero hacerlo yo —insistí.

Se giró, poniéndose bocarriba. Apoyó las plantas de los pies sobre el colchón y separó lentamente las rodillas, dejándome hacerlo.

—No me has contestado a la pregunta. —Le pasé la parte húmeda de la toalla por su sexo con ternura y mucho cuidado, y después la parte seca.

—Estoy muy bien. —Me sonrió con dulzura.

Se me encogió el corazón al ver aquella sonrisa tan bonita y tierna.

Dejé la toalla en el suelo, me tumbé junto a ella y tiré de su brazo para atraerla hacia mí, haciendo que apoyara la cabeza sobre mi pecho.

La abracé con fuerza, con ganas de que pudiera meterse dentro de mí para protegerla de todo. Ojalá pudiera hacerlo. Ojalá no tuviera que pasar por más dolor.

Lo tenía claro: iba a hacer todo lo que estuviera en mis manos para que fuese feliz siempre. Me costara lo que me costara, lo iba a conseguir.

—¿Te quedas a pasar la noche? —me preguntó con cierta precaución.

—¿Quieres que me vaya? —Esperaba que me dijera que no, porque no había nada que me apeteciera más que dormir abrazado a ella.

—No, no quiero que te vayas. Quiero que te quedes y dormir así contigo —me dio un beso justo encima del corazón.

—Perfecto, porque yo tampoco me quiero ir. —La besé en la frente—. Ahora duerme, que es tarde y tienes que estar cansada.

Le acaricié un mechón de pelo y lo coloqué detrás de su oreja.

—Creo que va a ser la mejor noche que voy a dormir desde hace años.

Se me hizo un nudo en el pecho al oír esas palabras.

—Puedes dormir tranquila, que no me voy a mover de tu lado. —Miré hacia la esquina de la habitación y allí estaba Sasha, dormida sobre su cama—. Ni yo… ni Sasha.

Le di otro beso, esta vez en los labios. Fue tierno, dulce, apenas un roce, pero cargado de significado.

Capítulo 16

Desconocido

Se había atrevido a pasar un fin de semana con ese hombre en su casa, y no necesitaba imaginar lo que había pasado entre ellos, porque lo sabía con exactitud.

Cuando me enteré, tuve que coger el coche y marcharme lejos, muy lejos, para que nadie viera cómo explotaba, lleno de rabia e ira.

Esta me la iba a pagar. Acostarse con otro, traicionándome a mí, como si fuera una simple puta que se iba con el primero que se la follara.

Me estaba volviendo loco solo de pensar cómo gemía bajo los toques de ese hijo de puta.

Ella era mía y nadie tenía derecho a tocarla. Estaba seguro de que la había engatusado para llevársela a la cama y ella, como una idiota, había dejado que eso pasara.

Todo el camino que habíamos recorrido durante esos cuatro años lo había tirado por la borda.

Tenía que hacer todo lo posible para acelerar las cosas. Pensaba darle un poco más de tiempo, que se fuera haciendo a la idea poco a poco, pero parecía que me había equivocado. Dejarle el espacio que le había dejado solo había conseguido justo lo contrario.

La había alejado más de mí, y eso era algo que no iba a permitir. Llevaba muchos años enamorado de ella como para que viniera un tío que ni siquiera se había molestado en conocerla de la manera en la que yo lo hacía y me la arrancara de entre los dedos.

—¿Dónde estás, cariño? —me preguntó cuando descolgué, cansado de la insistencia de su llamada.

—Tengo algo que hacer en casa de mis padres. Ahora voy para casa —no esperé a que me contestara—. En una hora estoy allí.

Colgué.

Cada día odiaba más estar cerca de esa mujer. La aborrecía. Me daba asco tener que meterme entre sus piernas cuando lo único que deseaba era estar dentro de Olimpia.

No iba a negar que, al principio, sí me gustó y llegué a sentir algo por la mujer con la que estaba, pero eso se había acabado. No después de conocer a la mujer de la que de verdad estaba enamorado.

Y cada día me costaba más ocultar mi carácter, controlar las ganas que tenía de mandarlo todo a la mierda y dejarla. Estoy seguro de que ella ya había empezado a darse cuenta de que no quería estar con ella, pero no lo quería aceptar.

Y yo, hasta que no tuviera a Olimpia entre mis manos, tenía que seguir soportándola.

En un impulso, llevado por la rabia, cogí el teléfono para escribirle un mensaje. Sabía que me la podía estar jugando más de la cuenta, pero tenía que hacerlo. Si no lo hacía, iba a ser mucho peor.

Prefería soltarlo por escrito antes que terminar explotando en casa. Si eso pasaba, todo se iría a la mierda.

Y no había estado cuatro putos años apartándola de todos y de todo para echarlo a perder en el último momento.

Desconocido: *Grábate bien estas palabras en la memoria, porque pienso cumplirlas al pie de la letra, y la culpa de que lo haga es solo tuya. No pensaba hacer las cosas así cuando nos encontráramos cara a cara, pero has cambiado todas las reglas al acostarte con el primer hombre que se te ha cruzado en el camino.*

»Voy a hacer que te olvides de todas las horas que ese hijo de puta te ha estado tocando, y lo haré para recordarte que eres solo mía y de nadie más. Creía que había sido bastante claro contigo, pero ya veo que eres más tonta de lo que pensaba.

»Por cada grito que ese hombre te ha hecho dar, conmigo gritarás dos veces: una de dolor por traicionarme y otra para que no olvides a quién perteneces.

»Recuerda que todo esto es culpa tuya. Pensaba darte más tiempo, pero has acabado con mi paciencia. Espérame, porque antes de lo que crees te voy a tener entre mis brazos.

Sabía que no me iba a contestar y, en esos momentos, tampoco quería que lo hiciera. Si lo hacía, podía cabrearme todavía más, y eso podía ser muy peligroso.

Tenía que seguir actuando con la misma inteligencia con la que lo había hecho durante todos estos años.

Volví a montar en el coche. Pensaba regresar a casa, pero en el último momento cambié de rumbo y me dirigí al local de un amigo. Allí podía desfogar toda esa rabia follándome a alguna de las muchas mujeres que trabajaban allí.

—Hombre, ¿qué haces por aquí? —me dijo al verme llegar a la barra—. Hacía mucho que no venías. ¿Qué pasa? ¿Te has cansado de estar siempre con la misma mujer? —preguntó en tono de broma.

—Últimamente nos hemos distanciado un poco. —Que fuera mi amigo desde hacía años no significaba que tuviera que contarle todo.

Ni loco le iba a contar lo que llevaba tiempo haciendo.

—¿Quieres que te busque a una chica? —me preguntó con una sonrisa burlona.

—Más tarde. Primero prefiero tomar una copa.

—Como quieras, pero no hay nada mejor para olvidar los problemas que meterla en caliente.

Me reí al escucharlo. Ese cabrón no iba a cambiar en la vida.

Desde que lo conocía siempre había sido igual. A la vista estaba el local que había montado. No era un puticlub; era algo más selecto. Es verdad que tenía mujeres que trabajaban para él, pero también venían muchas otras buscando a cualquier hombre dispuesto a aliviarles el calentón.

—No te preocupes, que ya la meto muy a menudo —dije, con el cuerpo de Olimpia ocupando toda mi mente—. Y dentro de poco la meteré más.

No la había visto nunca desnuda del todo. Casi, pero no del todo. No más que con un bikini cubriendo ese cuerpo espectacular que tenía, aunque no hacía falta mucha imaginación para saber qué escondían esas dos piezas de tela.

—De todos modos, ya sabes que aquí tienes la entrada libre siempre. —Me dio una palmada en la espalda—. Si me disculpas, yo me voy con una pelirroja que me vuelve loco.

Fingí una sonrisa.

—No sabía que te gustara pasar el rato con alguna de tus trabajadoras.

—Y no me gusta. No lo he hecho nunca ni lo voy a hacer ahora. La pelirroja que te digo es una clienta que viene siempre a buscarme. —Me guiñó el ojo y se marchó.

El teléfono vibró en el bolsillo de mi pantalón. No le hice caso. Sabía perfectamente quién era y no tenía ganas de hablar con ella.

Seguro que me llamaba porque le había dicho que llegaría pronto a casa y ya habían pasado más de tres horas, pero no me apetecía ir.

Ya aguantaría sus quejas en otro momento, cuando tuviera un poco más de paciencia y no estuviera tan al límite como en ese momento.

Me bebí tres copas. Decidí parar. No porque no me apeteciera seguir bebiendo, sino porque cuando me pasaba más de la cuenta perdía el control, y en un día como aquel no podía permitirme cometer una locura que lamentara el resto de mi vida.

—Te veo muy solo —me dijo una mujer morena que se colocó a mi lado.

—Menos mal que has llegado para hacerme compañía —le contesté, guiñándole un ojo.

—Y aquí pienso quedarme hasta que te apetezca que vayamos a otro sitio.

Sentí un tirón en la entrepierna. Supe que sería ella con la que me desfogaría esa noche.

Me levanté del taburete y me acerqué al que ella ocupaba. No me iba a andar con rodeos.

Si ella había sido directa, yo lo sería todavía más.

Hice que separara las piernas y me coloqué entre ellas. Puse una mano en el interior de su muslo y la fui subiendo lentamente hasta llegar a su sexo.

Sonreí al darme cuenta de que no llevaba ropa interior. Pasé los dedos entre sus labios. Aquella mujer no necesitaba que nadie la calentara; ya venía así.

A una parte de mí le gustaba que las mujeres tuvieran el poder de decidir con quién y cuándo mantenían relaciones. De hecho, siempre me había gustado eso. Todas menos la mía.

La penetré con dos dedos mientras, con el pulgar, le trazaba círculos lentos sobre el clítoris.

—Veo que te gusta cómo te toco —le dije antes de morderle el lóbulo de la oreja.

Pronto te tocaré así, muñeca, pensé sin dejar de mover la mano.

—Me encanta —jadeó—, pero quiero más.

Curvé los dedos y empecé a moverlos con más fuerza y rapidez.

No tardó ni un minuto en correrse entre mis dedos. Sabía perfectamente cómo tocar a una mujer para hacerla disfrutar.

Y a la mía pensaba tocarla mucho mejor.

Estaba convencido de que, cuando lo hiciera, no querría separarse de mi lado jamás.

Capítulo 17

Olimpia

En ese momento me atrevería a afirmar que un muerto tenía mejor color de cara que yo. Me había quedado totalmente blanca.

Sentí cómo el corazón se me paraba de golpe, cómo me faltaba el aire y cómo las manos me temblaban tanto que era imposible mantenerlas quietas.

Menos mal que estaba sentada en el sofá de casa, porque, de lo contrario, las piernas me habrían fallado y habría acabado de bruces contra el suelo.

Otra vez igual. Otra vez iba un paso por delante.

No me entraba en la cabeza y, cada vez con más fuerza, resonaban en mi mente las palabras que me había dicho Elías al principio. Las entendía, pero aun así me costaba aceptarlo.

Los mensajes anteriores no los había denunciado. No le veía sentido hacerlo cuando siempre acababan en lo mismo, sin encontrar nada, sin avanzar. Pero este no podía dejarlo pasar. Este tenía que denunciarlo.

No lo hice en ese mismo momento porque no me sentía con fuerzas ni siquiera para levantarme de donde estaba sentada. Pero lo haría. Aunque fuera al día siguiente.

Elías estaba en la cocina preparando la cena y no fui capaz de llamarlo para enseñarle lo que acababa de llegarme.

No pude.

¿Cómo se lo iba a mostrar sin que todo se rompiera un poco más?

Me daba miedo que se implicara todavía más de lo que ya lo estaba haciendo. Me daba miedo que acabara resultando herido por algo que, en el fondo, sentía que era mío. O, peor aún, que pensara que yo era una carga demasiado grande, una mochila pesada que no tenía por qué seguir llevando.

Me aterraba perderlo.

Las semanas que llevaba a su lado desde que dimos el paso de ser algo más se habían convertido en las mejores de mi vida. No solo de estos últimos años, sino de toda mi vida adulta. Había vuelto a reír sin pensar, a dormir sin miedo, a sentirme a salvo sin estar alerta.

¿Y si se lo decía y decidía no seguir conmigo?

¿Y si, después de todo, yo era demasiado para alguien como él?

¿Cómo iba a volver a quedarme sola después de que se hubiera convertido en el mayor pilar sobre el que me apoyaba, en el lugar al que regresaba cuando todo lo demás temblaba?

Y eso que, desde que nos acostamos y al día siguiente hablamos largo y tendido, tomé una decisión muy clara: no quería que nuestra relación girara en torno a todo lo triste y duro que me rodeaba. No quería que lo nuestro se construyera desde el miedo ni desde las sombras.

Se lo expliqué con calma, con el corazón en la mano. Le dije que con él solo quería momentos bonitos, momentos que nos llenaran el pecho y nos hicieran sentir vivos a los dos. Momentos en los que respirar fuera fácil.

Él me respondió que le parecía perfecto. Pero también me dijo que, si alguna vez sentía la necesidad de desahogarme, de romperme o de caer, podía contar con él. Que no tenía que esconder nada. Que no iba a soltarse de mi mano.

Que siempre iba a estar a mi lado.

Y quizá por eso, precisamente por eso, era por lo que más miedo me daba perderlo.

—Preciosa, la cena está lista. ¿Quieres que cenemos aquí?

Algo raro me pasó en ese momento. Lo escuché, pero era como si no terminara de entender lo que decía.

—Olimpia —me llamó de nuevo.

Seguía sin poder responderle.

Tenía la vista fija en la pantalla del móvil. La miraba sin parpadear, atrapada en ese texto que releía una y otra vez sin poder evitarlo.

—Eh… —dijo con suavidad al llegar a mi lado—. ¿Qué te pasa?

Una lágrima cayó sobre la pantalla.

—Déjame ver qué es lo que te ha puesto así. —Fue él quien cogió el teléfono de entre mis manos.

Lo leyó. De eso no me cabía duda. Es más, estaba segura de que cada una de esas palabras se le había quedado grabada en la memoria.

No me dijo nada en ese instante. No sé exactamente qué hizo, solo recuerdo el sonido del «tic» del teclado digital mientras escribía algo en su móvil.

—No sé cómo logra enterarse siempre de todo lo que hago —pronuncié finalmente, con la voz rota.

—Porque es alguien cercano a ti.

Lo miré sin poder creer lo que acababa de decir. Ya me lo había comentado otras veces, pero seguía pareciéndome una locura.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? Ya es la segunda vez que me lo dices. —Me giré un poco, subí las piernas al sofá y las rodeé con los brazos antes de

mirarlo—. Explícamelo.

—Tengo algo que decirte. —Empezó—. Solo espero que entiendas por qué no he podido contártelo antes.

No hacía falta ser muy lista para saber que, cuando alguien comenzaba una frase así, lo que venía detrás no era sencillo.

—Te voy a escuchar con atención —le dije—. Solo espero que no sea algo que me duela.

Desde que lo conocía, yo no le había mentido ni le había ocultado nada. Ni sobre mi situación ni sobre mis sentimientos.

—Estoy seguro de que es alguien relacionado con tu familia —dijo con firmeza—. Y lo sé por lo que me dedico a hacer.

Fruncí el ceño, sin entender del todo.

—Soy policía —continuó—. Más bien, pertenezco a un grupo especializado en investigar casos complejos. Casos que, en muchas ocasiones, requieren infiltraciones largas. A veces son meses. Otras, menos tiempo.

Me quedé completamente atónita.

No podía creer lo que me estaba diciendo.

—¿Por qué no me lo dijiste antes? —le pregunté, sintiendo cómo me temblaba la voz—. ¿Por qué ahora? Yo me he abierto a ti desde el primer momento. Podrías haberme ayudado con ese cabrón que no me deja ni respirar.

—¿Te crees que no lo estoy haciendo? —me respondió, negando con la cabeza—. Fue lo primero que hice cuando me lo contaste. Entré en bases de datos con parte de mi equipo y empecé a estudiar tu caso desde el principio. ¿De verdad piensas que no te estaba ayudando?

Me sentí fatal por haber dudado de él.

—Eres demasiado importante para mí —añadió— y no voy a dejar de buscar a ese tipo.

—Lo siento —me disculpé de corazón—. No era mi intención ofenderte.

—Ven aquí.

Hizo que soltara mis piernas y tiró suavemente de una de mis manos hasta sentarme de lado sobre las suyas. Me abrazó con fuerza contra su pecho.

—Mi profesión es delicada —continuó—. No solo porque me juegue la vida.

Un escalofrío me recorrió entera al oírlo.

—Si se enteran de quién soy, pueden hacer daño a las personas que me importan. Por eso no puede saber nadie a qué me dedico. Nadie. Solo mis compañeros, Matt, los padres de Matt… y ahora tú.

Me quedé sin palabras.

—Llevas una doble vida —murmuré, separando un poco la cabeza de su pecho para mirarlo.

—En lo laboral, sí —respondió, guiñándome un ojo, intentando aligerar el ambiente.

—¿Qué te llevó a querer ser policía? —pregunté casi sin pensarlo, como si la pregunta hubiera salido sola.

Su expresión cambió al instante. La ligereza desapareció de su rostro.

—Algo que aún hoy me sigue atormentando.

Tomó aire con fuerza, como si necesitara armarse de valor antes de continuar.

—Cuando tenía diecinueve años salí una noche con Matt a tomar unas copas. No solía llegar tarde a casa, pero esa noche conocí a una mujer que me

gustó mucho.

—No tienes que contarme nada que no quieras —lo interrumpí al notar el cambio en su tono, esa grieta que se abría en su voz.

—Quiero hacerlo —me dijo, besándome la cabeza—. Es lo único que me queda por contarte.

Respiré hondo, preparándome para lo que estaba a punto de escuchar.

—Esa noche llegué más tarde de lo normal. Entré en casa en silencio, sin encender las luces para no despertar a mis padres, pero enseguida noté que algo no estaba bien.

—Tómate el tiempo que necesites —le susurré, apretándome un poco más contra él.

—Entré en la cocina para coger agua y vi los cajones abiertos, revueltos. Mis padres jamás habrían dejado nada así. Fui al salón y estaba peor. Todo tirado por el suelo. Ahí supe que había pasado algo malo.

Noté cómo su cuerpo se tensaba bajo mis manos.

—Subí corriendo a la habitación de mis padres…

Las lágrimas comenzaron a caerle sin control. Le limpié las mejillas con todo el amor que sentía por él, sin decir nada, dejando que el silencio hablara por los dos.

—Estaban en la cama, uno al lado del otro. Pero ya no había nada que hacer. Estaban irreconocibles. Es todo lo que puedo decirte. No quiero que tengas pesadillas con más detalles.

Se me rompió el corazón al escucharlo.

—Lo siento muchísimo —dije con la voz quebrada—. Nadie debería pasar por algo así. Y mucho menos siendo tan joven.

—Sigue doliendo —admitió—. No hay día que no piense en ellos. Por eso quise hacerme policía. Para encerrar a todos los hijos de puta que hacen daño.

Lo entendía. De verdad que lo entendía.

Pero aun así, no podía evitar que su trabajo me diera miedo.

—Ahora ya lo sabes todo —me dijo—. Espero que entiendas por qué no te lo conté antes… y que me perdones.

—No tengo nada que perdonarte —respondí con sinceridad—. Lo entiendo perfectamente.

Me giré entre sus brazos y me senté a horcajadas frente a él, necesitaba mirarlo a los ojos.

—Gracias por aparecer en mi vida —le dije—. Y gracias por quedarte, aun sabiendo toda la mierda que llevo encima.

Le sujeté las mejillas y lo besé con ternura, dejando en ese gesto todo lo que no sabía expresar con palabras.

—Gracias a ti, preciosa —me acarició los brazos con suavidad—. Y ahora que está todo dicho, ¿qué te parece si dejamos las tristezas atrás y empezamos a vivir nuestra vida juntos, rodeándonos de alegría y de cosas bonitas?

Sonreí al escucharlo.

Era casi exactamente lo mismo que yo le había dicho días atrás.

—A partir de hoy no quiero que tengas miedo —añadió—. Ni de salir, ni de vivir, ni de hacer lo que te apetezca. No le des poder.

—Me parece perfecto —le sonreí—. Prometo hacerme más fuerte cada día.

—No lo dudo. Y siempre que tenga que infiltrarme, te lo diré. Y cuando no pueda estar, no te quedarás sola. Matt estará contigo siempre que lo necesites.

Asentí. No tenía nada más que decir.

El solo hecho de pensar que podía pasar semanas sin verlo me dolía, pero sabía que lo descubriríamos juntos.

—Bien —sonrió—. Ahora vamos a cenar.

Se levantó conmigo en brazos y me llevó hacia la cocina.

—¿De qué te ríes? —me preguntó.

—Voy enganchada a ti como un koala.

—Pues me encanta que seas mi pequeña koala. —Me dio un beso en la punta de la nariz.

Capítulo 18

Elías

—Preciosa, ¿te queda mucho? —pregunté al entrar en su casa con mis propias llaves.

Había vuelto después de haber estado dos meses fuera y, desde que regresé, prácticamente no había salido de allí. Solo lo había hecho para ir a visitar a Diana y Alonso; justo de allí venía precisamente en ese momento.

Durante el tiempo que estuve infiltrado, Olimpia no había estado desamparada. Matt no la dejó ni un solo día, y tampoco lo hicieron sus padres. Estuvieron pendientes de ella en todo momento, acompañándola y cuidándola como si fuera una más de la familia.

Como tenía dos semanas libres —una por haber terminado el caso y otra porque la había pedido de vacaciones—, habíamos decidido ir a casa de sus padres.

Lo primero, porque llevaba demasiado tiempo sin verlos y ya iba siendo hora de ponerle fin a eso.

Y lo segundo, porque necesitaba tener un acercamiento con toda su familia. Quería observarlos de cerca, fijarme en sus comportamientos, en sus expresiones, en sus miradas.

Porque estaba seguro de que el cabrón se encontraba entre ellos, y yo iba a dar con él. Aunque me costara la vida. A ese lo cogía yo, sí o sí.

—Termino de meter el neceser y estoy lista —contestó desde la habitación.

Dejé las llaves en el recibidor.

—Hola, pequeño bicho —le dije a Sasha cuando vino directa a mi encuentro—. ¿Lista para este viaje?

Me agaché para darle unos cuantos mimos.

—El bichito, como tú le dices, la ha liado —comentó Olimpia saliendo de la habitación con la maleta.

—¿Qué ha hecho ahora? —pregunté, aguantándome la risa—. ¿Te has portado mal hoy?

La muy lista se sentó sobre las patas traseras y me miró fijamente, moviendo la cabeza de un lado a otro, con esa dignidad fingida que solo ella sabía poner, como si todo aquello no fuera con ella.

—He dejado un poco de fiambre de pavo sobre la encimera para prepararme una tostada y, cuando me he girado para hacerme un café, le ha faltado tiempo para comérselo.

Parecía indignada, pero yo la conocía demasiado bien. En el fondo se estaba riendo. Y más aún porque la culpa de que Sasha hiciera esas cosas era suya; la había acostumbrado a recibir comida mientras ella comía, y ahora pretendía hacerse la sorprendida.

—Tendría hambre —le quité la maleta de las manos para llevarla al coche —. Ve preparando dos cafés, que me apetece uno antes de irnos.

—A mí también. Nos esperan unas cuantas horas de coche —resopló, sin demasiado entusiasmo.

Sabía que no le gustaban los viajes largos. Decía que se agobiaba, que el tiempo se le hacía eterno y que necesitaba parar más de lo normal.

—No resoples. —Me acerqué a ella, dejando la maleta un momento en el suelo—. Estoy seguro de que en este viaje te lo vas a pasar muy bien. Piensa

que vas a ver a tu familia después de dos años.

La abracé por la espalda, pegándola a mi pecho, sintiendo cómo su cuerpo se relajaba poco a poco entre mis brazos.

—Lo sé, y tengo muchas ganas. —Apoyó la cabeza en mi hombro—. Me muero por verlos a todos, pero sobre todo a mi hermana con su pequeña barriguita.

—Sé que te gustaría estar más presente en el embarazo de tu hermana —le dije—, y te prometo que antes de lo que crees podrás hacerlo.

Aunque, si lo pensaba con frialdad, algo dentro de mí se tensaba.

¿Y si, cuando todo se solucionara, decidía volver definitivamente a su ciudad? Sabía que quería estar conmigo, que lo nuestro era real, pero también entendía esa necesidad de recuperar su vida anterior, de volver a su trabajo, a ese que de verdad la llenaba, no como el que tenía ahora.

No me quedaba otra que esperar y ver qué pasaba. Lo único que tenía claro era que la quería, y que jamás le cortaría las alas. La apoyaría en cualquier decisión que tomara.

—Lo sé. —Se giró entre mis brazos—. Siento que esta pesadilla está a punto de acabar… y todo gracias a ti.

Me rodeó el cuello con los brazos.

—Te quiero.

Hacía poco que habíamos empezado a decirnos esos te quiero.

La primera vez que me lo dijo fue en una llamada telefónica. Yo llevaba dos semanas metido en el operativo y, antes de colgar, me soltó un:
«Prométeme que tendrás cuidado. Te quiero y no puedo perderte».

En ese momento el corazón se me aceleró tanto que pensé que me daba algo.

Desde entonces me lo decía a menudo, y yo también había empezado a decírselo. No porque ella lo hiciera, sino porque era la verdad. La quería por encima de todo.

Se había metido tan dentro de mí que ya no sabría qué hacer si no la tuviera a mi lado.

¿Era pronto para quererla así? Para mí no. Porque yo no decidía cuándo ni a quién dejar entrar en mi corazón. Y ella había llegado sin pedir permiso… para quedarse.

—Yo también te quiero —le dije antes de besarla despacio—. ¿Les has dicho a tus padres que no digan nada?

—Sí. Para que no hagan preguntas, les he dicho que quiero darle una sorpresa a toda la familia. —Cogió las tazas de café—. Van a organizar una cena con la excusa del cumpleaños de mi padre, que es dentro de una semana.

—Perfecto. Espero que no se lo digan a tu hermana ni a nadie.

—No van a decir nada, no te preocupes. Todo va a salir bien.

Me encantaba ver la evolución que había tenido.

No porque tuviera que cambiar; ella siempre había sido perfecta. Pero ya no estaba tan asustada. Había aprendido a plantarse, a respirar hondo, a no dejarse arrastrar por el miedo. Las clases de defensa personal la habían ayudado mucho… y yo no podía sentirme más orgulloso de ella.

No había dejado ni un solo día de practicar. Cuando no podía hacerlo conmigo, lo hacía con Matt, que se había convertido en alguien muy importante para ella.

Y a mí me constaba que él la quería mucho, que sería capaz de hacer cualquier cosa por protegerla.

—¿Quién será? —preguntó cuando sonó el timbre de la puerta.

—No tengo ni idea. Quédate aquí, voy a ver quién es.

Silbé suavemente. Sasha tenía el oído finísimo y ya sabía que ese sonido significaba que debía ponerse al lado de Olimpia.

—Muy bien, cariño. —Le acaricié la cabeza cuando obedeció.

Al abrir la puerta me encontré con Matt, con una maleta a su lado y esa sonrisa burlona tan suya.

—¿Qué haces aquí? ¿Y con esa maleta? —pregunté, apartándome para dejarlo pasar.

—¿Pensabas que la diversión iba a ser toda para ti? —Me devolvió la pregunta—. Tengo que conocer a la familia de mi cuñadita.

—Sabes a lo que vamos, aparte de para que vea a su familia —dije mientras íbamos hacia la cocina.

—Seis ojos ven mejor que cuatro. —Se encogió de hombros—. Aunque con los de mi cuñada no creo que veamos mucho.

Lo decía porque Olimpia era incapaz de imaginar que alguien de su familia pudiera estar detrás de todo aquello.

—Hola —dijo ella en cuanto vio asomar la cabeza de Matt—. ¿Qué haces aquí? ¿Va todo bien?

—Vengo a haceros compañía para que el viaje no sea tan aburrido.

Sasha se le echó encima, y no le hizo ninguna gracia. A Matt aún le costaba acostumbrarse a ella cuando saltaba así.

—Quita, loca —dijo intentando apartarla—. Creo que tu perra se ha enamorado de mí. No es normal cómo salta y me lame toda la cara.

—Sasha, baja —ordenó Olimpia, y como siempre, le hizo caso.

—Pues eso —continuó Matt—. Como el divertido soy yo, he pensado: ¿por qué no hacerle el viaje más entretenido a mi cuñadita?

Tenía un morro que se lo pisaba.

—Solo espero que tu familia no me deje en la calle como a un mendigo.

—Eso dependerá de cómo te los ganes —le respondió ella.

—No te preocupes, tengo labia de sobra. Por cierto, esa prima tuya… ¿Está soltera?

Olimpia lo miró con los ojos como platos.

—Matt, aléjate de las mujeres de mi familia —le advirtió, señalándolo con el dedo.

—¿Pretendes que me acerque a los hombres? —respondió muy serio—. Mira que no los he probado nunca, pero no me llaman nada la atención.

—Pues igual si los pruebas te ayudan con ese estreñimiento del que tanto te quejas. —Solté una carcajada imposible de contener.

Olimpia ya le había cogido el punto a mi amigo y sabía perfectamente cómo devolverle cada una.

—Hala, ya has conseguido que se me cierre aún más el agujero negro —dijo fingiendo un escalofrío.

—Anda, agujero negro. —Le di una colleja—. ¿Quieres algo antes de irnos?

—Ahora mismo no, pero para el camino… ¿Paramos a comer o llevamos bocadillos?

—Mejor paramos en alguna venta —contestó Olimpia—. Así estiramos las piernas. Además, tenemos que parar de vez en cuando por Sasha.

Capítulo 19

Olimpia

Desde luego que esta vez no podía decir que me hubiera aburrido en el coche, ni mucho menos que se me hubiera hecho pesado.

Con Matt eso era imposible. Más que una persona, parecía un auténtico loro; este hombre no se callaba ni debajo del agua.

Me parecía increíble que, siendo tan distinto a Elías, congeniaran tan bien. Y con esto no quiero decir que mi chico fuera aburrido ni callado, porque no lo era en absoluto, pero Matt era otra cosa muy distinta. Aun así, se había convertido en un amigo como los que no había tenido nunca.

Era un hombre con el que se podía contar para todo. Con él me sentía cómoda, tranquila, como si lo conociera de toda la vida. Era como si pudiera ver más allá de mis palabras, como si con una simple mirada pudiéramos entendernos sin necesidad de pronunciar una sola frase.

Tenía una conexión muy fuerte y especial con él. No era como la que sentía con Elías, eso era evidente, pero estaba ahí, firme y sincera. A Matt lo quería con todo mi corazón; a Elías, aparte de quererlo, lo amaba por encima de todo.

Matt iba sentado en la parte del copiloto, mientras que yo iba en la parte de atrás. Lo quise así para poder ir junto a Sasha, ya que mi amigo todavía le tenía cierto respeto a mi pequeña, que, aunque era incapaz de hacerle daño a alguien a quien conociera y supiera que no iba a poner mi vida en peligro, sí

que era verdad que podía intimidar un poco a quien no estaba acostumbrado a ella.

—Todo va a ir bien —me dijo cuando se giró un momento para mirarme.

—Lo sé, solo estoy un poco nerviosa. Han sido dos años en los que no los he podido abrazar. —Me moría de ganas de verlos en persona, tocarlos, abrazarlos y comérmelos a besos—. Siempre he estado muy unida a mi hermana y a mis padres. Sí que es verdad que cuando se casó la veía algo menos, pero supongo que era lo normal; al fin y al cabo, ella estaba haciendo su vida.

—No he tenido más hermano que tu querido novio, pero imagino que tiene que haber sido bonito criarse con alguien a quien poder fastidiar desde pequeño. —Qué capullo era, y yo que pensaba que iba a decir todo lo contrario.

—No sé de qué te quejas, si lo de fastidiar lo haces de lujo —le respondí.

—Sí, pero yo hubiera querido un hermano pequeño. Ya sabéis, por eso de tirarle de los pelos, pegarle patadas en las espinillas… no sé, las cosas normales que hacen todos los hermanos. —Se encogió de hombros.

—Será normal para ti. —Le cogí de la oreja y le di un pequeño tirón—. ¿Eso es lo que le querías hacer a tu hermano?

—Joder, quería hacérselo yo, no que me lo hicieran a mí —protestó tapándose la oreja.

—Para que veas que duele. Menos mal que tus padres fueron inteligentes y no trajeron al mundo una pobre criatura que pudieras torturar —le dije mientras acariciaba la cabeza de mi niña.

—Seguro que tú lo hiciste con tu hermana —refunfuñó.

—Pues no, listillo, que siempre he sido muy buena y obediente. Le puedes preguntar a mis padres y a mi hermana cuando los veas. —Me crucé de brazos como una niña pequeña enfurruñada. Cosa que no lo estaba; solo estábamos bromeando.

Seguimos un rato más con las bromas, más o menos hasta mitad de camino, cuando paramos en un bar de esos de carretera donde paran todos los camioneros.

Vamos, digo yo que si todo el mundo para en esos lugares será porque se come muy bien. Y fue cierto: no solo comimos bien, sino que eran platos que venían a rebosar de comida y a muy buen precio.

—Madre mía, hacía mucho tiempo que no comía tanto —dije tocándome la barriga—, y esa tarta de queso casera estaba de vicio. —Me había quedado superllena, pero era pensar en esa tarta y se me hacía la boca agua.

—Tienes razón, y ahora, con la barriga llena, me voy a hartar de dormir —dijo Matt—, así que puedes ir delante con tu chico.

—¿Ya no te da miedo ir con Sasha? —le preguntó Elías con cachondeo.

—En este momento, lo siento mucho, pero soy como un bebé: el sueño me vence. —Se montó en la parte de atrás, se puso el cinturón y apoyó la cabeza sobre el reposacabezas del respaldo.

—Es increíble, no ha esperado para cerrar los ojos ni a que nos pusiéramos en marcha —susurró Elías a mi lado.

—Habrá dormido poco esta noche —dije sin darle importancia.

—Teniendo en cuenta que anoche iba a salir con una amiga, sí, supongo que habrá dormido bien poco. —Nos pusimos en marcha.

El resto del camino lo hicimos hablando en voz baja; no queríamos despertar al «niño», sí, entre comillas, porque muchas veces era eso lo que parecía.

Lo que más me gustó de ese camino fue que Elías no me soltó la mano casi en ningún momento; solo en ocasiones en las que no le quedaba más remedio que hacerlo, y en cuanto podía me volvía a coger la mano, entrelazando nuestros dedos.

Estábamos entrando en la calle donde vivían mis padres cuando Matt abrió los ojos.

—Vaya, al final estábamos más cerca de lo que pensaba —dijo estirándose todo lo que pudo.

—Claro, ¿no será que llevas dos horas y media dormido? —Me giré para mirarlo con una sonrisa—. ¿Sabes que ahora mismo, si quisiera, le podría decir a Sasha que te atacara? —Quise meterle un poco de miedo.

—Tío, dile a tu novia que no juegue con esas cosas. —Miró de reojo a la perra—. Lo digo en serio, me está mirando como si me quisiera comer. —No podía parar de reír al ver su cara de asustado.

—Matt, Sasha no sería capaz nunca de hacerte nada. Deja de tenerle miedo, porque lo que haces es que ella se crezca ante ti. —Daba igual cuántas veces se lo dijera; ese miedo no se le terminaba de quitar.

Es verdad que cada vez sentía un poco menos, pero seguía ahí.

—Esa es la casa. —Señalé la casa de mis padres.

Estaba deseando que aparcara el coche para salir corriendo y verlos.

Me costó la misma vida no ponerme a llorar a moco tendido, y eso que todavía no los había visto.

—Preciosa, respira y tranquilízate. —Me dio un apretón en la pierna—. Sé que es fácil decirlo, pero inténtalo. No quiero que te dé un ataque de ansiedad. —Le hice caso, respirando profundamente una y otra vez hasta que sentí que estaba mucho más calmada.

—Ya estoy más tranquila. —Le di un beso en cuanto paró el coche—. Bien, vamos allá —dije antes de abrir la puerta—. Coge a Sasha. —Puse un pie en el suelo y ya no pude aguantar más.

Salí corriendo los pocos metros que me separaban de la puerta. Abrí con mis propias llaves y entré llamándolos a gritos.

—¡Mamá! ¡Papá! —Jolines, ya estaba llorando y todavía no los había visto.

—Cariño. —La primera en llegar a mí fue mi madre—. Dios mío, me parece mentira tenerte de nuevo aquí. —Abrió los brazos de par en par; me tiré sobre ellos refugiándome, respirando el olor de su perfume, ese que desde que tenía recuerdos utilizaba—. Mi niña bonita. —Me iba llenando la cara de besos.

—Hija. —Mi padre llegó con el paso apresurado—. Mi vida, cuántas ganas tenía de abrazarte. —Lo abracé igual que hice con mi madre; dejé que me llegara el olor de su loción, dejé que me apretara contra su pecho como había hecho desde que era una bebé.

Entre los brazos de mi padre sentía que nada ni nadie me podía hacer daño. No sé si me entendéis; era como si con él estuviera en una burbuja inquebrantable, que nada la podía traspasar.

Sabía que eso no era posible; de haberlo sido, no hubiera tenido que marcharme, pero era la sensación que me transmitía.

—Os he echado mucho de menos —dije sin dejar de llorar.

—Y nosotros a ti, cariño mío —respondió mi madre.

—Buenas tardes —dijo Elías apareciendo por la puerta.

Estaba tan emocionada que me había olvidado de ellos; no creía que me lo tuvieran en cuenta, mucho más sabiendo las circunstancias de este encuentro.

—Perdona, cariño —le dije a mi chico—. Él es Elías, mi novio —les dije a mis padres—, y él es Matt, nuestro amigo. Ellos son Amanda y Roberto.

—Encantado de conoceros —les dijo Elías alargando la mano para estrechársela.

Mi madre no la aceptó; directamente fue hacia él y lo abrazó antes de darle dos besos.

—Gracias por cuidar a mi niña. Desde que apareciste en su vida, le has devuelto las ganas de vivir —le dijo ella, provocando que mi chico se emocionara un poco. No se le saltaron las lágrimas; sin embargo, lo conocía demasiado como para saber que las palabras de mi madre le habían llegado al corazón.

—Gracias a ti por recibirme de esta manera —le dijo un poco cortado.

—A ti también te doy las gracias por tratar a mi niña como si fueses su hermano. —También le dio un abrazo.

—No, mamá, no le digas lo de hermano, que quería tener uno para darle patadas en las espinillas —le dije entre risas.

—Hija, eso me hubiera gustado de pequeño. —El pobre se puso rojo como un tomate.

—Eso fue mi Bianca: le daba unos tirones de pelo a su hermana cuando era pequeña, que, si no estábamos atentos, era capaz de dejarla calva —le contestó mi padre después de haberlos saludado—. Menos mal que después se le quitaron los celos y se hicieron uña y carne.

—¿Ves? No soy el único. Mira cómo eso te lo habías callado para hacerme parecer malo. —Le hice una burla.

—Y mi sobrino Diego, ese les pegaba a las dos —le contó mamá—. No os quedéis ahí, sentaos, por favor. —Les ofreció señalando el salón—. ¿Queréis tomar algo fresco o un café?

—Creo que un café nos vendría bien —le contesté por los tres—. Te ayudo.

Al llegar a la cocina, mi madre me miraba de una manera extraña, como si me estuviera leyendo.

—¿Por qué me miras así? —Quise saber.

—Has cambiado en estos dos años. Durante todo este tiempo te he ido viendo cómo te apagabas poco a poco, casi sin darte cuenta. La mayoría de los

días no dejaba de pensar que estabas a punto de hacer una locura, de rendirte… —Tragó saliva antes de continuar—. Pero desde que estás con ese hombre te he visto un brillo distinto en la mirada, algo que hacía mucho que no veía en ti. Y ahora, viéndote en persona, se nota todavía más.

Le costó decirlo, con la emoción le temblaba la voz.

—Me gusta verte así.

—Mamá —suspiré—, es que Elías me ha dado la vida, una que creía que nunca iba a volver a tener. Con él a mi lado todo ha cambiado; me ha devuelto las ganas de comerme el mundo, de no temer, de afrontar todo con valentía. No he sabido lo que era el amor hasta que lo he conocido a él.

—Nada me gustaría más que verte vivir junto a él libremente, sin que tengáis que estar constantemente mirando sobre vuestros hombros.

—Lo haremos, ningún mal dura para siempre. —Esa era la esperanza que tenía.

La de vivir libremente y ser feliz.

Capítulo 20

Elías

La familia de Olimpia había ido llegando poco a poco mientras que nosotros tres y Sasha permanecíamos en la planta de arriba.

Nos habíamos encerrado en la que sería nuestra habitación. Ella estaba nerviosa por verlos a todos; se le notaba en la forma en la que caminaba de un lado a otro, en cómo se mordía el labio sin darse cuenta. Yo, en cambio, estaba en tensión. Una tensión distinta, más contenida, más peligrosa.

Estaba acostumbrado a saber esconder bien mis emociones delante de según qué personas, sobre todo cuando estaba investigando algo. Había aprendido a controlar los gestos, la mirada, incluso la respiración. Y esto, aunque no era un trabajo como tal, no distaba demasiado de uno, con la diferencia de que aquí le iba a poner mucho más interés. Porque aquí no solo estaba en juego una investigación, aquí estaba en juego ella.

Aquí no estaba delante de personas con las que no mantenía ningún vínculo. Esto era personal. Lo más personal a lo que me había enfrentado a lo largo de toda mi carrera. No llevaba una placa visible, no había protocolos claros ni órdenes directas, solo intuición, experiencia… y una certeza que me pesaba en el pecho.

No me equivocaba. Sabía que el acosador de Olimpia estaba aquí y, desde hacía un par de semanas, dos personas no habían dejado de rondar por mi mente. Dos nombres, dos caras, dos comportamientos que no terminaban de

encajar del todo. En esas mismas iba a centrar toda mi atención ese día, observando cada gesto, cada palabra, cada silencio.

Porque cuando nos fuéramos de allí para volver a casa, todo esto tenía que haber quedado terminado. Eso lo tenía más que claro. No me planteaba que pudiera ser de otro modo. Olimpia se merecía vivir tranquila, sin miedo, sin sobresaltos, sin mirar por encima del hombro. Y tampoco iba a permitir que nadie siguiera haciéndole daño, jugando con ella psicológicamente como había hecho durante tantos años. Ya había durado demasiado. Era hora de que todo terminara de una vez por todas.

—Estás muy callado —me dijo al sentarse en mis piernas—. ¿Te pasa algo?

—No me pasa nada, solo estaba pensando en ti. —Besé su hombro.

—¿En mí? —Me abrazó por el cuello, pegando su frente a la mía.

—Sí, no sé de qué te extrañas tanto, si me paso el día contigo en la mente. —Besé sus labios, esos de los que no me cansaba.

—Eh, eh, ya os vale —saltó Matt, que estaba sentado en el sillón del tocador con la perra a sus pies.

Puede que a él no le hiciera mucha gracia tener a Sasha muy cerca, pero a ella parecía que le encantaba estar pegada a sus piernas.

Yo creo que ella era demasiado lista y, como sabía que le tenía miedo, lo hacía para hacerle rabiar. Puede parecer una gilipollez, pero estaba seguro de que así era.

—Puedes coger a Sasha en brazos y darle besos, estoy seguro de que ella estaría encantada —le contesté con media sonrisa.

—Gracias, es una gran oferta que me apetecería aceptar, pero no le quiero ser infiel a mi futura mujer —dijo con todo el descaro del mundo.

—Madre mía, estás fatal —le contestó Olimpia sin levantarse de mis piernas—. Pues no sabes lo que ha disfrutado ella lamiéndote la cara y la boca

mientras ibas roncando en el coche —le dijo para pincharle.

—No te creo, mi amigo no hubiera dejado que eso pasara. —Negó con la cabeza riendo.

—Fui yo el que le dijo que te diera besitos —le contesté.

—Eres un capullo, pero os perdono porque no me he enterado de nada. —Miró a la perra—. Y tú, no me hagas pedir una orden de alejamiento contra ti.

Madre mía, muchas veces, en vez de parecer adultos, parecíamos unos críos. Supongo que momentos o conversaciones tontas como esas eran lo que nos hacía despejar la mente.

En el fondo se lo agradecí, porque sabía que lo estaba haciendo para que Olimpia estuviera más distraída.

Sonó un teléfono con la llegada de un mensaje. Fue el móvil de Olimpia, en el que su madre le había puesto que podíamos bajar cuando quisiéramos, ya que estaban todos allí.

—Bueno, supongo que llegó la hora —dijo ella levantándose de mis piernas y dando un largo suspiro.

—Olvídate de todo, no pienses en nada y disfruta de estar junto a toda tu familia. —Me puse en pie, listo para bajar—. Tienes que ser tú misma, de lo contrario se podrían dar cuenta, eso sin contar que estamos aquí para que te reencuentres con todos ellos. —La cogí del brazo para que me prestara atención—. ¿Crees que puedes actuar como te he dicho?

—Te prometo que sí. —Se alzó sobre las puntas de sus pies para darme un beso rápido en los labios—. Y ahora vamos, que me muero por abrazar a mi gordita.

Dejamos que fuese ella la que bajara en primer lugar junto con Sasha; detrás iba yo y, por último, Matt.

Toda la familia se suponía que estaba en el salón. La casa era grande y tanto el salón como la cocina eran las estancias más amplias, o al menos eso

era lo que parecía a simple vista.

Para entrar había que pasar por unas puertas dobles que daban a esta parte de la casa. Por el otro lado del salón había una puerta que comunicaba con la cocina y otra más que daba justo al jardín.

Esas puertas dobles estaban cerradas; Amanda las había dejado así para que la sorpresa fuese aún mayor.

No nos olvidemos de que Olimpia estaba aquí para reencontrarse con su familia después de dos años. Yo, sin embargo, aparte de conocerlos, ya sabéis para lo que había venido.

¿Estaba siendo todo muy teatral? Posiblemente sí, pero así lo quiso hacer la madre de ella y así lo aceptamos nosotros. Si a la mujer le hacía ilusión, ¿quiénes éramos nosotros para quitársela?

—Venga, preciosa, tu hermana te está esperando —la animé a que abriera las puertas y entrara.

Me dedicó una gran sonrisa, una que le iluminó el rostro de manera especial, haciéndola parecer aún más bonita de lo que ya era.

—¡Sorpresa! —dijo con un grito de alegría.

Un montón de rostros se giraron hacia nosotros y ahí, justo en ese momento, empecé a escanearlos uno por uno, con disimulo, pero estando atento a sus expresiones y al comportamiento de sus cuerpos.

—¡Olimpia! —gritó la hermana de ella, echando a correr para abrazarla.

—No corras, loca, que vas a echar a mi sobrina por la boca antes de tiempo —dijo llorando y riendo a la vez—. Bianca, Dios, qué ganas tenía de verte. — Se abrazaron con todas sus fuerzas.

Los demás familiares se le fueron acercando poco a poco.

—Mierda. —Escuché detrás de mí.

Lo dijo en apenas un susurro, pero lo suficientemente alto como para que llegara hasta mis oídos.

—¿Qué has visto? —le pregunté en voz baja, porque a lo mejor él había podido ver algo mientras yo estaba mirando al resto de la familia.

—He visto a la mujer más impresionante de mi vida. Joder, me ha dejado sin respiración. —Me giré un segundo para mirarlo a los ojos y saber de quién estaba hablando—. ¿Cómo es posible sentir que el corazón se te quiere salir del pecho con tan solo verla una vez?

Matt nunca había sido un hombre especialmente romántico, así que para decir algo así tenía que haberle gustado de verdad. Mucho más de lo habitual.

Y, hasta donde yo había podido ver, era cierto que la prima de Olimpia era muy bonita. Y no es por menospreciar, pero también era verdad que había visto a mi amigo con mujeres incluso más impresionantes. Por eso su reacción me llamó todavía más la atención.

Claro estaba que cada uno tenía sus gustos y que, cuando aparecía esa persona especial, no todo se reducía al físico. Influían muchas más cosas: una conexión que se sentía sin saber por qué, una atracción en la mirada, un gesto, cualquier detalle capaz de hacerte entender que esa persona tenía algo distinto.

Supongo que yo no era nadie para decidir cuándo mi amigo debía sentir eso o, en este caso, cuándo tenía que saltarle esa chispa por alguien.

Dejé de observar a Matt y pasé a centrar mi atención en los demás.

A medida que iban saludando a Olimpia por turnos, fue ella misma quien nos presentó, primero a Matt y después a mí.

Y fue justo cuando dijo que yo era su novio cuando empecé a prestar mucha más atención, sobre todo a los hombres. No había muchos, lo cual, para mí, fue un alivio, porque así podía fijarme mejor en cada uno de ellos.

El cabrón sabía disimular muy bien, pero yo había visto algo que me había llamado la atención y en eso iba a centrarme a partir de ese momento. Con

discreción, como estaba acostumbrado a hacer, pero sin perderlo de vista ni un solo segundo.

Les estreché la mano a los hombres y a las mujeres les di dos besos.

Los primeros a los que me presentó fueron su hermana y su cuñado. Él no se separó de ella en ningún momento, manteniendo el brazo rodeándole la cintura, demasiado pendiente, demasiado atento.

Bianca y Nando, a los dos los había conocido por videollamada, pero en persona era muy distinto. En persona se podían ver cosas que por una cámara podían pasar desapercibidas.

Después nos presentó a sus tíos. Ella era hermana de Amanda; se llamaba Juana. El marido de esta era Paco y sus hijos eran Diego y Susana. También nos presentó a la mujer de su primo, que se llamaba Inma. Se veía una mujer muy simpática y extrovertida.

A simple vista todos eran agradables y no parecía haber nada extraño en ninguno, pero a mí no me engañaban.

El primo de ella era un año más pequeño. Lo sabía porque antes de venir Olimpia me había ido contando más o menos la vida de todos ellos. Todas las preguntas que le hice me las contestó sin dudar y sin reservas.

—No me puedo creer que no me dijeras que ibas a venir —le dijo su hermana.

—Si lo hubiese hecho, no habría sido una sorpresa —le contestó tocando su barriga, que, por cierto, ya se le notaba mucho—. Cuñado, estarás contento, ya mismo vamos a tener una mini Bianca correteando por aquí.

—La palabra contento se queda corta para lo que siento —dijo echándole el brazo por encima—. Imagino que ahora que tienes pareja y pareces tan feliz con ella, no tardarás mucho en darnos la noticia también —dijo riendo más de la cuenta.

—Estamos en ello, ¿verdad, cariño? —le dije mirándola a los ojos.

—Algunos pensarán que vais muy rápido, pero si es lo que a mi cuñada la hace feliz, lo veo superbién. —Sonreí como el gato que se había comido al ratón.

—Supongo que cuando llega la persona indicada, no importa el tiempo ni nada, solo ella. —Le pasé el brazo por la cintura cuando se separó un poco de su cuñado y le di un beso en la sien.

—Tienes razón, eso fue lo que sentí cuando conocí a mi mujer —respondió mirándola con cariño.

Miré a un lado para localizar a Matt y lo vi en un extremo del salón, hablando con los dos hermanos y la mujer de uno de ellos. Supuse que ya estaba desplegando sus supuestas armas de seducción… o, al menos, eso era lo que él quería hacer creer. Porque a mí no me engañaba. Tenían su atención, sí, pero no de la forma que aparentaba.

Levantó la vista justo en el mismo instante en que yo lo miré a él y, sin necesidad de palabras, con un simple cruce de miradas, supimos exactamente lo que estaba pensando el otro.

Capítulo 21

Olimpia

—Es guapísimo en persona —me dijo mi hermana cuando fuimos a la cocina a por unos platos—, y ese Matt tiene una sonrisa y una mirada que podrían hacer que cualquier mujer caiga rendida ante él. —La miré con las cejas levantadas.

No por nada, simplemente era porque desde que Bianca había conocido a Nando nunca se había fijado en otro hombre. Y con esto no quería decir que lo estuviera mirando más allá de ver a un hombre guapo, pero sí que era verdad que su comentario me llamó la atención.

—No son solo guapos por fuera, lo mejor que tienen está en su interior —hablé de los dos porque, aunque uno era mi pareja, el otro era muy importante para mí—. Te juro que, si no hubiese sido por ellos, ahora mismo no estaría aquí.

—Pues se lo agradeceré siempre que hayan hecho posible que tenga a mi hermana aquí en estos momentos. —Nos volvimos a abrazar.

Sabía que mi hermana era feliz, o por lo menos era lo que intentaba aparentar delante de todos, pero a mí no me engañaba. En su mirada había un deje de tristeza. Era muy sutil, pero yo se lo vi.

Ese no era el momento de preguntarle. Toda la familia estaba en el salón y sabía que en aquellos momentos no se abriría a mí.

Tenía unos días por delante para estar con ella y, en cuanto estuviéramos a solas y sin que nadie nos interrumpiera, hablaríamos, porque algo me decía que estaba peor incluso de lo que yo misma podía distinguir.

—Ya sé que me lo has contado todo por teléfono: cómo va mi sobrina, el tamaño, el peso que tiene ya… —hice una breve pausa antes de continuar—, pero dime, ¿cómo llevas el embarazo? Y no me refiero a lo físico, hablo de cómo estás anímicamente. Sé que hay momentos en los que las embarazadas se sienten más vulnerables o creen que no reciben todo el amor que necesitan en esta etapa.

Apoyé la parte baja de la espalda contra la isla de la cocina y la miré con atención, esperando que me contestara con la verdad. Aunque intuía que no era exactamente eso lo que le pasaba, también sabía que las hormonas podían estar algo revueltas… pero en su caso había algo más, algo que no terminaba de encajar y que me inquietaba.

—Estoy bien, feliz. Sabes el tiempo que llevaba intentando quedarme embarazada. Para mí está siendo la experiencia más bonita que podría vivir. —Y lo dijo de verdad, porque en ese momento los ojos le brillaron como si tuviera dos estrellas en ellos—. Y cuando la sentí moverse la primera vez, Oli, eso fue especial.

No sabría qué palabras utilizar para describir lo que sentí en ese momento —lo decía tan ilusionada que me dejó sin palabras. Jamás la había visto hablar con ese amor de nada—. Si desde que me enteré de que estaba embarazada ya la amaba con toda mi alma, cuando la sentí, ese amor se multiplicó por mil. —Se tocó la barriguita con amor—. Espero que algún día puedas vivir esto.

—¿Dónde están mis chicas? —Entró preguntando Nando.

Vino hacia nosotras y con sus brazos nos rodeó por los hombros a las dos. Primero besó la mejilla de mi hermana y después giró el rostro para besar la mía.

Sentí que dejó sus labios más tiempo del debido en mi moflete, pero no le hice caso. Desde que lo conocí siempre se había comportado así. A mi parecer, me miraba como a una hermana pequeña a la que tenía que cuidar.

—¿Cómo te va? —le pregunté intentando salir de debajo de su brazo.

—Bien, ya sabes, el trabajo igual que siempre y con la llegada del bebé, más feliz que nunca. —No sé por qué, pero no vi en sus ojos el brillo que sí tenía mi hermana al hablar de su hija.

—Es que mi sobrina nos va a traer mucha felicidad a todos —les sonreí a los dos—. Voy a ver por dónde anda mi chico. —Sentí un pequeño apretón en el brazo cuando pronuncié esas palabras. No le di importancia, porque tampoco fue excesivo.

—Claro, ve con él. —Me soltó. Cogí una fuente con ensalada de patatas que había ayudado a mi madre a hacer.

—¿Vienes, Bianca? —le pregunté a mi hermana porque vi que se había puesto un poco en tensión.

—Ahora voy, antes tengo que ir al baño.

Me di la vuelta para ir al salón.

Mi cuñado se quedó allí. La verdad es que no sabía si había ido a buscarnos o si había entrado en la cocina por algún otro motivo, pero el caso es que no se movió de allí. Lo miré una última vez antes de salir y me di cuenta de que tenía la vista clavada en un punto fijo, como si estuviera absorto en sus pensamientos, ajeno a todo lo que lo rodeaba.

Sacudí esa sensación y dejé de pensar en lo que pudiera estar pasándole por la cabeza. Seguí hasta el salón, donde la celebración ya estaba en su punto álgido.

En mi familia, cuando hacíamos reuniones así, nunca teníamos la costumbre de sentarnos cada uno en un sitio. Lo normal era permanecer de pie, moviéndonos por la estancia, hablando unos con otros, riendo y cambiando de grupo constantemente. La comida se colocaba toda junta sobre la mesa, a modo de bufé, para que cada cual se sirviera lo que le apeteciera.

Dejé la ensalada sobre la mesa y me acerqué a donde estaban Elías, Matt y mis padres.

Un poco más apartados se encontraban mis tíos, charlando con mi prima y con la mujer de mi primo. A él no lo vi por el salón, así que supuse que habría ido a cualquier otro lugar de la casa.

—Hola. —Me acerqué a Elías y lo abracé por la cintura—. ¿Sabes dónde está Sasha? No la veo y me parece raro. —Llevaba un rato sin verla aparecer por el salón y, aunque ella, cuando veía que todo estaba bien, solía ir por la casa a su aire, normalmente venía a verme un par de veces.

—Hace un rato estaba debajo de la mesa. Estaría esperando a ver si alguien le daba algo de comer —contestó mi padre.

—Seguro que le han estado dando de comer y ahora se ha ido a dormir un rato —dijo mi madre para que no me preocupara.

—De todos modos, voy a ir a ver si está en la habitación —les dije.

—Mira antes en el jardín, que tu primo salió para hablar por teléfono y a lo mejor ella también salió —me dijo mi padre.

Asentí y salí al jardín.

Allí vi a mi primo con el teléfono en las manos, pero no había rastro de Sasha.

—Diego, ¿has visto a Sasha por aquí? —le pregunté después de mirar el jardín y todos sus rincones.

—No, aquí no ha estado, y yo llevo un rato aquí fuera —me dijo más serio de la cuenta.

—¿Estás bien? —Me acerqué un poco a él—. Te ha cambiado la cara desde que llegaste.

—Es solo un paciente que me tiene un poco más preocupado, pero no te preocupes, que estoy bien. —Hizo un intento de sonrisa, pero le salió demasiado forzada.

—Vaya, lo siento mucho. Si necesitas hablar con alguien, ya sabes que puedes contar conmigo. —Le puse una mano sobre su brazo—. No creo que te pueda dar muchos consejos, pero sí que te puedo escuchar con atención.

—Muchas gracias, preciosa mía. —Se giró y me dio un fuerte abrazo. Me pilló un poco desprevenida, pero se lo devolví igualmente.

Diego siempre había sido muy cariñoso con mi hermana, con la suya, pero sobre todo conmigo. Entre nosotros siempre había habido un vínculo muy fuerte y especial.

Claro está que eso pasaba desde que nos habíamos hecho adultos, porque de pequeños era como dijo mi madre: nos dábamos una que no veas.

—Voy a seguir buscando a mi pequeña. —Me separé de él y al girarme, vi a Elías observándonos desde lejos. Cuando se dio cuenta de que lo había pillado mirándome, me sonrió.

—Si quieres que te ayude a buscarla, dímelo —asentí antes de entrar.

Iba de camino a mi habitación cuando me encontré a mi hermana, que venía hacia el salón.

—¿Has visto a Sasha? —le pregunté.

—No, acabo de salir del baño. Se ve que a tu sobrina no le ha sentado hoy muy bien la cena. —Puso cara de asco.

—Al final vamos a tener una niña delicada. —Nos reímos—. Pero ¿estás bien?

—Sí, no te preocupes. Después de vomitar me quedo como nueva —me contestó quitándole importancia.

Bianca entró en el salón y yo salí por las puertas dobles para subir las escaleras. Al llegar a la planta de arriba y mirar hacia mi puerta, vi que estaba abierta.

Hubiese jurado que cuando salió Matt la cerró, pero viéndola así, a lo mejor no terminó de cerrarla del todo y Sasha la había empujado para entrar.

—Sasha —la llamé para no tener que entrar. Ella siempre venía a mí cuando la llamaba—. Sasha, sal. Venga, cabezota, deja de dormir.

Nada, no salía.

—Me vas a hacer ir a por ti —dije resoplando.

Entré en la habitación y al mirar, me di cuenta de que no estaba. Lo que sí me pareció raro fue que el cajón de mi mesita de noche estaba medio abierto.

Y sabía con exactitud que yo lo había dejado cerrado cuando por la tarde coloqué la ropa.

Y Elías no abriría ese cajón en la vida, a no ser que yo le pidiera que me llevara al baño la ropa interior.

Salí de allí y comencé a bajar las escaleras para seguir buscando a Sasha, porque ahora sí que la preocupación me estaba recorriendo el cuerpo entero.

—Por fin nos encontramos a solas, preciosa. —Me giré para verlo. No era muy normal que me hablara con ese tono de voz.

Capítulo 22

Nando

Me miró con los ojos muy abiertos. Sabía que mi tono de voz le había parecido extraño, demasiado cargado de algo que no terminaba de identificar.

Di un paso en su dirección con aparente tranquilidad, las manos metidas en los bolsillos, sin apartar la mirada de ella ni un solo segundo. Quería observar cada gesto, cada mínima reacción. Y entonces ocurrió algo que nunca había pasado entre nosotros: me miró como si de verdad estuviera viéndome.

—Estás fatal, Nando —dijo, fingiendo normalidad, aunque su cuerpo la traicionaba—. ¿Has visto a Sasha?

Sí, la había visto. Y sabía perfectamente dónde estaba.

Pero no se lo iba a decir. No todavía.

Si lo hacía, el juego terminaría antes de tiempo.

Y ya de por sí todo se había precipitado. No me había dado margen para actuar de otra manera, no me había dejado espacio para pensar, para medir, para controlar.

No me esperaba que cuando Bianca me dijo aquella mañana que esa noche celebraríamos el cumpleaños de su padre, me fuera a encontrar con Olimpia allí. Mucho menos que estuviera acompañada por esos dos tíos.

Y por la forma en la que ambos la miraban, cómo se colocaban a su alrededor, cómo la protegían sin ningún pudor, estaba seguro de que se los estaba follando a los dos, aunque ella insistiera en que uno solo era un gran amigo.

Ahí fue cuando mi paciencia llegó al límite.

Y, a partir de ese momento, las consecuencias dejaron de importarme.

—No la he visto —mentí—. ¿Te ayudo a buscarla?

Di otro paso hacia ella. Olimpia dio uno hacia atrás. No dio otro más porque el escalón de las escaleras ya estaba justo a su espalda.

—No te preocupes, ve con mi hermana. —Seguía fingiendo que no se daba cuenta de nada, cuando yo sabía que ya lo había entendido todo—. Antes la he visto y venía de vomitar. A lo mejor le haces falta.

Intentó pasar por un lado, escapar del espacio que había ido cerrándole poco a poco, como una trampa que se va estrechando sin que te des cuenta.

—Ella está bien —respondí, bloqueándole el paso—. Ahora mismo la que me preocupa eres tú.

Sonreí con autosuficiencia, disfrutando del momento, de su incomodidad, de cómo se le tensaban los hombros.

—A mí no me pasa nada para que te tengas que preocupar por mí y, la verdad, no sé a qué viene este comportamiento. —Alzó la voz más de lo habitual.

Lo hizo a propósito. Para que alguien pudiera oírla. Para que alguien se acercara.

No me hizo ninguna gracia.

—No te hagas la tonta —dije, dando por terminado el juego—. Cuatro años de paciencia han sido más que suficientes.

Le agarré el brazo con fuerza.

—¿Qué te parece si ahora, sin hacer ruido, damos un paseo? —continué—. Creo que sería lo ideal. Así podemos hablar tranquilamente.

Se tensó bajo mi mano.

—Escúchame bien, porque te lo voy a decir por última vez. —Bajé la voz, acercándome más—. Si no quieres que a tu hermana le pase algo, si no quieres que te pase a ti, más vale que salgas por esa puerta tranquilamente.

Tiré de su brazo hacia la salida.

—Yo no tengo nada que perder y mucho que ganar. No me importa llevarme a nadie por delante —susurré—. Pero tú vas a ser mía.

Necesitaba sacarla de allí cuanto antes, antes de que ese tío se diera cuenta del tiempo que llevaba fuera.

—No voy a ir contigo a ningún lado, enfermo. —Que me hablara así me cabreó como pocas veces lo había estado en mi vida—. Suéltame ahora mismo. Si crees que te tengo miedo, estás muy equivocado.

—La equivocada eres tú, muñeca. —Le di un tirón más fuerte hasta ponerla frente a mí—. Nos vamos ahora mismo. Y cuando lleguemos al lugar que llevo tanto tiempo preparando, todo esto dejará de ser un juego.

Saqué el cuchillo que había cogido antes de la cocina y lo apoyé en su costado.

—Te lo dije hace mucho. Ibas a ser mía. Y ya ha llegado la hora.

—¿Por qué haces esto? Tienes a mi hermana, que es mucho mejor que yo, ella te quiere de verdad —dijo con la voz temblorosa.

—Me gustó tu hermana cuando la conocí y, si no te hubiera conocido nunca a ti, tal vez podría haberme enamorado de ella, pero apareciste con esa sonrisa y en ese momento ella dejó de importarme. Y no sabes cómo me ha

costado estar a su lado. Camina, no te lo digo más. —Le di un toque con la punta del pie en la pierna para que empezara a caminar.

—Nando, por favor, no hagas esto —me rogó y ese ruego, y mi nombre dicho de esa manera, provocó que se me pusiera dura.

—No sabes cómo me pone que digas mi nombre, aunque me pondría mucho más que lo dijeras jadeando debajo de mí. —Pasé mi nariz por su cuello para impregnarme de su olor.

Cómo había echado de menos olerla y tenerla cerca.

Me hizo gracia cómo intentó darme un cabezazo con la parte de atrás de su cabeza. Me gustaba que fuese peleona, ya me encargaría yo de bajarle los humos.

—Enfermo es una palabra demasiado buena para definirte —dijo con los puños apretados a sus costados.

Sabía que a la mínima oportunidad que tuviera iba a hacer algún movimiento para derribarme o alejarme de ella y así poder echar a correr. No me iba a pillar desprevenido, de eso me iba a encargar yo.

—No, cariño, no estoy enfermo, estoy loco por ti y tú no tienes derecho a estarlo por otro hombre que no sea yo. —Le di un beso en el cuello, saqué la lengua para saborearla como tantas veces había soñado hacerlo.

Su sabor era mucho mejor de lo que siempre había soñado. Después de haber probado su cuello, me entraron muchas más ganas de saborear su cuerpo por completo.

—Si piensas que vas a salir de aquí conmigo, estás muy equivocado. —Estaba claro que desde que conocía a esos tipos había cogido mucho más valor y confianza, porque antes era mucho más asustadiza.

—Claro que vamos a salir, no te quepa la menor duda. —Le di un beso en el hombro y ella se revolvió todo lo que pudo—. Sé que ahora mismo no lo ves, pero te prometo que cuando estemos los dos solos y te hayas

acostumbrado a mí, lo vas a ver con claridad y te darás cuenta de que soy el hombre de tu vida.

—Dios mío —sollozó—, vas a tener una hija con mi hermana.

—Te lo dije cuando te enteraste del embarazo. —La mano con la que la tenía cogida por el brazo se la puse sobre el vientre—. Yo no quería hijos con ella, esa niña no cuenta. Para mí los únicos hijos que van a contar son los que vamos a tener nosotros.

Clavó los pies en el suelo y no dio un paso más.

—Mátame si quieres, porque no pienso salir de esta casa.

No me di cuenta de lo que hizo hasta que fue demasiado tarde.

De pronto lanzó el codo hacia atrás con toda la fuerza que tenía, clavándomelo de lleno en las costillas. El golpe me dejó sin aire y, durante apenas unos segundos, aflojé la presión sin poder evitarlo.

Eso fue todo lo que necesitó.

Se giró con rapidez y me lanzó una patada directa a las partes que logró doblarme hacia delante. Aprovechó el movimiento y, antes de que pudiera reaccionar, levantó la rodilla y me la estampó contra la cara.

—¡Elías! —gritó con todas sus fuerzas mientras echaba a correr hacia el salón.

El dolor en los testículos me dejó sin respiración, pero aun así me obligué a reaccionar. Me incorporé como pude y conseguí alcanzarla, agarrándola del pelo y tirando con violencia.

Cayó de espaldas al suelo y me lancé sobre ella, inmovilizándola con mi peso.

—No te lo voy a poner tan fácil, muñeca —gruñí entre dientes.

Sabía que ya no iba a poder salir de allí como había planeado. Y si lo hacía, sería llevándomela conmigo, amenazándola con el cuchillo para obligar a su familia a dejarnos marchar.

—¡Nando! ¿Qué haces? —gritó Bianca.

Levanté la cabeza un segundo, lo justo para ver a Elías viniendo hacia mí como un animal desatado.

—Hijo de puta.

Saqué el cuchillo y se lo clavé contra el costado a Olimpia, presionando lo suficiente para que lo sintiera.

—No te muevas o me la cargo —advertí sin apartar la mirada—. Si alguno da un solo paso, me la llevo por delante.

Toda la familia había salido al salón. Su madre y su hermana lloraban desconsoladas. El resto permanecía paralizado, incapaz de reaccionar.

—¿Qué ha pasado para que actúes así? —preguntó el tío.

Había que ser imbécil para hacer esa pregunta.

—No ha pasado nada —escupió Elías—. Este cabrón ha sido el acosador de Olimpia durante todo este tiempo.

Se me escapó una sonrisa de lo más cínica. No había sido su acosador. Yo había sido el que la había estado protegiendo, el que había intentado que nadie se le acercara. A mi manera.

—Muñeca, ahora nos vamos a levantar con mucho cuidado —murmuré, forzando la calma—. No quiero que salgas herida, pero si tengo que hacerte daño, no me va a temblar el pulso.

Me apoyé en las rodillas para incorporarme despacio, sin apartar el cuchillo de su costado.

Ella no me lo iba a poner fácil. Nunca lo había hecho. Y eso, en el fondo, era parte de lo que más me había obsesionado de ella.

De pronto volvió a levantar una de sus rodillas con todas las fuerzas que le quedaban y me dio de lleno en la parte de atrás de los huevos.

El dolor fue tan brutal que me dejó sin aire. Perdí el equilibrio y caí sobre ella, aplastándola contra el suelo mientras me retorcía, incapaz de contener un gemido.

Ese segundo golpe, justo en el mismo sitio, me dejó completamente sin respiración. Esta vez supe que no me iba a recuperar tan rápido.

—Te dije que para sacarme de aquí me tendrías que matar —susurró.

Su voz apenas fue un hilo. El peso de mi cuerpo sobre el suyo no le permitía respirar con normalidad, pero aun así me desafió.

—Esto todavía no ha terminado… —Alcancé a decir.

No llegué a acabar la frase. Un gruñido bajo, profundo, resonó en la estancia.

Alcé la vista y la vi.

Sasha estaba frente a nosotros, con los dientes al descubierto, el cuerpo tenso, preparada para saltar.

La había encerrado en la despensa de la cocina. Yo mismo me había asegurado de que no pudiera salir. ¿Cómo coño había salido de allí?

Tardé apenas unos segundos en entenderlo.

Ese amigo suyo. El que había venido con ellos. Había sido él.

La perra llevaba rato ladrando, pero nadie se había atrevido a moverse para ir a por ella. Nadie… hasta que lo hizo ese hombre.

—Dile a tu perra que no se mueva —gruñí, intentando recuperar el control.

Sabía que en una situación así no obedecería a nadie. Solo a ella.

—Ni muerta —escupió Olimpia.

Me miró con una sonrisa que me heló la sangre.

—Puede que me lleves por delante, pero tú no le vas a volver a hacer daño a nadie.

Y entonces gritó:

—¡Sasha, ataca!

Capítulo 23

Elías

Saltó por encima de Olimpia y le dio un bocado en la base del cuello. Nando gritaba, revolcándose de dolor. Intentó pegar a la perra con los puños; al hacerlo, más apretaba Sasha su agarre. La sangre salía a borbotones de su cuello.

—Sasha, para —le ordené.

No quería que muriera desangrado. No así.

Matt ya estaba al teléfono, pidiendo una ambulancia y a la policía al mismo tiempo. La perra no me obedecía, Bianca no dejaba de gritar y su madre tampoco; todo era ruido, pánico y caos.

Yo intentaba que Sasha lo soltara mientras Matt y Diego conseguían sacar a Olimpia de debajo del cuerpo de Nando. Y, en medio de todo aquello, la culpa me atravesó el pecho con tanta fuerza que me costaba incluso respirar.

Porque sí, esto había terminado así por mi culpa.

Desde el primer momento supe que era él quien estaba detrás de las amenazas. Lo sentí. Lo vi. Y aun así no hice nada. No podía actuar sin pruebas, lo sabía, pero eso no quitaba que debiera haber estado más atento, que no debiera haber dejado a Olimpia sola, y mucho menos sin tener a ese hijo de puta bajo control.

Solo fueron unos minutos. Unos malditos minutos.

Antes de que Olimpia saliera del salón, él había entrado sin que ella se diera cuenta y se había apartado a un lado para hablar con Paco. Yo lo perdí de vista justo entonces. Y eso fue suficiente para que todo se fuera al infierno.

Por eso no fui con ella a buscar a Sasha, pero en el momento en el que me giré porque Roberto me llamó para preguntarme algo, ahí fue cuando lo perdí de vista.

Por eso tenía la culpa yo. Se me había ido el santo al cielo mientras hablaba con ese hombre.

—Sasha, detente. —Esta vez me hizo caso y lo soltó de su agarre.

La sangre lo estaba bañando todo y, por los conocimientos que tenía, me daba a mí que le había mordido la vena yugular exterior. Puse mis manos sobre esa zona, aunque sinceramente no creía que saliera de esta.

El desgarro en esa zona provocaba la muerte en pocos minutos y, por la cantidad de sangre que había perdido, no creía que se salvara. En esos momentos ya había perdido hasta el conocimiento.

—Traedme un paño o algo —le dije a quien fuera.

Un segundo después apareció ante mí una toalla limpia. La puse sobre su cuello. En esos momentos me encontraba entre el deseo de que muriera para que no volviera a hacerle daño a nadie y el deseo de que lo pagara en la cárcel, pero era verdad que con las leyes que teníamos en el país, dentro de pocos años estaría en la calle.

Porque, aunque yo trabajara para sacar delincuentes de las calles, sabía que eso no dependía de los que nos jugábamos la vida para hacer el mundo un poco mejor. Eso dependía de los políticos, que desde sus despachos firmaban lo que ellos creían que sería mejor sin tener en cuenta el tormento que vivía una víctima.

Pero, como he dicho, contra eso no podía hacer nada. Yo cumplía con mi trabajo, lo demás dependía de ellos.

La ambulancia se oía ya cerca y yo seguía sin tener cojones de levantar la mirada y poder mirar a los ojos a la mujer de la que estaba enamorado. No era capaz. Me daba vergüenza no haber podido cuidar de ella como le había prometido un montón de veces que haría.

La culpa me carcomía por dentro. ¿Cómo podía confiar ella en mí cuando no había cumplido mi promesa? ¿Seguiría queriéndome después de este día? No, no creía que lo hiciera. No cuando no había podido evitarle este momento que estaba seguro de que iba a permanecer en su memoria para el resto de su vida, porque algo así no se olvida jamás.

—Elías —su voz sonó suave, como si en vez de haber sido ella la que había sufrido, hubiese sido yo—, apártate, los médicos han llegado ya. —Me puso una mano en el hombro con toda la suavidad del mundo.

Me había quedado perdido en mis pensamientos sin darme cuenta de lo que estaba pasando a mi alrededor.

Me aparté a un lado y dejé que los médicos hicieran su trabajo. La policía entró en esos momentos y lo demás se volvió un caos.

Nando no había muerto. Por lo visto, no fue la vena que yo había pensado. Era delicado también y, si hubieran tardado un poco más, a lo mejor no lo hubiese contado.

Sí que perdió mucha sangre y por eso perdió la conciencia. La policía nos estuvo haciendo preguntas, sobre todo a Olimpia.

—Tienes que ir al hospital —le dijo su madre—. Tu hermana también va a ir, le ha dado un ataque de nervios y nos da miedo que pueda pasarle algo a la niña.

—Estoy bien, no me ha hecho nada, por lo menos no físicamente —dijo, aunque yo sabía que eso era mentira.

Estaba en el suelo, él encima de ella, cuando escuchamos su grito llamándome y salí corriendo para ver qué era lo que pasaba.

Al encontrarlos así, sentí que el mundo se paralizaba. En mi vida había tenido tanto miedo como en ese momento, sobre todo cuando me di cuenta de que la estaba amenazando con un cuchillo.

Yo, que me consideraba un hombre valiente, que se había enfrentado a un montón de hombres y situaciones que podían poner los pelos de punta, en ese momento me sentí un cobarde. Las manos me temblaron por el miedo que me recorrió el cuerpo al pensar que, al verse sin salida, podía hacerle daño a ella.

—Necesitas ir al hospital, te tienen que explorar y necesitas el informe médico para la denuncia —le dijo Matt, que estaba en esos momentos abrazando a Bianca.

Me di valor para mirarla a los ojos. Lo primero era ella, después ya veríamos qué pasaba con nosotros.

—Olimpia, tienes que ir, Matt tiene razón. —Puse dos dedos debajo de su barbilla para que me mirara—. A mí no me puedes engañar, sé que te has llevado algún golpe y, aunque quieras hacerte la fuerte, este no es el momento.

Se empezó a romper y a mí se me partió el corazón un poco más.

—Creía que me iba a sacar de la casa y que te costaría mucho encontrarme —susurró abrazándome por la cintura—. He pasado miedo, sobre todo al principio. Me quedé paralizada, pero después intenté hacer todo lo que me habías enseñado. Eso me dio el tiempo suficiente para escapar y llamarte.

Las lágrimas corrían por sus mejillas y con cada una de esas lágrimas me destrozaba un poco más.

—Lo siento, sé que no tengo perdón. Esto te ha pasado por mi culpa. —Se me hizo un nudo que me fue imposible seguir hablando.

—Tú no tienes la culpa de nada y no quiero que vuelvas a pensar eso. —De la tristeza pasó a la furia en un segundo—. La culpa es solo suya, por lo que me ha estado haciendo, y no solo a mí, se lo ha estado haciendo a mi hermana. Pero tú no eres responsable de lo que ha pasado. —Puso sus manos en mis mejillas, obligándome a que bajara la mirada—. No te hagas esto, cariño, no nos lo hagas, por favor. —Me rogó con la mirada.

¿Pero cómo iba a ser capaz de perdonarme a mí mismo? No, no podía perdonarme, por mucho que ella me lo pidiera.

—Eso lo dices ahora. Cuando lo pienses en frío, te darás cuenta de que sí es mi culpa. Tenía que haber actuado antes o, por lo menos, no haberte perdido de vista —dije casi sin voz.

—Ahora mismo me está haciendo más daño tu actitud que lo que ha pasado —respondió—. Te necesito cerca, más unidos que nunca, no que te alejes como estás intentando hacer, porque sé que, aunque estés aquí, a mi lado, estás más lejos que nunca.

Tal vez tenía razón, pero con ella me ocurrió lo mismo que cuando murieron mis padres. Me eché la culpa. Pensé que, si aquella noche no hubiese salido, ellos seguirían vivos. Igual que ahora, si hubiese estado más pendiente de ella, nada de esto habría pasado.

—Lo siento —me volví a disculpar, esta vez por hacerla sentir así—. Es solo el sentimiento de culpa, pero te prometo que no me voy a alejar de ti.

Y no lo iba a hacer, por mucho que me doliera. Porque el amor que sentía por ella pesaba más que cualquier culpa.

¿Iba a necesitar tiempo para dejar de sentirme así? Sí. Pero sabía que, con el paso de los días y enfrentándome a mis propios pensamientos, esa herida abierta acabaría cicatrizando.

—No te voy a permitir que te alejes de mí. —Me dio un beso fugaz que sentí como el mayor acto de amor desde que nos conocíamos—. No sé cómo mi hermana va a lograr superar esto.

Miré a Bianca. Estaba completamente rota.

Yo tampoco sabía cómo lo haría, pero tenía claro que la ayudaría en todo lo que estuviera en mi mano. Y, aunque ahora no era el momento de decirlo en voz alta, también me di cuenta de que Matt estaba dispuesto a hacerlo.

No me sorprendía. Matt tenía un gran corazón y nunca había sabido mirar hacia otro lado cuando alguien lo estaba pasando mal.

Capítulo 24

Olimpia

No sabría decir cómo sentirme después de lo que había pasado, no me lo imaginaba. Por mucho que Elías me hubiera dicho que el acosador era alguien de mi círculo más cercano, no me lo llegaba a creer del todo, no hasta que ya fue demasiado tarde.

En todos los años que habían pasado desde que conocía a Nando, jamás le vi nada raro. Todo lo contrario, lo veía muy implicado, enamorado y pendiente de mi hermana.

Es verdad que desde el primer momento siempre fue muy atento conmigo, me abrazaba o me escuchaba cuando me sentía mal, pero nunca en ningún momento había sobrepasado ningún límite.

O toda mi familia éramos unos completos ciegos o él era el mayor actor de la historia.

Estuve en el hospital, me hicieron un reconocimiento entero, hasta una psicóloga estuvo hablando conmigo más de una hora.

Pero mi mente estaba puesta en mi hermana. No me quería ni imaginar lo que tendría que estar pasando por su mente en esos momentos.

Iba a ser muy duro para ella, aunque no le iba a faltar ayuda, ni económica ni emocional. No pensaba dejarla sola en ningún momento, ni siquiera si para eso tenía que mudarme a su casa durante un tiempo.

Aunque, siendo sincera, creía que le vendría mucho mejor venirse a la mía. Permanecer en la casa de ese hombre que había destrozado a la familia no podía hacerle bien. Mirara donde mirara, se lo iba a encontrar en cada estancia, en cada recuerdo, y así era imposible avanzar.

Por eso decidí dejar pasar unos días sin tocar el tema. Toda la familia necesitaba tiempo para sanar, para pensar con calma, recapacitar y tomar decisiones que marcarían un antes y un después para muchos.

Al final fue mi pequeña la que me salvó. Fue la única que tuvo la oportunidad… y la aprovechó.

Se me partía el corazón al pensar que hubiera tenido que atacar. Me habría gustado que nunca hubiese sido necesario. Para mí fue como si se le hubiera resquebrajado una parte de esa inocencia que aún conservaba.

Sé que desde muy pequeña había sido entrenada para proteger, lo sabía. Pero aun así, una parte de mí sentía una pena enorme. Desde que estaba conmigo era mi niña, mi pequeña, y aunque sabía que estaba a mi lado para cuidarme, yo también la protegía a ella.

Sabía que nada de aquello iba a cambiar su carácter. Aun así, iba a intentar que se olvidara, aunque fuera a ratos, y hacerle los días más felices y ligeros, todo lo que estuviera en mi mano.

—Ya podemos irnos —Me llegó la voz de Elías.

—¿Y mi hermana? —le pregunté, sin poder ocultar la preocupación.

—Está bien, dentro de lo que cabe —me respondió casi sin mirarme—. El resto necesita su tiempo.

—Elías —lo llamé—, no vayas por ahí, te lo pido, por favor —le susurré.

—No sé qué quieres decir. —Intentó hacerse el tonto, aun sabiendo que nos conocíamos lo suficiente como para leernos sin palabras.

—Sí lo sabes. Te lo dije en casa. No hagas que tenga que repetírtelo. —Me incorporé de la camilla—. Míralo desde el punto de vista de que todo ha

terminado por fin y que el único que ha salido herido ha sido él, al menos físicamente.

Porque psicológicamente habíamos salido muchos dañados, pero ese pensamiento me lo guardé para mí.

—Solo necesito tiempo, pero estoy bien, te lo prometo. —Pasó los nudillos por la línea de mi mandíbula hasta levantarme el mentón—. Y tienes razón, por fin ha terminado todo. —Dejó un beso dulce sobre mis labios.

Me ayudó a quitarme la bata del hospital y a ponerme la ropa limpia que mi madre había traído para que no tuviera que volver a ponerme la que estaba manchada de sangre.

Podía haberme vestido sola, me encontraba bien y podía moverme sin problema, pero él no quiso. Era como si necesitara cuidarme, como si eso también le ayudara a recomponerse.

—No hacía falta que me ayudaras —le dije entre risas—. Te recuerdo que tengo dos manos y soy perfectamente autosuficiente.

—Créeme, lo sé —sonrió—, pero me gusta mimarte y, si encima tiene que ver con tocar tu cuerpo, mejor todavía. —Me guiñó un ojo—. Dentro de unos días nos vamos a ir los dos solos.

Lo miré, dejándole claro sin palabras que me dolía dejar a mi hermana en ese estado.

—No, nena. Tú también necesitas sanar —me dijo con suavidad—. Todo el mundo ha seguido viviendo su vida, y la única que dejó de vivirla fuiste tú. Te mereces unos días para desconectar, dejar de pensar y simplemente disfrutar.

Sabía que tenía razón. Me vendría bien salir sin tener que mirar constantemente por encima del hombro, aunque doliera dejar a mi hermana allí, atrapada en un dolor que todavía la estaba consumiendo.

Pero, como había dicho Elías, yo también necesitaba mi tiempo. Y si era a su lado, mucho mejor.

—¿Y de cuántos días disponemos? —le pregunté con tono meloso—, porque me gustaría ir a un lugar con playas de aguas calientes y de tonos turquesas.

—Para eso no creo que tengamos suficientes días, no por lo menos hasta que termine con el caso que tenemos entre manos. Nico ya ha empezado con la investigación, pero te prometo que iremos a ese lugar que estás pensando. —Me dio un beso en la nariz.

Salimos de esa habitación y no veáis el alivio que sentí, porque no nos engañemos: los hospitales no le gustaban a nadie, a no ser que fuesen a los que trabajaban allí, y estoy segura de que no a todos les gustaba.

Nos montamos en el coche y nos fuimos directos a casa. Allí estaban mis padres, mi hermana, Matt y mi pequeña. Todos nos esperaban, seguramente para hablar de qué íbamos a hacer a partir de ese momento, aunque ninguno supiera muy bien por dónde empezar.

Puede que Elías no hubiera dicho nada, pero yo sabía que tenía miedo. Ahora que por fin era libre, temía que decidiera volver a mi ciudad. Sin embargo, no iba a hacerlo. Mi vida estaba donde llevaba los dos últimos años construyéndola, paso a paso, casi sin darme cuenta.

Si no lo hubiera conocido a él, lo más probable es que sí hubiera regresado. Pero en aquel momento no. Lo sentía mucho por mis padres; sabía que les haría una ilusión enorme tenerme de vuelta, pero ellos hicieron sus vidas como quisieron y ahora me tocaba hacer la mía. Y la mía estaba allí, junto al hombre del que me había enamorado.

Al entrar en casa me di cuenta de que lo habían limpiado todo, como si no hubiera pasado nada. Y, sin embargo, había pasado de todo.

Por culpa de un loco, la familia entera había sido arrastrada a una pesadilla. Pero, como dicen, muchas veces para renacer y crecer hay que caer muy bajo. Aunque pienses que todo está demasiado oscuro y que no vas a poder salir de ese pozo, llega un día en el que te nacen unas alas tan grandes que empiezas a ver el mundo desde otra altura. Y entonces comprendes que sí, que puedes llegar donde quieras.

Me niego a creer que todas esas personas que han vivido atrapadas en una pesadilla, ya sea como en mi caso o por cualquier otro motivo, no tengan derecho a salir de ahí y ser felices. Y cuando hablo de felicidad, no me refiero solo a encontrar una pareja. Hay muchas maneras de ser feliz. Lo que para uno lo es, para otro no. La cuestión es vivir. Vivir de verdad. No limitarse a sobrevivir.

Y eso era exactamente lo que pensaba hacer yo: vivir a lo grande, saboreando cada instante, exprimiendo cada segundo, disfrutando de cada minuto y de cada hora. Y hacerlo rodeada de las personas que más quería.

Entré en el salón con el corazón encogido, sabiendo lo que me iba a encontrar. Solo pensar en mi hermana hacía que el mundo se me hiciera más pequeño, pero si yo había sido capaz de salir adelante, ella también lo sería. Porque Bianca tenía por quien luchar con uñas y dientes.

Esa niña que venía en camino merecía llegar a un hogar feliz, sano, donde se sintiera querida y protegida. Y su tía iba a estar ahí, presente en su vida, pase lo que pase.

La primera que vino hacia mí fue Sasha. Lloré abrazada a ella, aferrándome a su calor, pero me juré en silencio que esa noche sería la última en mi vida en la que derramara una lágrima por ese motivo. Después de esa noche, sería borrón y cuenta nueva. Por mí, por mi pareja y por toda mi familia.

No hubo preguntas sobre cómo estábamos unos y otros. No hicieron falta. Sobró cualquier palabra. En aquel momento, cuando los vacíos eran imposibles de llenar, solo existieron abrazos, besos y consuelos silenciosos.

Capítulo 25

Elías

Íbamos de camino al lugar que había decidido para aprovechar el poco tiempo libre que nos quedaba, o más bien el poco que me quedaba a mí.

Veníamos de atravesar momentos complicados, eso no se podía negar. A Olimpia le había costado mucho tomar la decisión de dejar a su hermana y, si no llega a ser por ella misma, que le rogó que se marchara, estoy seguro de que no la habría podido convencer.

También tengo que decir que Matt tuvo mucho que ver, porque fue él el que en todo momento estuvo consolando a Bianca, y fue en ese momento que me di cuenta de que mi amigo había caído rendido a los pies de mi cuñada.

Sabía que Matt no iba a hacer nada al respecto, era lo normal. La situación no estaba para otra cosa y todo el mundo necesita su proceso de sanación, y Bianca tal vez fuese una de las personas que más necesitaban sanar. De todos modos, Matt iba a estar a su lado, como amigo en el que podía apoyarse.

A Sasha se la dejamos a Matt y precisamente fue él el que, con el coche de Bianca, puso rumbo a nuestra ciudad, mientras nosotros, en mi coche, lo hacíamos hacia un pueblo de Cádiz. No era la playa que Olimpia me había pedido, pero era otro pedacito de paraíso que sabía que le iba a gustar.

Había alquilado una villa en la que íbamos a disfrutar, de eso no me cabía ninguna duda, pero también lo íbamos a hacer de sus calles y rincones.

De sus bares, de sus gentes y de todo lo que hacía especial a ese pueblo.

—¿Crees que mi hermana estará bien en mi casa? —me preguntó.

La miré un segundo para evaluarla.

—¿Tú estuviste mal cuando yo no estuve y fue Matt el que te hizo compañía? —le respondí con otra pregunta.

—No, ni con él ni las veces que visité a sus padres —me respondió.

—Pues fíjate si va a estar mucho mejor, porque a Matt le gustaría cuidarla como algo más que a una amiga —se lo dije. De todos modos, se iba a dar cuenta con el paso del tiempo.

—Mi hermana no lo va a mirar con esos ojos y no me gustaría que Matt lo pasara mal por un enamoramiento que no lo va a llevar a ningún lugar. —Ella lo quería como a un hermano y por nada en el mundo le gustaría verlo sufrir.

—Supongo que no somos dueños de decidir de quién nos enamoramos ni cuándo. —Le puse una mano sobre la pierna, dándole un pequeño apretón—. Él sabe que es algo imposible; aun así, no lo ha podido evitar, como nosotros no lo pudimos hacer tampoco.

—Lo sé, es solo que no quiero que lo pase mal. —Puso su mano sobre la mía, entrelazando nuestros dedos.

—Ya se verá con el tiempo. Por ahora solo tienes que pensar que Matt solo está cuidando de ella y que lo va a hacer con todo su cariño —le sonreí para tranquilizarla un poco—. Y ahora no vamos a pensar en nadie que no seamos nosotros dos. —Le pasé el pulgar por el dorso de la mano.

—Tienes toda la razón, estos días son nuestros y de nadie más. —Se inclinó hacia mí para darme un beso en la mejilla.

El trayecto nos llevó cerca de dos horas, algo más de lo previsto porque hicimos una parada en un mirador que encontramos por el camino, justo antes de iniciar la bajada por la montaña que nos conduciría hasta ese pueblo a pie de playa.

—Son unas vistas maravillosas —dijo fuera del coche, mirando todo lo que había ante nuestros ojos.

—Sí que lo son —le contesté, con la mirada fija en ella, porque para mí las mejores vistas siempre habían sido sus ojos.

La rodeé por la espalda y apoyé la barbilla sobre su hombro. Nos quedamos así un rato, en silencio, compartiendo ese instante. Hay momentos en los que no se necesita nada más para ser feliz que la calma y la compañía de la persona que amas; todo lo demás sobra.

Nos volvimos a montar en el coche y, ya sin volver a hacer ninguna parada más, llegamos a esa villa, que mejor y más bonita no podía ser.

No era de las más grandes que había visto, pero sí tenía algo que la hacía espectacular.

Tal vez fuese por la distribución de las habitaciones, por la amplitud con la que se veía todo, por el aire mediterráneo que poseía o simplemente por la compañía con la que iba a pasar esos días allí.

El caso fue que me quedé enamorado de esa espectacular casa.

Dejamos las maletas con la ropa en la habitación principal. Era la más grande de la villa, tenía su propio baño y en él había una bañera en la que cabían dos personas y una ducha igual de grande, además de un vestidor enorme.

A un lado de la habitación había unas puertas correderas que daban paso a una terraza desde la que se podía ver la playa de fondo. Las vistas eran espectaculares; desde luego, cualquier persona soñaría con vivir en un lugar así.

Y eso que todavía no había visto bien la parte del jardín trasero, donde estaban la piscina y la barbacoa. Esa zona era lo bastante grande como para que pudieran estar más de treinta personas sin sentirse apelotonadas.

Tras colocar toda la ropa y los productos de aseo del baño, nos cambiamos para pasar el día tranquilos en la casa.

Antes habíamos hablado de que ese día no saldríamos y, por eso mismo, al entrar en el pueblo, paramos en un supermercado para comprar algo de comida y así no tener que salir después.

—¿Qué te parece si cogemos unas cervezas fresquitas y nos metemos en la piscina? —me preguntó cuando salió del baño con el bikini puesto.

Al verla, me quise morir. Entre el cuerpazo que tenía, lo bien que le quedaba ese bikini amarillo pálido con minúsculas florecillas celestes y los días que llevábamos sin hacer nada, no lo pude evitar: el pene se me puso más erecto que nunca.

—Sí, vamos a darnos un baño —resoplé sin que ella me escuchara. Solo esperaba que todo volviera a su sitio.

Quería darle su tiempo, no parecer un puto insensible por pensar en sexo después de todo lo que había pasado, pero, joder, no soy de piedra. Y si mi chica se planta delante de mí así, sin más, aquí estaba yo, babeando como un puto perro.

—Coge las cervezas y yo voy a por dos toallas. —Menos mal que metimos unas cuantas cervezas en el congelador cuando llegamos.

Al salir y dirigirnos hacia la piscina, Olimpia ya estaba metida en el agua. La veía nadar de un lado a otro y no podía negar que se le daba muy bien; eso era indudable.

Puse las bebidas a un lado, donde no les daba el sol para que no se calentaran, y sin pensármelo mucho me lancé de cabeza.

Joder, el primer impacto me dejó casi sin aire. El agua estaba fría de cojones, tanto que la erección se me bajó de golpe.

Los huevos se me quedaron del tamaño de unas canicas y lo peor de todo fue que la capulla de mi chica rompió a reír a carcajadas. Claro, ella sabía que me iba a llevar esa impresión por lo fría que estaba el agua.

—No te rías —dije nadando hacia ella, a ver si moviéndome entraba en calor—. ¿Cómo puedes aguantar esta temperatura?

Llegué hasta ella y la cogí por la cintura para lanzarla.

—Ni se te ocurra. —Las carcajadas le salían unas detrás de otras—. ¡Elías! —gritó sin dejar de reír.

La lancé lejos. Vi cómo se sumergía y volvía a salir a la superficie con el pelo cubriéndole la cara.

—Verás ahora cuando te pille —me amenazó mientras nadaba hacia mí.

No huí de ella. Quería que llegara a mí, jugar juntos, reírnos hasta que nos doliera la barriga, no mirar el reloj pensando en lo que teníamos que hacer, vivir el momento a lo grande.

—Aquí te espero. —Cogí el botellín de cerveza tranquilamente—. Cuando llegues, te volveré a lanzar. —Me acomodé en un banco que había dentro de la piscina.

—Eso es muy injusto. —Dio un manotazo al agua como si fuese una niña pequeña enfurruñada—. Eres mucho más grande que yo. ¿No te da pena jugar así conmigo? —Me hizo mucha gracia la cara de pena que intentó poner.

—No. Anda, ven, te voy a dejar que llegues y le des un trago a la cerveza; no sabes lo bien que entra.

—A mí me entraría muy bien otra cosa.

La cerveza me salió hasta por la nariz.

Joder, y yo que le estaba dando su espacio porque pensaba que lo necesitaba.

—¿Desde cuándo te has vuelto tan descarada? —pregunté con una risilla.

—Desde que me tienes a dos velas. —Ronroneó cuando llegó a mi lado—. Te necesito, más de lo que te piensas.

No pensaba negarle nada.

—Quítate el bikini —le dije con la voz ronca.

—Quítamelo tú. —Me rodeó la cintura con las piernas.

Me pasó los brazos por el cuello y comenzó a besarme esa parte del cuerpo.

—¿Estás intentando retarme? —Mordí su clavícula y llevé mis manos a su espalda.

Le fui soltando el lazo de la parte de atrás, despacio, para crearle una pequeña tensión.

Sin dejar de desatárselo, la fui besando, haciendo un recorrido desde el cuello. Subiendo entre besos y lametones, llegué hasta su oreja, se la atrapé con los dientes y tiré un poco.

—Dices que te tengo a dos velas, pero yo tengo los huevos morados de aguantar estos días las ganas. —Cuando solté el bikini, sacándoselo por la cabeza.

Dejé sus pechos al descubierto.

Hostia, por mucho que se los viera, me volvían loco. Eran mi puta perdición.

—Joder, preciosa, no sabes cómo he tenido que controlarme. —Le cogí un pezón con los dedos, tirando un poco de él.

Eso la volvía loca, porque a ella le encantaba que fuera dulce muchas veces, pero también le gustaba, y la ponía muchísimo, mi lado más hambriento y salvaje.

—Ahora no tienes por qué hacerlo. —Deslizó la lengua por mi labio inferior—. Te necesito dentro de mí ya. —Movió sus caderas, haciendo círculos sobre mi pene.

Capítulo 26

Olimpia

No quería calentamientos, no quería que fuera dulce ni que tuviera cuidado. Lo necesitaba con urgencia, fuerte, tan dentro de mí como fuese posible.

Sentirme completa con él, sentir que me deseaba por encima de todo, igual que lo deseaba yo.

Le lamí el cuello hasta que dejé de sentir la punta de la lengua, mientras me iba moviendo encima de él con ganas, haciendo que se pusiera más duro de lo que ya estaba.

—Joder, nena, me estás matando. —Me cogió los pechos, uno en cada mano.

Amasó y apretó cuanto quiso, besó y mordió a partes iguales.

Me soltó los pechos, llevando las manos a los laterales de las bragas del bikini.

—Por suerte para ti es de los que se desatan; de lo contrario no podría volver a ponértelo. —Uf, madre mía cómo me ponía esa voz ronca.

—Me encanta cuando te conviertes en el hombre de las cavernas —dije con un pequeño ronroneo en su oído.

Me quitó la parte de abajo, metió la mano entre nuestros cuerpos, comenzando a tocar esa parte de mi cuerpo que anhelaba su toque.

Se levantó conmigo en brazos, lo justo para que pudiera bajarle el bañador. Enganché los pies en la parte trasera de la tela y tiré hacia abajo. Cuando le llegó a las rodillas, movió las piernas para quitárselo del todo.

Me froté con su pene. No sabía qué me pasaba, pero estaba que no podía más; la urgencia me estaba consumiendo.

—No puedo más, necesito que me folles —le dije casi rogándole.

—Te estás volviendo una deslenguada. —Cogió el tronco de su miembro y se dedicó a pasarlo entre mis pliegues, tentando y acabando con mi paciencia —. Te voy a tener que castigar. —Siguió jugando con mi salud mental un poco más, porque eso es lo que estaba haciendo.

—Corta el rollo. Como en menos de un segundo no tengas tu cosita dentro de mí, una noche de estas, mientras duermes, te vas a quedar sin ella. —Me encantó la cara de miedo que puso.

—Hoy estás que te sales, preciosa, pero con eso no se juega. —Posicionó la punta de su glande en mi entrada.

No esperé a que me penetrara; bajé mi cuerpo sobre él de golpe.

—Ah… —Jadeé con fuerza cuando lo sentí totalmente dentro de mí.

—Hostia, preciosa, ¿qué es lo que te has tomado para dártelo más días? —Me hizo la pregunta con una especie de gruñido ronco.

—Estás demasiado bueno para no desearte continuamente. —Coño, es que era verdad, todavía no me podía creer la suerte que tenía al estar con él.

Porque lo tenía todo, superbueno por fuera, pero por dentro aún mejor.

Agarrándome por las nalgas, me fue ayudando a subir y bajar sobre su longitud.

—Pon una rodilla sobre el banco. —Salió de mi interior—. Agárrate a mis brazos.

—Yo me agarro donde tú me digas. —Me gustaba mucho provocarle.

Puse la rodilla sobre el banco, como él me había dicho. Me agarré a sus bíceps; la otra pierna me la levantó, apoyándola sobre su hombro.

En esta postura quedaba totalmente expuesta.

—Mmm, me encantan estas vistas. —Me besó con fuerza, con ardor, dejando que la pasión nos consumiera y nos abrasara por completo.

—Te aseguro que a mí también —dije con la vista fija en su pene.

Me mordí el labio, esperando que me penetrara.

—En esta postura me vas a sentir mucho más profundo. —Estaba mirando cómo su miembro se iba introduciendo en mi interior.

—Pues ya la podríamos haber hecho antes. —Le guiñé un ojo. Elías sabía que le estaba picando un poco; eso hacía que le pusiera mucho más empeño, y mira que no le ponía poco, pero era mucho mejor cuando se picaba él mismo también.

—Me encantas, cariño. —Jadeó y me hizo jadear cuando se introdujo por completo.

—Madre mía —medio grité—, un poco más y me atraviesas.

—Eres única para subirle la autoestima a un hombre. —Me cogió un pecho, apretando lo justo y necesario para que doliera un poco, pero ese dolor que era muy placentero.

—No… —gemí—, a cualquier… —jadeé— hombre —grité de lo fuerte que entró y salió—. Digo… solo a ti. —Pude terminar de hablar.

—¿Qué te pasa? —gruñó—. ¿No eres capaz de hablar?

—No cuando me haces esto. —Esta vez se detuvo para que pudiera decir la frase entera, sin jadeos de por medio.

Empezó a penetrarme con mayor fuerza y rapidez. Llegados a ese punto, ninguno de los dos era capaz de pronunciar ni una sola palabra.

Solo éramos capaces de besarnos con hambre, voracidad, con bocados y lengüetazos.

Los jadeos de los dos se tenían que estar escuchando a cien metros de allí. Venga, vale, he exagerado un poco, pero sí que jadeamos y gemimos muy fuerte, sobre todo yo.

—Eso es, cariño, disfruta. —Llevó dos de sus dedos a mi clítoris, comenzando a hacer círculos sobre él.

Sentía cómo en mi vientre se fue formando una corriente que fue bajando hasta alojarse en mi sexo.

Cerré los ojos y me dejé llevar por ese placer.

Elías siguió moviéndose con la misma intensidad. No aminoró las embestidas hasta que alcanzó su propio orgasmo.

—Dios bendito —dijo apoyando la frente en mi hombro, tomando bocanadas de aire.

—Bueno, un dios no eres, pero si sigues follándome así, a lo mejor lo llegas a ser un día. —Ese mismo día estaba que ni yo misma me reconocía, no sé si era porque de verdad me sentía por fin libre.

—Me gustaste en cuanto te vi la primera vez. Cuando te conocí, lo hiciste mucho más, pero esta nueva Olimpia me vuelve completamente loco. —Se sentó en el banco e hizo que yo lo hiciera encima de él.

—Simplemente me siento bien. —Me encogí de hombros.

Cogió su cerveza y la mía, ofreciéndomela.

—Un brindis por lo bien que nos va a ir todo. —Chocamos las bocas de los botellines y le dimos un sorbo.

—Creo que se han calentado más de la cuenta —le dije haciendo un mohín.

—Puede ser que les hayamos pegado la calentura. —Dejó el botellín en el filo de la piscina—. Esto no hay quien se lo beba.

—Ahí te tengo que dar la razón. Mejor ve a por otra, pero no vayas en plan comando o puede que dentro de un rato nos pase lo mismo que hace unos minutos. —Reí.

—Creo que será mejor que preparemos la comida. —En el momento de decirlo, me entró un hambre para morirme; hasta me rugió la barriga—. ¿Qué te parece si preparamos una buena tortilla de patatas? —me preguntó.

—Mmm, ¡qué buena! —contesté casi salivando al pensar en la tortilla—, pero la hacemos en el horno. —Me encantaban las tortillas de patatas hechas en el horno.

A ver, que el proceso de las patatas era igual, cortadas a cuadraditos y después fritas, pero cuando las mezclas con los huevos, en vez de terminarla en la sartén, vertías toda esa mezcla en un molde, de esos redondos desmontables que se utilizan para las tartas.

Os juro que así quedan las tortillas de vicio y, si la acompañáis con un poco de ensalada de pimientos asados, ya os morís de gusto.

—Anda, ve y busca los bañadores —le dije empujándolo por el pecho para que fuese a por ellos.

Iba a tener que nadar de un lado para otro por lo menos tres veces, ya que cada prenda iba flotando por el agua y cada una llevaba un rumbo distinto.

—¿Por qué tengo que ir yo? —preguntó con una ceja levantada.

—Porque me quieres mucho y sabes que me hace muy feliz ver tu culo moviéndose por ahí. —Hice un movimiento con la mano para señalarle toda la

piscina.

—Solo porque te gusta mi culo. —Me guiñó un ojo.

La vista de su trasero mientras iba buscando las prendas no podía ser mejor. Es que lo tenía tan firme, tan redondito y respingón, que daba gusto admirar.

Por lo menos para mí, porque claro, también podía ser que, al estar tan enamorada de él, lo viera perfecto y me gustara todo su cuerpo, pero, como he dicho varias veces, mucho más me gustaba su corazón.

Me puse el bikini antes de salir del agua, una tontería, porque pensé que alguien nos podía ver, sobre todo después del espectáculo que habíamos dado.

Me ayudó a salir de la piscina y, como siempre hacía, se preocupó de que estuviera bien. Me envolvió el cuerpo con una toalla, me abrazó y me cogió en brazos para llevarme dentro de la casa.

Para no dejarlo todo perdido, decidimos darnos una ducha antes de ponernos a preparar la comida.

Él con un pantalón de deporte corto y yo con un simple vestido camisero de esos que son para estar por casa, así nos fuimos para la cocina. Total, no íbamos a salir y queríamos estar cómodos.

Nos compenetrábamos bien; mientras uno iba haciendo una cosa, el otro se dedicaba a hacer otra.

Yo me puse con la tortilla, él lo hizo con la ensalada de pimientos, que tampoco es que tuviera mucho que hacer, porque compramos unos de esos paquetes en los que ya venían asados. Así que solo había que cortarlos a tiras, trocear un poco de cebolla y aliñarlos.

Tengo que decir que, aunque aquel día estuviéramos haciendo una comida sencilla, a Elías se le daba muy bien la cocina y le ponía muchas ganas. Yo era más vaga para eso.

Vamos, tanto que, si iba a estar yo sola en casa, ni me molestaba en preparar nada para comer Me preparaba una ensalada o unos filetes a la plancha y muchas veces ni eso; me hacía un bocadillo y listo.

Él no. A él le gustaba meterse en la cocina y pasar unas horas cocinando. Decía que lo relajaba. Oye, que cada loco con su tema; si a él le gustaba, ¿quién era yo para decirle que no?

—¿Quieres otra cerveza o una copa de vino? —me preguntó cuando la tortilla ya estuvo metida en el horno.

—¿Otra cerveza? Pero si no me he tomado ninguna. Te recuerdo que la otra se calentó.

—Era un decir. —Menos mal que se le había quitado esa mirada triste después de lo que pasó.

Sabía que todavía se seguía echando la culpa y me dio rabia y pena que lo hiciera, pero, como le pasa al resto de personas, él también necesitaba su tiempo para procesarlo todo.

Comimos en la misma isla de la cocina y, mientras lo hacíamos, también hicimos planes para esos días.

No nos íbamos a quedar cuatro días encerrados en la villa cuando había tanto que ver y disfrutar en ese pueblo.

Capítulo 27



Bianca

Todavía no era capaz de asimilar lo que había hecho mi marido, sí, porque por mucho que lo odiara seguía siendo mi marido, muy a mi pesar.

Como dicen, del amor al odio hay un solo paso… y en mi caso fue tan corto que apenas lo vi venir.

Porque en el mismo instante en el que lo vi encima de mi hermana, amenazándola con un cuchillo, algo se rompió dentro de mí. No fue una duda ni un enfado: fue un odio visceral, crudo, de esos que nacen desde lo más hondo y te queman por dentro. Un odio tan profundo que jamás pensé que pudiera sentir por nadie… y, sin embargo, mírame ahora: lo sentía por el único hombre del que había estado enamorada en toda mi vida.

Una vida que, con él, había sido toda una mentira.

Pero iba a salir adelante, no me iba a quedar viviendo en la pena ni en el dolor. Puede que necesitara mi tiempo para sanar, no porque lo hubiera perdido, porque para mí estaba más que muerto, era por el dolor y la rabia de no haberme dado cuenta de cómo era Nando, de cómo era el verdadero psicópata con el que estaba casada.

Tenía que luchar por mí, pero sobre todo por mi hija, esa que no iba a saber nunca quién era su padre, por lo menos mientras yo lo pudiera evitar. No quería que ella se criara sabiendo que su padre era malo, no por él, sino por ella, porque merecía crecer en una casa donde solo hubiera amor y cariño.

Dios, lo que había estado sufriendo mi hermana por culpa de él no tenía nombre. Y no solo sufrió ella, también lo hicimos el resto de la familia, porque mis padres perdieron a su hija durante más de dos años y a mí me separó de mi hermana, mi mejor amiga, la que siempre había estado junto a mí.

Dos años habíamos perdido de nuestras vidas por su culpa, dos años desde que mi hermana se marchó, aunque los dos años previos tampoco fueron como antes.

Solo pensar en los mensajes que le mandaba, en saber que quería abusar de ella, tenerla a su lado a cualquier precio… ¿Podía haber alguien más enfermo que él? No lo creía. Por lo menos tenía la suerte de no haber conocido a otra persona como él.

Ahora que lo miraba desde otro punto de vista y siendo conocedora de toda la verdad, sí que podía atar algunos cabos. No es que esos cabos me llevaran a saber que siempre había sido Nando el que había estado detrás de todo, pero sí que podía ver el alejamiento que tenía conmigo, o más bien hacia mí.

Siempre había pensado que no era un hombre cariñoso y que daba las mínimas muestras de afecto. Ahora sabía el motivo, y es que él nunca estuvo enamorado de mí ni le gusté.

Puede que al principio sí, pero después de conocer a mi hermana dejó de hacerlo. Y os juro por Dios que no le tenía celos a ella, jamás podría tener un sentimiento tan feo hacia una de las personas más importantes de mi vida. La quería con toda mi alma y por ella sería capaz de hacer cualquier cosa.

Era solo eso, el coraje de haberme sentido manipulada y engañada por una persona tan mala.

Ya no iba a perder más el tiempo pensando en ese hombre. Solo me interesaba que, llegado el momento, me firmara los papeles del divorcio que ya había empezado a tramitar el abogado que me había ayudado a buscar Matt.

Matt… ¿qué podía decir de ese hombre que se había convertido en un apoyo incondicional sin esperarlo? Me sorprendió, no puedo decir otra cosa de él.

¿Quién me iba a decir a mí que me iba a sentir tan cómoda con un hombre que no fuese mi marido? Era como si nos conociéramos desde hacía mucho tiempo.

Es verdad que cuando lo vi al lado de mi hermana me pareció muy guapo. Nunca habría pensado en él de otra forma que no fuese un conocido más. De hecho, lo sigo pensando, aunque con el ligero cambio de que lo podía ver como a un amigo.

Pero no por estar casadas significa que estemos ciegas. Eso no es malo; mientras no lo veamos como algo más, no pasa nada.

Había hecho bien en hacerle caso a mi hermana y venirme a su casa. Fue un camino largo, quiero decir, muchas horas de coche, en las que, sobre todo, no es que hubiese sido muy buena compañía que digamos.

Hablé poco y lo poco que lo hice fue porque Matt me preguntaba algo, intentando mantener una conversación conmigo, pero yo solo le iba contestando con monosílabos.

Sabía que lo hacía para mantenerme entretenida y que dejara de pensar, y se lo agradecía de todo corazón, pero mi mente todavía necesitaba terminar de procesarlo todo.

Llegamos a la casa de mi hermana, que no era suya porque estaba de alquiler, pero bueno, mientras lo pagara, era suya.

Me gustó mucho cómo la tenía decorada. Ella siempre había tenido muy buen gusto, sobre todo con la sencillez con la que le gustaban las cosas.

—Ya sabes lo que ha dicho Olimpia, puedes utilizar la habitación que quieras —era un lujo que, estando en el centro de la ciudad, hubiera encontrado un piso de ese tamaño—, teniendo en cuenta que ahora que no está tu hermana, el bicho este no se va a despegar de ti. —Miró hacia donde Sasha se había tendido—. De verdad que me sigue dando miedo la perra.

Me tuve que reír y, por primera vez en días, me salió una risa con ganas.

—Gracias, me has hecho reír y te lo agradezco de corazón. —Me ayudó a meter las maletas—. Y no deberías tenerle miedo a Sasha, sobre todo teniendo en cuenta que, gracias a ella, el único dañado ha sido Nando.

No sabía lo enteramente agradecida que le iba a estar a esa pequeña, que de pequeña no tenía nada, pero para nosotros sí lo era.

Me había traído un montón de ropa. Pensaba quedarme aquí una larga temporada, por lo menos hasta que todo el tema económico y de bienes que tenía en común con Nando se fuese solucionando.

—No tienes que agradecerme nada. —Me dedicó una sonrisa de esas que demuestran que lo que están haciendo por ti les sale del corazón—. Ahora vamos a casa de mis padres. Antes me llamó mi madre para decirme que nos había preparado la comida.

Ni loca iba a casa de sus padres.

—Matt, te lo agradezco mucho, te lo digo de corazón, y a tus padres también se lo agradezco, pero no voy a ir a su casa. Yo no pinto nada allí.

Me moría de vergüenza. ¿Qué iban a pensar esas personas de mí?

¿Dónde iba su hijo al lado de una mujer embarazada? Daba igual que les dijera que éramos solo amigos, seguro que pensaban otra cosa.

—Allí pintas lo mismo que yo. —Tenía gracia que dijera eso cuando él era su hijo y yo una desconocida—. Además, te digo que si no vamos, doña Diana es muy capaz de venir aquí, y si hace eso entonces será mucho peor.

Se le dibujó una sonrisa; imagino que se le cruzó por la mente alguna imagen de su madre diciéndole algo.

—Es que no creo que sea correcto que vaya. —Me senté en el sofá un momento.

No sabía qué me pasaba, pero me encontraba supercansada, y eso que todavía faltaban los meses en los que me pesaría más el embarazo.

—Te ves cansada y con ojeras. —Se sentó a mi lado—. Tienes que intentar descansar y dormir algo.

—¿Cómo lo hago con todo lo que ha pasado? —Me tapé la cara para que no viera cómo comenzaba a llorar de nuevo.

—Llora todo lo que necesites hasta que tu corazón sane. Sé que es muy duro para ti, pero tienes que seguir hacia delante.

No me di cuenta de cuándo se movió; solo sabía que en ese momento sentí cómo me abrazaba contra su pecho e intentaba darme consuelo.

—No lloro porque lo quiera, te juro que todo el amor que sentía por él se ha convertido en odio. Lloro de rabia por haber sido una tonta que no se ha dado cuenta de nada.

No me aparté de sus brazos. Me sentía bien con Matt abrazándome, parecía que así todo dolía un poco menos.

—Era imposible que te dieras cuenta. Las personas enfermas como él son las que mejor disimulan sus sentimientos y pensamientos. —Me pasaba las manos por la espalda una y otra vez—. Piensa en el lado positivo, que sé que, aunque ahora mismo pienses que no lo hay, te aseguro que sí lo hay, porque con todo esto se ha evitado que tu hija se críe al lado de un hombre sin escrúpulos.

Tenía razón. No quería ni llegar a imaginar si hubiese sido capaz de tratar mal a mi hija, claro está, sin que yo fuese consciente, porque de otro modo hubiera sido capaz de llevármelo por delante.

—Gracias, Matt, por todo lo que estás haciendo por mí, por estar a mi lado en todo momento, aun sin conocerme de nada. —Metí mis brazos por debajo de los suyos y lo abracé con fuerza.

—Ya te lo he dicho varias veces, no tienes que agradecerme nada. —Me separó de su pecho; con la punta de sus dedos limpió el rastro de lágrimas que había derramado—. Todo va a pasar y, cuando menos cuenta te des, todo habrá quedado en un amargo recuerdo.

Me hablaba con tanta dulzura que llegaba a doler un poco. ¿Por qué él era capaz de tratarme así y el hombre con el que había compartido tantos años de mi vida no lo hizo?

—Eres demasiado bueno con una desconocida —le dije con una sonrisa forzada.

—No, soy como tengo que ser con las personas que merecen la pena. —Él sí me sonrió, y la suya le salió de manera natural—. Y ahora vamos a comer a casa de mis padres. Después volveremos para que descanses y, cuando te despiertes, vamos a buscar un ginecólogo en la ciudad para que te revise.

No le protesté. En el fondo me di cuenta de que no valía de nada, porque íbamos a terminar haciendo lo que él había dicho, y no porque se autoimpusiera, sino porque lo hacía de corazón y con el mejor de los propósitos.

Fui al baño para lavarme la cara. Después salí con la intención de pasar una agradable comida con sus padres. Si su hijo era así de bueno, estaba segura de que era porque esos padres también lo eran y le habían dado la educación que estaba demostrando que tenía.

La casa de sus padres no estaba muy lejos de la de mi hermana, vamos, que podíamos ir dando un paseo tranquilamente.

Llevaba a Sasha con la correa en el lado contrario en el que iba Matt. No quería que el pobre se siguiera sintiendo incómodo.

—¿A tus padres no les da miedo Sasha? —le pregunté antes de entrar en el portal en el que nos habíamos detenido.

—No, ellos la adoran y la consienten más que a mí. —Se hizo el indignado; sabía que era un papel que estaba haciendo.

—¿Solo te da miedo Sasha o son todos los perros? —Quise saber.

—A riesgo de que te rías de mí, sobre todo me dan miedo los perros pequeños. A ella la tolero y puedo tocarla y estar cerca de ella, pero como me pongas delante un chihuahua, me muero.

Puso cara de miedo.

Intenté no reírme, os lo juro que lo intenté con todas mis fuerzas, pero no lo pude evitar. Es que no me podía imaginar que un hombre tan grande le tuviera esa clase de miedo a un perro diminuto.

—Lo siento, de verdad que lo siento, pero es que me ha hecho mucha gracia —dije sin poder dejar de reír.

—¿Ves? No te tenía que haber contado mis traumas. —Puso cara de enfurruñado—. Si cuando hubieras sido pequeña te hubiera mordido uno en el culo, como me mordió a mí, no te reirías.

La carcajada que se me escapó se tuvo que oír en toda la calle.

—Estuve más de una semana sin poder sentarme en condiciones.

—Ay, que me da —dije sin parar de reír.

Cuando conseguí tranquilizarme un poco y lo miré a la cara, tenía una sonrisa preciosa que le cruzaba todo el rostro. Sabía que sonreía porque pensaba que, por lo menos, gracias a esa anécdota me había hecho reír, y eso se lo agradecí en el fondo de mi corazón.

Capítulo 28

Elías

Me había despertado con ganas de ella, eso que dicen sobre la típica erección matutina era cierto, sobre todo si a tu lado tenías a la mujer que te podía hacer pasar de cero a cien en menos de dos segundos.

Estábamos desnudos debajo de las sábanas; la noche anterior terminamos desfogándonos como locos y así nos quedamos en la cama.

Pero esa mañana seguía teniendo ganas de ella.

Estaba dormida, con una pierna sobre mis caderas y la palma de su mano encima de mi vientre, un poco más al sur de este, y eso estaba siendo demasiada una tentación demasiado grande para mí.

Estaba tan bonita dormida, de esa manera tan relajada, que no me podía creer la suerte que había tenido de que se cruzara en mi camino.

Le quité su mano de encima con mucho cuidado. Cuando vi que no hizo ni el amago de despertarse, quité su pierna. Esperé unos segundos por si se despertaba, pero tampoco fue el caso.

Eché las sábanas a un lado, dejando nuestros cuerpos al descubierto. Joder, menuda vista tenía. Muy despacio la moví para ponerla bocarriba.

Le pensaba dar el mejor despertar de su vida. Poco a poco le separé las piernas, tenía la vista fija en su cuerpo, ese que me llevaba a querer estar

dentro de ella continuamente.

Era la mujer que más loco me había vuelto. No quiere decir que en muchos años de mi vida no hubiera estado con mujeres que no me gustaran ni que no me pusieran, pero ni una era comparable con ella.

No solo por su físico, que estaba claro que me ponía mucho, era por toda ella en general, su conjunto al completo.

Cuando le separé las piernas y me situé con la cabeza a la altura de su sexo, no lo pensé dos veces. Saqué la punta de la lengua y la pasé por la abertura de sus pliegues.

Ante ese primer contacto, soltó un pequeño suspiro, moviendo un poco sus caderas. No tenía prisa; quería saborearla con calma, hacerla disfrutar, no como el día anterior, cuando las ansias y la urgencia nos habían dominado.

Con dos dedos le separé los labios vaginales, dejando totalmente expuesto ese nudo de nervios que hacía que se volviera loca cuando se lo tocaba, lo lamía y tiraba un poco de él con los dientes, porque había descubierto que eso le encantaba a Olimpia.

Puse la lengua plana y se la pasé desde su entrada hasta el clítoris. Lo hice con lentitud, disfrutando del placer que le estaba dando, porque su placer era el mío también.

Su respiración se empezó a hacer más pesada, los suspiros se le fueron escapando y las caderas se le volvieron incontrolables.

Sabía que se había despertado ya, pero estaba tan consumida por el placer que aún seguía con los ojos cerrados.

Solté de entre mis labios su clítoris unos segundos, los suficientes para darle los buenos días.

—Buenos días, dormilona —le dije riendo.

—Y tan buenos —contestó, moviéndose un poco—. Puede seguir usted con lo que estaba haciendo ahí abajo. —Levantó un poco la pelvis para llegar

a mi boca, que estaba a poca distancia de su vagina.

—Eso pensaba hacer, me he levantado con mucha hambre. —Hundí dos dedos en su interior.

—No creo que lo que estás haciendo te alimente mucho, pero no voy a ser yo la que te diga que no lo hagas. —Se apoyó en sus codos para mirarme.

—Te aseguro que me sacia mucho más de lo que crees —le contesté antes de volver a enterrar mi boca en su sexo.

—Jesús, qué lengua y qué dedos. —Se dejó caer sobre la cama jadeando.

Sonreí sobre su sexo, lo que provocó, con el aire que se me escapó, que se le pusieran los pelos de punta.

Le chupé todo lo que quise, la penetré con los dedos sin descanso hasta que arqueó la espalda, dejándose ir en mi boca. Absorbí su esencia, saboreándola hasta el último espasmo que le recorrió el cuerpo.

Fui subiendo por el centro de su cuerpo, dejando pequeños besos en cada centímetro de su piel que iba encontrando a mi paso.

Al llegar a la altura de sus pechos, me detuve para mimarlos y consentirlos igual que había hecho con la parte inferior de su cuerpo.

Olimpia llevó las manos a mi pelo y entrelazó los dedos entre los mechones. No me estaba dando tirones como hacía otras veces, me estaba acariciando, cuidándome y demostrándome su amor.

Se los besé con lentitud, adorándolos, porque eso es lo que hacía con todo su cuerpo: lo adoraba y lo amaba por encima de todo.

—Te amo. —Despegué la boca de sus pechos para decirle esas dos palabras.

—Te amo más que a mi vida —me contestó con los ojos rebosantes de amor.

Subí por su cuerpo hasta que mi boca estuvo a la altura de la suya. Le cogí un muslo para hacer que me rodeara la cadera con él, llevando la cabeza de mi miembro a su entrada. Me quedé quieto para besarla con suavidad, demostrándole sin palabras todo lo que me hacía sentir.

Nos besamos con lentitud, sin prisas, viviendo el momento, cuidándonos el uno al otro, mimándonos. Porque ella me mimaba mucho con su cariño y amor, y a mí me encantaba que lo hiciera.

Unimos las manos, entrelazando los dedos. Las llevé unidas por encima de su cabeza y, con suavidad, la penetré. Centímetro a centímetro fue acogiéndome en su interior, rodeándome con su calor, apretándome con las contracciones de sus paredes.

Le hice el amor, porque es lo que le estaba haciendo: amar su cuerpo y su alma, dejando que ella me amara con la misma intensidad con la que yo lo hacía.

No hubo más palabras. Hablamos con las miradas, con los besos y las caricias; solo pronunciamos los jadeos que se fueron escapando de entre nuestros labios.

Había momentos en los que la fogosidad nos consumía, pero también había momentos como este, en los que lo hacíamos con el corazón atravesado en la garganta y, cuando eso pasaba, lo demás dejaba de existir. No había cabida para nada más que no fuésemos nosotros.

Al terminar permanecimos abrazados, sin decir nada, solo sintiendo ese momento y disfrutando de ese silencio que a veces nos hacía tanto bien, porque muchas veces no se necesita llenar los silencios cuando sientes que las palabras sobran y lo que cuentan son los actos, las miradas y los roces de manos.

Después de estar un rato abrazados, me separé de ella lo justo para mirar su hermoso rostro.

—¿Una ducha y salimos a desayunar? —le pregunté antes de bajar la cabeza y darle un beso en la frente.

—Perfecto, me muero de hambre. —Contuve una sonrisa.

—¿Cuándo no tienes hambre? —le pregunté con ironía.

—Sinceramente, desde que estoy contigo siempre tengo mucha hambre. —Puso los ojos en blanco—. Será porque me haces trabajar más de la cuenta; entre los entrenamientos y los ejercicios en la cama, o como o caigo muerta. —Rio con ganas.

Me levanté, la cogí en brazos y, con ella sin parar de reír, fui al baño. En cuanto entré, abrí la ducha, esperando que el agua saliera a buena temperatura.

—A la ducha.

Nos metimos debajo del chorro de agua. Era tan grande que cabíamos los dos a la vez sin problema.

—Qué gustazo —comentó cuando el agua le mojó la cabeza.

—Déjame a mí. —Me eché un poco de champú en las manos y comencé a lavarle la cabeza.

—Hoy te has levantado muy romántico y que conste que no es ninguna queja, me encanta que seas así. —Ella comenzó a enjabonarme el pecho.

—Lo dices como si esto no lo hubiéramos hecho antes —le contesté.

—Sabes que no quiero decir eso. Tú eres siempre romántico y dulce conmigo, pero no sé, hoy te veo un poco distinto. —Llegó a la altura de mi ombligo.

—Quizá seas tú la que me ve con otros ojos —sonreí, deteniendo su mano que estaba empezando a bajar más de la cuenta—. Mejor ahí me lavo yo, o no creo que nos dé tiempo a desayunar fuera.

—Tienes razón.

Nos terminamos de duchar, cada uno su cuerpo, porque como siguiera tocándole su piel o ella la mía, a pocos lugares íbamos a ir.

Se puso unos pantalones vaqueros con las perneras anchas, una camiseta de manga corta en color blanco y unas deportivas del mismo color.

El pelo se lo recogió en una cola estirada y alta. Me encantaba cuando se peinaba así; en realidad me gustaba de todas las maneras posibles, pero de esa le veía el cuello superestilizado, propio para no parar de besarlo.

Se maquilló de manera muy sutil. Parecía que no llevaba nada, solo era una forma de unificar el tono. Yo esto lo sabía porque me lo había dicho muchas veces y, de tanto escucharlo, se me había quedado grabado en la cabeza.

No es que antes saliéramos mucho, pero lo poco que lo hacíamos siempre se maquillaba de la misma forma. Nunca le había visto unos ojos demasiado pintados ni nada que llamara la atención.

Salimos cogidos de la mano. Fuimos dando un paseo desde donde estaba la villa hasta el centro del pueblo. Aunque era temprano, se veía el trasiego de personas yendo y viniendo, haciendo sus cosas.

Todo era muy distinto a la vida de una ciudad como en la que vivíamos. Allí saludaban, sí, pero solo cuando se encontraban con algún conocido. Aquí era distinto.

A todos los que nos íbamos encontrando nos saludaban con un hola o un buenos días. El trato era mucho más cercano y el ritmo de vida también era muy diferente. Lo digo en cuanto a tomarse las cosas: no era como en la ciudad, donde todo el mundo va con prisas.

Me estaba gustando mucho lo que me transmitía todo ese entorno, por no decir lo bonito y bien cuidadas que estaban sus calles, sus edificios, sus casas.

No era el único pueblo al que había ido en mi vida, pero sí que era el que más me había gustado hasta ese momento.

Lo tenía todo: una playa cerca, un centro donde se veían casas antiguas pero bien cuidadas, muchos bares y cafeterías y, sobre todo sus habitantes.

—¿Nos sentamos en esa? —me preguntó, señalando una cafetería que tenía una terraza muy grande, llena de mesas de hierro forjado con las sillas a

juego, y sobre los asientos unos cojines muy coloridos, de esos colores que te alegran la vista.

—Me encanta —le dije al ver el conjunto de esa cafetería.

—Qué original —dijo señalando los cojines—. Tienen unos colores superalegres.

Los colores iban entre rojos vivos, azules, amarillos, verdes, morados… todos los colores que os podáis imaginar.

Nos sentamos en una de esas mesas y enseguida vino una camarera muy simpática. Era una joven muy encantadora, de esas que derrochan arte y gracia por todos sus poros.

—Qué simpática es —le dije a Olimpia con una sonrisa.

Al levantar la mirada para ver por qué no me había contestado, vi que tenía mala cara.

—¿Te pasa algo? —Quise saber.

—Tú sabrás. A lo mejor prefieres que me vaya y quedarte aquí con ella, ya que es tan simpática. —No me podía creer que se hubiera puesto celosa.

—¿En serio, preciosa? —le pregunté, con la ceja levantada y sonriendo.

—No te rías, a mí no me hace gracia —dijo enfurruñada.

—Nena, no tienes motivos para sentir celos por nadie. Para mí no existe mujer más bonita que tú. —Estiré la mano por encima de la mesa hasta llegar a la suya—. No seas tonta, solo he dicho que es simpática.

—Pues no me ha gustado. —Siguió un poco más de morros.

—Entonces, siendo así, yo me tendría que sentir como tú, porque donde quiera que vayas, los hombres no te quitan la vista de encima. —Me miró como si no creyera lo que le estaba diciendo—. No mires así, todos te miran y a mí me encanta que lo hagan, ¿sabes por qué? —No esperé a que me

contestara—. Porque todos te miran, pero estás conmigo. Puede que te deseen, pero tú me deseas solo a mí.

—No es lo mismo, ellos me miran a mí, pero has sido tú el que ha mirado a otra. —No se bajaba del burro.

—Olimpia, no he mirado a otra, y aunque lo hiciera, no significaría lo que tú crees. —No aparté la mirada de sus ojos para que viera que decía la verdad, aunque ella lo sabía de sobra.

Ella nunca había sido así. Estaba harta de verme en el gimnasio, tratar con otras mujeres, explicarles tipos de entrenamientos y esas cosas, y nunca se había molestado. Por eso supuse que ese día la había pillado un poco más sensible.

—Perdona, sé que no has hecho nada —reconoció—. No lo he podido evitar, no sé qué es lo que me ha pasado.

—No pasa nada, supongo que todo el mundo se vuelve vulnerable en algún momento.

Desayunamos lo que habíamos pedido. Lo hicimos con tranquilidad, no teníamos prisa. Aquel día teníamos pensado pasar la jornada recorriendo el pueblo, deteniéndonos de vez en cuando en algunos bares, tomándonos algo con algunas tapas y conociendo todo lo que pudiéramos de ese lugar.

Para el día siguiente teníamos pensado pasarlo en la playa, disfrutar del día entero y comer en algún chiringuito. Para los días siguientes no habíamos planeado nada; ya iríamos improvisando sobre la marcha.

Capítulo 29

Olimpia

—Ni muerta —dije sin parar de reír.

—Cariño, que es para que se te pongan más morenas —dijo viniendo hacia mí.

—Elías, tienes que estar bromeando. —Lo señalé con el dedo—. ¿En serio quieres que todo el mundo me vea las tetas? —Llevaba un rato insistiendo para que me quitara la parte de arriba.

—Es que no tiene nada de malo. ¿Si quieres, te puedo acompañar y quitarme el bañador? —*Capullo*, pensé.

—Tú verás si quieres que te detengan y, si no lo haces, eso que tienes ahí —le señalé sus partes— te lo voy a cortar y no vas a tener nada que mostrar —le dije con media sonrisa.

—Llevas desde ayer siendo muy posesiva —me dijo, divertido.

—Y tú demasiado liberal. —Sabía que estaba jugando conmigo; a este le iba a enseñar yo lo que era jugar—. Aunque, pensándolo bien, tal vez tengas razón. —Eché mis brazos hacia la parte de atrás del bikini para desabrocharlo.

Antes de hacerlo, miré a mi alrededor para ver a las personas que tenía más cerca. La verdad es que no tenía nada de malo hacer topless; de hecho,

muchísimas mujeres lo hacían y valoraba que se atrevieran, pero el problema era mío, que me daba mucha vergüenza.

Vi que había un grupo de hombres cerca. No estaban a muchos metros y, la verdad, tenían la vista fija donde estábamos nosotros.

—Supongo que entonces te da igual que me quite la parte de arriba y que todos esos hombres me coman con más intensidad de lo que ya lo están haciendo. —Lo miré fijamente; quería ver su reacción.

—Claro, nena, no me importa. —Se encogió de hombros, como si le diera igual.

—Vale, para mí va a ser mucho más cómodo. —Solté la tira de la parte de atrás y, con toda la vergüenza del mundo, lo solté.

Llevé las manos a la parte delantera para sacármelo por la cabeza.

En menos de un segundo lo tenía con su pecho totalmente pegado al mío. Me cogió por la espalda para que no me despegara, llevando sus manos a las tiras que estaban sueltas para anudarlas.

Sonreí contra su pecho. Sabía que lo que estaba intentando hacer era ponerme a prueba.

—Mejor las dejamos tapadas, no vaya a ser que se te quemen con el sol —murmuró, con sus labios pegados a mi cuello.

—¿No dices que no te importa que me miren porque sabes que estoy contigo? —le pregunté sin ocultar una sonrisa.

—Prefiero que no vean esa parte de tu cuerpo. —Me dio un beso en un lateral del cuello—. Los pechos mejor me los dejo para mí y para cuando tengamos hijos.

Reí a carcajadas cuando lo escuché. Él, que se las quería dar de que no era celoso, pero en el fondo no podía evitarlo; los celos no se lo permitían.

No era la clase de celos enfermizos, porque estaba segura de que, si yo quisiera hacer topless, él no pondría objeción. No tenía ninguna duda de que siempre iba a respetar mis decisiones, fuesen las que fuesen.

Estuve un rato después tan tranquila tomando el sol mientras Elías se daba un baño. La verdad es que me estaba quedando dormida, superrelajada, entre el sol y el ruido de las olas al llegar a la orilla, que me estaban dejando ir.

Hasta que sentí un dolor superfuerte en la cara. No sabía qué era lo que había pasado; solo supe que lo que fuese que me dio me dolió mucho.

Me levanté de golpe dando un grito y llevándome las manos a la cara para tapármela.

Al quitarme las manos del rostro y abrir los ojos, me encontré a una niña pequeña con un balón entre las manos. Me miró fijamente y con temor; la pobre parecía incluso con ganas de llorar.

—Lo siento —dijo con una voz muy flojita—. Estaba jugando con mi hermano a la pelota y le ha dado más fuerte. —Calculé que tendría unos ocho años.

Miré hacia donde señaló con el dedo y vi a lo lejos a un niño mucho mayor. El pobre parecía que también se estaba muriendo de vergüenza.

—No pasa nada, corazón —la verdad es que había sido mucho más el susto y la impresión que el dolor en sí—, pero debéis tener cuidado; le podríais haber dado a un bebé o a un niño pequeño.

—Lo siento, verás como se entere mi padre, nos va a echar la bronca.

Me dio cosilla por ella y por su hermano; no era algo que hubieran hecho con mala intención.

—Si me prometes que vais a jugar con más cuidado, no le digo nada.

—Te lo prometo. —Miró al suelo, como si le diera cosa mirarme a la cara.

—Pues entonces puedes irte a jugar con tu hermano.

Me dio las gracias y se fue corriendo hacia donde la estaba esperando.

Me levanté para ir al agua y darme un chapuzón. No veía cerca a Elías, así que supuse que estaría nadando por ahí.

En cuanto el agua me llegó a la cintura, me lancé de cabeza. Necesitaba mojarme la cabeza y refrescarme; entre el sol que me había estado dando y el balonazo que había recibido, tenía la cara al rojo vivo.

De pronto alguien me agarró por un pie y me arrastró hacia atrás. Moví las manos y la pierna libre, pero de poco me valió, porque el pie no me lo soltaban.

Esa mano pasó de estar en mi pie a mis dos piernas, de ahí a los muslos. A mí estaba a punto de darme un puto infarto. De los muslos las fue subiendo con suavidad.

Fue entonces cuando reconocí esas manos, porque eran las del hombre que amaba, pero por mucho que lo quisiera, no se iba a salvar por haberme asustado de esa manera.

Me di la vuelta rápido. Al mirarlo, el muy capullo estaba intentando retener la risa y yo me iba a cagar en todo lo posible.

Saqué la cabeza del agua a la misma vez que lo hizo él.

—Te voy a matar —le dije en cuanto cogí un poco de aire—. Por poco me da un infarto, y no te rías; como lo hagas, esta noche, mientras duermes, te voy a asfixiar con la almohada.

—Hay que poner un poco de diversión a la vida. —Me cogió de la cintura, acercándome a él.

—Sí, pero no a costa de mi salud. —Le di un manotazo en el hombro—. Entre el balonazo y el susto que me has dado, hoy no está siendo mi día.

—¿Qué balonazo? —me preguntó, abrazándome a su cuerpo.

Le rodeé la cintura con las piernas.

—Unos niños que estaban jugando lanzaron la pelota más fuerte de la cuenta y terminó dándome en toda la cara.

Anda que se rio poco. Aquel día se lo estaba pasando bomba a mi costa.

—¿Hoy te has levantado con ganas de reírte de mí? —No esperé su respuesta—. Pues que sepas que quien ríe último ríe mejor y más alto.

—Estoy ansioso por oírte reír —se burló de mí.

—Mira que eres tonto, y lo peor de todo es que no soy capaz de enfadarme contigo más de dos segundos. —Le di un beso a un lado de la cara; tampoco era plan ponernos tontorrones con toda la gente que había a nuestro alrededor.

—Eso es porque me quieres mucho —me dijo, ganándose otra de mis sonrisas.

—Por eso te aprovechas.

No perdí la ocasión cuando se distrajo.

Solté el agarre de su cintura, puse los pies sobre el fondo y, cuando menos se lo esperaba, con uno de mis pies barrí los suyos a la misma vez que con mis manos lo empujaba por los hombros hacia abajo.

Vamos, que le hice lo que se ha llamado toda la vida una «ahogadilla». En cuanto tuvo la cabeza sumergida, empecé a nadar para alejarme de él todo lo que pude.

Entre que era más grande que yo y, por lo tanto, sus brazadas también lo eran, y que además era mucho más rápido, no me dio tiempo a alejarme mucho antes de que me alcanzara.

Me cogió de la cintura y, sin dejar que llegara a coger una bocanada de aire, me lanzó con todas sus fuerzas por los aires para, al momento, caer sobre el agua.

Al salir a la superficie no podía parar de reírme.

Pasamos un buen rato riéndonos a carcajadas, yo intentando hacerle alguna ahogadilla y él devolviéndomelas.

La mañana se nos fue en un abrir y cerrar de ojos. Cuando nos quisimos dar cuenta, era la hora de comer y, con el pedazo de baño que nos habíamos dado, el hambre me estaba matando.

A ver, que sé que no era para tanto, que no me iba a morir de hambre ni mucho menos; simplemente era una manera de hablar.

Nos secamos un poco, yo para poder ponerme un vestido encima del bikini y él para ponerse una camiseta e ir a comer al chiringuito que teníamos justo al lado.

—Voy a disfrutar del pescadito frito —dije casi salivando.

—A mí me apetece un calamar a la plancha.

Oye, pues ahora que lo decía, casi que me apetecía eso más que lo otro.

—¿Qué te parece si tú pides el calamar y yo una dorada? Podemos compartir. Lo acompañamos con una copa de vino blanco.

Hicimos eso. Pedimos, además de lo que habíamos dicho, unos tronchos de lechuga aliñados con ajitos fritos, sal y limón.

Capítulo 30

Elías

La verdad, me costó mucho volver a la rutina después de esas dos semanas libres que tuve; entre lo que pasó y después el tiempo que pasé a solas con Olimpia, el volver al trabajo me costó un mundo.

Pero era lo que había, por lo menos hasta que quisiera seguir trabajando de infiltrado, que, la verdad, desde que había conocido a Olimpia cada vez me apetecía mucho menos seguir.

Era demasiado tiempo el que me tiraba alejado de ella. Le iba dando vueltas a la cabeza una y otra vez, porque era ahora y se me hacía eterno; no quería ni imaginar cuando tuviera que separarme de mis hijos, porque algún día los tendríamos. Aunque no lo fuésemos hablando, yo sabía que ella, con el tiempo, querría ser madre.

Solo había que verla con qué ilusión iba viviendo el embarazo de su hermana, las ganas que tenía de conocer a su sobrina. Y hablando de su hermana…

Cuando llegamos de haber pasado esos días solos, la vimos mucho mejor. No es que estuviese dando saltos de alegría, pero sí que tenía mejor cara y, por lo visto, también dormía mucho mejor.

Como le dijimos, no le quedaba más remedio que seguir hacia delante, por la niña y por ella misma, y eso era lo que estaba haciendo.

Matt había tenido mucho que ver en esa mejoría, él y sus padres. De ninguno de los tres me extrañaba ni lo más mínimo que dieran tanto sin pedir nada a cambio.

Lo hicieron conmigo y ahora lo estaban haciendo con ella. No era la misma situación, porque Bianca no se había quedado sola; tenía a toda su familia, que seguía estando muy pendiente de ella, pero la acogieron igualmente.

A Matt cada vez se le veía que sus sentimientos por ella iban creciendo y me gustaba que se hubiera enamorado por primera vez en su vida como lo había hecho de ella, pero, por otro lado, me daba miedo que ese amor lo llevara a ser el hombre más desdichado del mundo o que él se sintiera así.

Bianca no estaba preparada para abrir su corazón a nadie, por lo menos a corto plazo, y eso podía hacer que mi amigo se sintiera frustrado o, como era lógico, que no fuese totalmente feliz.

Lo mejor era no pensar en ello por ahora y dejar que el tiempo hablara por sí solo.

Esa noche íbamos a ir a cenar todos a la casa de los padres de Matt; era como una especie de despedida hasta que volviera, ya que al día siguiente me tocaba irme y no sabía los meses que me iba a llevar volver.

—No quiero que te vayas —me dijo Olimpia entrando en nuestra habitación.

Sí, desde que habíamos vuelto me había venido a su casa. Ella no quería irse a la mía, que era mucho más grande, para no dejar a su hermana sola, y mi cuñada decía que no quería convertirse en una carga para mí.

Más cabezotas no podían ser las dos hermanas.

—Cuando menos te lo esperes, estaré de regreso. —La abracé por los hombros, dejando apoyada mi frente en la suya—. Te prometo que voy a intentar estar el menor tiempo posible fuera de casa. —Aunque eso no dependía de mí, era una manera de animarla y de que no se pusiera triste.

—Espero que por lo menos llegues a tiempo para cuando nazca la niña —susurró, con la voz un poco tomada por la emoción.

—Yo también lo espero, cariño —me hacía mucha ilusión estar presente cuando naciera mi sobrina—, pero ahora no vamos a pensar en eso y vamos a disfrutar de la cena todos juntos.

Estaba terminando de abrocharme las deportivas cuando mi cuñada tocó a nuestra puerta pidiendo permiso para entrar.

—¿Estáis listos? —nos preguntó—. Qué guapos estáis los dos.

Por un lado de la puerta se coló Sasha, yendo directa hasta Olimpia.

—Eh, ¿dónde vas con esas carreras? —le preguntó Olimpia a la perra.

—Claro, tú háblale, que seguro que te contesta —dijo irónica su hermana.

—Para que lo sepas, señorita, ella me habla y no le hace falta decir ninguna palabra —le contestó Olimpia—, y me entiende a la perfección.

—Lo que tú digas. —Le estaba buscando la boca a su hermana porque sabía que ella tenía pasión por la perra y era su protegida por encima de todo —. Venga, vamos, que nos están esperando.

Matt iba directo desde su casa y, como desde la de Olimpia no había mucha distancia, fuimos dando un paseo. De todos modos, a mi cuñada le venía bien andar; el médico se lo había dicho, que se dejara de pasar tanto tiempo encerrada y diera paseos.

Eran muchas las tardes en que lo hacía con su hermana o era Matt el que venía a buscarla y la obligaba a salir.

Otras veces la obligaba a acompañarle al gimnasio.

Llegamos a casa de Diana y Alonso. Matt ya estaba allí; fue él el que nos abrió la puerta. Al ver a Bianca, los ojos se le iluminaron. No podía disimular lo que sentía por esa mujer; solo esperaba que eso mismo que sentía no lo destrozara.

—¿Cómo está hoy la futura mamá? —le preguntó, yendo hacia ella y dándole un abrazo. Después le pasó la mano por la barriga y comenzó a hablarle a la niña.

Desde que se había enterado de que los bebés podían escuchar y reconocer voces desde el interior, cada vez que podía le hablaba.

—Qué bien que hayáis llegado ya —dijo Diana con los brazos abiertos para abrazar a Olimpia y después a mí.

Los otros dos se habían quedado más atrás hablando entre ellos.

—Cada día estás más guapa. —La abracé y la levanté del suelo, dándole un montón de besos. Ella se reía.

—Normal que te quiera más a ti que a mí —dijo mi amigo a mi espalda—, eres mucho más pelota. —Pasó por mi lado dándome una colleja.

—Matt —le riñó la madre—, no digas tonterías, que pareces un niño pequeño, celoso de su hermano.

—Es normal que me tenga celos, soy más guapo que él. —Le guiñé un ojo.

—Lo siento, pero eso no es cierto. —Me giré para mirar a mi cuñada, ya que fue ella la que había dicho esas palabras.

—Gracias por la defensa, cuñada —le dije con sarcasmo.

—Es lo que hay. —Se encogió de hombros como si le diera igual—. Hola, Diana.

Todos fuimos testigos del abrazo lleno de amor que se dieron entre las dos. Entre ellas había crecido un amor muy grande y bonito.

Yo creo que a Diana le gustaría que mi cuñada pasara a ser su nuera; además, estaba seguro de que trataría a la niña como si fuese su nieta. Vamos, que la iba a tratar así aunque su hijo jamás pasara de una simple amistad.

—Qué ganas tenía de veros a todos reunidos —dijo Alonso cuando llegó a nuestro lado. Nos fue saludando a todos con un abrazo—. Vamos, que me muero de hambre y la mesa ya está puesta.

Tiró de la mano de mi chica.

—Y a ti —señaló a Sasha—, hoy no pienso darte de comer, que la última vez la liaste.

Por lo visto, le dieron de más cuando se quedaron con ella y la perra, como es un pozo sin fondo que nunca se cansa de tragar, después llegaron las consecuencias.

—Ahora dices que no, ya veremos cuando te ponga ojitos con la barbilla sobre tus piernas —le contestó Olimpia riendo.

—Hoy no me va a conmover —dijo con los ojos entrecerrados.

—Cariño, no digas tonterías, todos sabemos lo blando que eres —le contestó su mujer.

Y es que había dicho la verdad: Alonso era la persona con el corazón más noble que había encima de la tierra.

—Papá, déjalo, no vas a convencer a nadie, te conocemos demasiado bien. —Matt pasó por su espalda dándole una palmada.

Nos fuimos sentando alrededor de la mesa después de traer lo que faltaba de la cocina. Tenían una mesa amplia, aunque la familia siempre había sido muy escasa, pero cuando la compraron, lo hicieron a petición de Diana.

Ella dijo que tenía la esperanza de que algún día todos esos huecos que había libres se fuesen llenando con el tiempo. Y mira tú por dónde, que ahora la mesa estaba más llena que nunca y ella mucho más feliz de ver que así estaba siendo, y todo gracias a esas dos hermanas que habían entrado en nuestras vidas pisando fuerte.

De camino a casa de ellos tomé una decisión que no se la había dicho a nadie. Iba a esperar a finalizar la cena y comunicárselo a todos; sabía que se

iban a llevar una gran sorpresa.

Tal vez las mejores decisiones son aquellas que tomamos sin meditarlas y lo hacemos de pronto. Cada vez que lo pensaba estaba mucho más convencido de que era lo correcto y lo que deseaba.

—Estás muy callado —Olimpia puso una mano en mi pierna para llamar mi atención—. ¿Te pasa algo?

—No, estoy tranquilo y disfrutando de esta cena. —No le quería decir nada todavía; quería que fuese una sorpresa también para ella.

—Sabes que, si te inquieta algo, estoy para escucharte.

No podía haber escogido una pareja mejor que ella, aunque la suerte había sido mía al escogerme ella a mí.

—Lo sé, cariño, pero de verdad que estoy bien. Solo me da un poco de pena tener que irme, pero te prometo que voy a regresar lo antes que pueda. —Me incliné un poco para darle un beso en el hombro.

La cena la hicimos riéndonos con las tonterías que soltaba Matt o con las contestaciones de su madre. Bianca también estaba de lo más feliz, entrando en ese juego de palabras cruzadas.

—Si me perdonáis, el postre de esta noche lo he hecho para consentir a la futura mami. Sé que a ella le vuelve loca esta tarta —comentó Diana cuando puso una tarta de tres chocolates delante de todos nosotros.

—Puede que sea el postre preferido de mi cuñada, pero a mí se me ha hecho la boca agua —dije relamiéndome los labios.

—Cariño, a ti te gustan todos los postres, eres un goloso de primera —me contestó Diana con una sonrisa—. Menos mal que después quemas todo ese azúcar haciendo ejercicio.

Desde que estaba con Olimpia hacía mucho más, pero eso me lo callé, aunque mi chica me leyó la mente, porque se le escapó una risilla.

—La culpa es tuya, todos te salen muy buenos —le contesté.

—Esa tarta es mía y de mi hija. A quien vea que mete la mano, se la corto —dijo mi cuñada salivando.

—Cuánta violencia, cuñada. —Nos reímos al verla coger la tarta con las dos manos, como si la fuese a abrazar.

Al terminar la cena nos levantamos los cuatro a recoger todos los platos y cubiertos. No permitimos que lo hicieran Diana ni Alonso; ya habían hecho suficiente al prepararlo todo.

—Tengo algo que deciros —dije poniéndome en pie para que me prestaran atención. Estábamos sentados en el mismo lugar tomándonos unas copas—. No ha sido una decisión premeditada, pero creo que es una de las mejores que he tomado a lo largo de mi vida, o por lo menos de los últimos años.

Los miré a todos y, al llegar a los ojos de Olimpia, seguí hablando sin apartar la mirada de ella.

—El caso al que me tengo que infiltrar mañana será el último. Me voy a retirar. No quiero seguir estando meses fuera de casa y lejos de la maravillosa mujer que tengo a mi lado.

Mi chica abrió los ojos todo lo que pudo; automáticamente se tapó la boca y comenzó a llorar.

—Hijo, ¿lo dices en serio? —me preguntó Diana emocionada.

—Totalmente en serio. No quiero perderme meses o días lejos de Olimpia. Para mí ella es mi prioridad. Bastante ha pasado en la vida como para que tenga que seguir viviendo con angustia cada vez que me voy.

Ese era mi principal motivo. Después estaban todos ellos, que también eran importantes para mí; eran la única familia que tenía.

—Ay, qué alegría más grande me acabas de dar. Cada vez que tienes que irte, para mí es un sinvivir. —Me abrazó con todas sus fuerzas.

Los demás me fueron abrazando igual. La única que todavía no me había dicho nada era la persona que más me importaba.

—¿Y tú, nena, no me dices nada? —Se puso en pie sin dejar de llorar.

—No sé qué decirte, solo que soy la mujer más feliz del mundo y todo gracias a ti. —La abracé con fuerza—. Desde la primera vez que me envolviste entre tus brazos sabía que eras el hombre al que le había entregado mi corazón para siempre, porque ese abrazo me hizo sentir cosas que no había sentido nunca. Te amo y solo quiero que seas feliz, ya sea a mi lado o que sigas en ese trabajo que tan poco me gusta.

Sonreía al escucharla.

—Soy feliz a tu lado. Teniéndote a ti y a mi familia no necesito nada más. Te amo con todo mi corazón.

Le di un beso. No como el que me hubiera gustado, porque estaban todos presentes.

Pero sí que se lo di con todo mi corazón.

Capítulo 31

Matt

Me había enamorado de Bianca y no me daba vergüenza reconocerlo, como si lo tenía que gritar a los cuatro vientos, que lo haría con gusto si con ello pudiera tenerla junto a mí como mi pareja y no solo como mi amiga.

Aunque lo que más me importaba era que ella estuviera bien y, gracias a lo que fuese, lo estaba.

Pasaba todo el tiempo que me era posible con ella y con Olimpia y, sí, con el pequeño bicho también, que menos mal que había dejado de tenerle miedo, porque no me veas al principio qué difícil se me hacía estar en la misma habitación que Sasha.

Como había empezado a decir, me había enamorado de Bianca y, si mi intuición no me fallaba, creía que ella estaba empezando a sentir algo por mí o, a lo mejor, eran imaginaciones mías por las ganas que tenía.

¿Quién me iba a decir a mí que me iba a enamorar de una mujer que estaba a punto de tener a una hija y que estaba casada cuando la vi la primera vez? Porque en cuanto mis ojos dieron con ella en la casa de sus padres, sentí cómo el corazón me daba un vuelco.

Nunca había creído en los famosos flechazos y, mira por dónde, a mí me había atravesado el corazón por completo.

Estaba terminando de vestirme para ir a casa de las dos hermanas. Estábamos de «celebración», y lo digo entre comillas porque nos faltaba Elías, que todavía estaba en ese caso. Aquella vez se estaba alargando más de la cuenta; ya llevaba tres meses de infiltrado y, por lo poco que había podido hablar con él, todavía le quedaba.

A ver si terminaba todo y podía hacer su vida normal, porque todos lo pasábamos mal cuando se infiltraba, pero Olimpia esta vez lo estaba llevando supermal. Era raro el día que no lloraba, desgarrada de tanto que lo echaba de menos. Claro que eso no lo sabía mi amigo, porque tampoco queríamos que él lo pasara peor de lo que ya lo estaba pasando.

Bueno, por dónde iba, que al final me pierdo y doy más vueltas que una noria. El caso era que por fin el hijo de puta de Nando había firmado los papeles del divorcio y no solo eso, sino que también había renunciado a su hija por completo.

Cosa que me pareció demasiado rara, porque ese hombre solo quería hacer daño y, aunque estuviera en la cárcel, se podría haber opuesto un poco más.

Bueno, el caso es que lo que importaba era que Bianca se había librado del todo de ese tipo y eso había que celebrarlo, aunque lo volviéramos a hacer cuando llegara Elías.

Bianca estaba en la recta final de su embarazo y yo me moría de ganas por ver la carita de esa niña que ya me tenía el corazón robado, y eso que todavía no había nacido.

El resto de la familia estaba igual, y digo familia porque mis padres habían acogido a esas dos hermanas como unas más de nosotros y la verdad es que lo agradecía mucho. Pues eso, que mis padres estaban locos porque naciera y los suyos también; eso estaba de más decirlo.

Lo que sí que me haría mucha ilusión era poder entrar en el parto llegado el momento, aunque sabía que la que iba a entrar era su hermana. Era lo que había y, ojo, lo respetaba por encima de todo, pero eso no significaba que no me pusiera un poco triste con solo pensarlo.

Llegué a la casa de las chicas. No hacía falta llamar; Olimpia me había dado una llave para que entrara en la casa cuando quisiera.

—¿Dónde están mis cuatro chicas? —pregunté. Y no, no estaba loco: la niña, aunque estuviera en la barriga, también la contaba.

—Tres estamos en el sofá, la cuarta está en mi interior —contestó Bianca riendo.

Llegué hasta ellas y me dejé caer en el sofá entre las dos hermanas. Lo pude hacer porque Sasha se había levantado para venir a saludarme; si no hubiera sido así, sería ella la que estaría en ese lugar.

—Cuando queráis nos vamos —dije, sentado a su lado.

Íbamos a ir a un italiano, ya que Bianca quería comer en uno. Antes pasaríamos por la casa de mis padres para dejar a Sasha allí.

A Olimpia no le gustaba dejarla sola; decía que era dejarla abandonada y que ella no se veía capaz de hacer que pasara por un mal rato, sobre todo porque estaba acostumbrada a estar siempre con alguien.

Subimos todos a casa de mis padres. Ellas querían saludarlos antes de irnos y, como todavía era temprano, no pasaría nada por estar allí unos minutos.

—Alonso, han llegado los chicos para traerte a tu niña —le dijo mi madre a mi padre cuando nos vio entrar en la casa—. Cada día estáis más guapas —les dijo a las hermanas.

—Eso y a tu hijo que lo parta un rayo. —Me hice el ofendido—. De la calle vendrán y de tu casa te echarán.

—Hijo, deja de decir tonterías, que ya eres mayorcito. —Me dio un beso y después me dio un tirón de orejas. Hala, una de cal y otra de arena; ver para creer.

—Bueno, nosotros nos vamos, que se nos va a hacer tarde —les dije a mis padres.

—Antes de irnos necesito que tu madre me traiga un vaso, me muero de sed —pidió Bianca.

—Hija, no tienes que pedirlo, solo tienes que cogerlo. —Se fue a traerle el vaso de agua.

—¿Te encuentras bien? Te has puesto blanca —le pregunté. De pronto se le había ido todo el color de la cara.

—No te preocupes, solo me ha dado un golpe de calor. —Me daba igual lo que dijera, yo la veía rara y no me creía lo del golpe de calor.

—Aquí tienes, cariño. —Le entregó el vaso de agua mi madre.

Tanto mis padres como Olimpia y yo se nos desencajó la mandíbula al ver cómo bebía el agua y, de buenas a primeras, un charco se formó a sus pies.

—Hermana, no sabía que fueses tan rápida para mear el agua que has bebido —dijo Olimpia mordiéndose el labio para no reírse.

—Cállate, loca, que no me he meado. —Madre mía, me empezó a entrar hasta calor cuando la escuché—. Creo que he roto aguas.

—¡Cómo vas a romper aguas si a la niña le faltan tres semanas para nacer! —grité de lo nervioso que me puse.

—Hijo, no grites, que se pone más nerviosa —me dijo mi padre—. Anda, idos para el hospital; yo me quedo aquí con Sasha.

—Muchas gracias, Alonso —le dijo Olimpia—. Al final no va a estar Elías para ver nacer a su sobrina —pronunció con pena.

—No te pongas triste, seguro que tarda poco en regresar. —La consoló su hermana.

—¿Cómo puedes estar tan tranquila? —No salía de mi asombro.

—Es que no me duele. ¿Y si no he roto aguas y me he meado? —nos preguntó con vergüenza.

—No, cariño, sí que has roto aguas, solo había que ver el color rojizo —le contestó mi madre.

—Vamos, mira que, si te da por tener a la niña aquí, a mí me da algo —no lo decía porque me diera miedo verla nacer; mi miedo era que necesitara ayuda y no poder dársela.

Mi madre se sentó en la parte de atrás y Olimpia iba de copiloto a mi lado. No dejaba de girarse para mirar cómo iba su hermana.

Tanto que decía que no le dolía… pues a los pocos minutos le empezó a doler y, por la cara que le podía ver por el espejo retrovisor, tenía que dolerle mucho.

A la pobre se le veían las lágrimas saltadas, apretando los dientes mientras se ponía muy roja aguantando ese dolor. Lo único que hacía era apretar la mano de mi madre y susurrar.

—Ya estamos llegando, cariño —le dije y me di cuenta demasiado tarde de la palabra que le había dicho. Ya no me quedaba más remedio que tirar hacia delante.

Al llegar al hospital las dejé en la parte de urgencias, donde los celadores, al ver el estado en el que iba, sacaron rápido una silla de ruedas para que no tuviera que andar.

—Voy a aparcar y vuelvo. Si pasa algo, llámame —le dije a Olimpia.

—No, por favor, no te vayas. —Me cogió por la muñeca—. Quiero que estés a mi lado.

Dios, cómo me dolía verla con ese dolor. Ojalá pudiera pasarlo por ella.

—No puedo dejar el coche aquí. —Me agaché para estar a su altura—. Vuelvo rápido; antes de que te des cuenta estaré aquí. —Le di un beso en la frente.

—No, no te vayas. ¿Y si después no te dejan entrar? Necesito que estés a mi lado, por favor, quiero que estés conmigo. —Levanté la mirada para ver a

su hermana. Ella, al ver mi cara, asintió.

—Yo voy a aparcarlo, ahora vuelvo. Entra con ella —me dijo Olimpia tocándome el brazo.

Le di las gracias con la mirada. Para mí eso significaba mucho, sobre todo que Bianca me hubiera pedido que la acompañara.

Tenía ganas de llorar por la emoción que me estaba cruzando el pecho. Si me pedía que no la dejara sola y que la acompañara en todo momento, sería porque algo le importaba, ¿verdad?

No quería hacerme ilusiones, o por lo menos ese tipo de ilusiones con ella, porque si resultaba que solo era una petición por el miedo y después no era nada más, me dolería mucho.

Nos metieron en la sala de partos o como se llamara, porque yo de eso no tenía ni idea.

—Tienes que ponerte esta bata —le dijo una enfermera—. Ahora viene la matrona a revisarte. Tu marido puede ayudarte a cambiarte. —Tragué el nudo que se me hizo en la garganta.

—Si quieres, le puedo decir a mi madre o a tu hermana que entren. —No quería que pasara por una situación incómoda.

—No, si a ti no te importa, a mí me da igual. Total, no tengo nada que no hayas visto en otras mujeres. —Sí que tenía cosas que no había visto en otras, y no digo físicamente, pensé.

—A mí no me importa. Sabes lo que siento por ti. Tal vez no sea el mejor momento, pero te quiero y no hay nada que me importe más en esta vida que tú y la niña, porque la siento mía, sin que su madre lo sea. —Necesitaba decírselo, ya no lo podía callar por más tiempo—. Te quiero, y no como amigo. Te quiero porque me he enamorado de ti y entiendo y comprendo que no sea recíproco, pero necesitaba que lo supieras.

Bianca me abrazó con las fuerzas que tenía en esos momentos. Ese abrazo fue distinto, o por lo menos eso me pareció.

—Yo no sé cómo ha pasado. A veces pienso que en el fondo no estaba realmente enamorada de Nando, porque desde hace tiempo solo pienso en ti. Me he ido enamorando poco a poco, por eso te he pedido que entres conmigo. Quiero que vivas este momento junto a mí. Ojalá fueras el padre de mi hija.

El corazón dejó de latirme durante unos segundos. Eran las palabras con más sentimiento e importantes que me habían dicho en mi vida.

—Si me dejas, me gustaría ser el padre de esa niña. La quiero como si fuese mía, porque padre no es la persona que la hace; padre es el que la ama incluso antes de nacer. —Estaba llorando como un niño pequeño. No me creía lo que estaba pasando; era un sueño, mi sueño, y se estaba haciendo realidad.

—Nada me gustaría más que verte ocupando ese lugar en la vida de nuestra hija. —La cogí por las mejillas, pegué mis labios a los suyos y le di el beso más tierno y con más amor que había dado en mi vida.

Claro que ese beso se lo di hasta que le dio otra contracción que hizo que se doblara en dos.

La ayudé a quitarse la ropa y a ponerse la bata. A mí también me habían dado una para ponérmela encima de la ropa.

La matrona llegó un momento después, hizo que Bianca pusiera los pies en unos salientes que tenía la cama, le puso una sábana por encima para cubrirla un poco y, tras ponerse unos guantes, metió la mano en sus partes para revisarla.

—Muy bien, cielo, ya has coronado, así que de un momento a otro tendréis a vuestra hija con vosotros. —Esa mujer se veía que era de las que trabajaban por vocación; nada más había que ver cómo le hablaba a Bianca.

Una enfermera le fue poniendo un suero, además de los monitores, para controlar los latidos de la niña y cada cuánto le estaban dando las contracciones.

—Lo estás haciendo muy bien, preciosa. —Le apartaba el pelo de la frente sudorosa.

—Toma, pásasela por la frente y el rostro; esto le va a aliviar mucho —me dijo una enfermera entregándome una gasa húmeda.

Se lo agradecí antes de que saliera de la habitación. Nos dejaron solos otra vez; por lo visto le faltaba un poco hasta que pudiera nacer, y a mí se me rompía el alma cada vez que veía que le daba otra contracción.

Era increíble lo fuerte que era. No había gritado ni una sola vez; se mordía el labio inferior o me apretaba la mano que me tenía cogida, pero no se quejó en ningún momento.

Cuando llegó el instante en el que la niña nació, fue la cosa más emocionante, emotiva y maravillosa que había visto en mi vida.

No sabía quién lloró más, si la madre, mi hija o yo. Le corté el cordón casi sin ver por culpa de las lágrimas y, cuando se la pusieron en el pecho a Bianca, fue perfecto.

Le saqué una foto para mandársela a la familia y para tener ese momento siempre de recuerdo, aunque yo, desde luego, no necesitaba una foto para recordarlo, porque se me había quedado grabado en la mente y en el corazón.

—Es tan bonita que quita el sentido. —Besé de nuevo los labios de Bianca —. Te quiero —susurré sobre ellos—. Gracias por dejarme formar parte de vuestras vidas.

Le di un beso a mi hija en su pequeño moflete, porque sí, la quería como si fuese mía y siempre la iba a querer y proteger por encima de todo.

Capítulo 32

Olimpia

La sorpresa que nos dieron mi hermana y Matt fue la más bonita que nos habían podido dar, aunque, si tengo que ser sincera, era algo que nos esperábamos, porque la unión que había entre ellos dos se podía ver desde lejos.

Mi sobrina nació sin ninguna complicación y pesando casi cuatro kilos, vamos, que un poco más y sale andando ella sola cuando a los dos días le dieron el alta a las dos.

¿Qué iba a decir yo de mi niña? Pues que para mí era la bebé más bonita del mundo.

Era una auténtica muñequita, con esos mofletitos, esos ojitos y esa boquita… es que solo daban ganas de comértela.

Mi pena era que volvía a estar sola en mi casa. Bueno, sola no, porque tenía a Sasha conmigo y después volvería Elías, que esperaba que no tardara mucho en hacerlo.

Mi hermana se fue a vivir con Matt en cuanto salió del hospital. Era normal, lo quería y ya que los dos habían reconocido sus sentimientos, era lo menos que podían hacer. Eso y que mi cuñado no se separaba de su hija, porque para él y para el resto de la familia, Matt era el padre de Amanda. Sí, le habían puesto igual que a mi madre.

Oye, y la abuela estaba con la baba caída. Bueno, en realidad estaban las dos abuelas y el resto de la familia. El único que faltaba por conocer a mi niña era mi chico y estaba segura de que cuando lo hiciera también iba a caer rendido a sus pies.

Mis padres se habían quedado en mi casa una semana. Normal que no se quisieran ir y, si por mí hubiera sido, me hubiese gustado que se quedaran un poco más, pero tenían sus cosas que hacer, sobre todo mi padre, que tenía que seguir trabajando y no se podía coger más días libres.

Sé que se fueron con mucha pena. Se dejaban aquí a sus dos hijas y a su nieta. En cuanto mi hermana les dijo que iba a rehacer su vida junto a Matt, que se había enamorado de él y que no quería separarse de su lado, lo celebraron por todo lo alto.

Ver a su hija siendo feliz es lo que todo padre quiere para sus hijos y eso es lo que ellos vieron en los ojos de mi hermana: que era feliz junto a ese hombre que le había estado dando tanto sin pedir nada a cambio.

Estaba esperando a que Matt trajera a mi hermana y a mi sobrina a mi casa. Por lo visto, él tenía que salir a hacer varias cosas y no quería que mi hermana se quedara sola en casa y, por supuesto, yo encantada de la vida.

Y más encantada estaría mi Sasha. Desde que vio a mi sobrina la primera vez, no se separaba de ella cada vez que estaban en la misma habitación. Era como si la estuviera protegiendo constantemente.

Escuché la puerta de entrada y me levanté de un salto para ir a ver a los recién llegados. Estaba que me moría de ganas por verlos y eso que los veía todos los días y me pasaba un montón de horas disfrutando de mi niña.

—Por fin, un poco más y tengo que ir a buscaros —dije cuando llegué a la puerta.

No me dio tiempo a decir nada más. Me quedé clavada en el sitio.

Allí no estaba mi hermana. Allí estaba mi peor pesadilla, apuntándome con una pistola.

El cuerpo me empezó a temblar de una manera que no podía controlar. El miedo me recorrió desde los pies, pasando por mi columna, hasta llegar a mi cabeza.

Sasha parecía que lo había olfateado, porque llegó a mi lado en menos de un par de segundos.

Tenía los colmillos fuera, el lomo completamente erizado y no paraba de gruñir, pero no se separaba de mi lado.

—Si no quieres que me la cargue ahora mismo, más vale que la calmes y la encierres. Esta vez no voy a ser tan tonto.

Se suponía que estaba en la cárcel. ¿Qué hacía aquí? ¿Y cómo había abierto mi puerta con tanta facilidad?

Piensa, Olimpia, me dije.

Mi hermana estaba a punto de llegar con mi sobrina y el miedo se acentuó mucho más al pensar que le podía hacer algo a la niña por venganza. Yo no podía permitir que le hiciera daño a ella ni a mi hermana. Prefería que hiciera conmigo todo lo que quisiera antes de que las tocara a ellas.

—Si me apartas, la puedo sacar fuera de la casa. Si la dejo dentro, lo más seguro es que destroce la puerta hasta salir.

Ojalá creyera lo que le había dicho.

Eso me valdría para alertar a Matt y a mi hermana de que pasaba algo, porque ellos sabían que jamás dejaría a la perra en la calle por propia voluntad.

—Ni se te ocurra hacer nada raro o te pego un tiro antes de que te des cuenta. Cógela por el collar y no la sueltes hasta que estés en la calle —me ordenó.

Me alegraba que hubiera venido cuando no había nadie más, porque la mirada que traía no presagiaba nada bueno.

Y cuando una persona como él no tiene nada que perder porque ya lo ha perdido todo, le da igual hacer lo que sea con tal de salirse con la suya. Y él venía dispuesto a todo.

—Sasha, quieta. —Le di esa orden y, aunque me hizo caso, seguía estando a la defensiva.

Me agaché y le hablé muy bajito.

—Escúchame, cariño, es muy importante. Tienes que quedarte en la calle. —Bajé un poco más la voz para que solo me oyera ella—. Cuando venga Matt tienes que avisarle de que pasa algo.

Me levanté y la cogí por el collar para sacarla fuera de casa. Al abrir la puerta vi que estaban llegando mi hermana y Matt con la niña.

No podía permitir que entraran.

Levanté la mirada. Menos mal que Nando estaba a mi espalda y todavía no podía verlos.

Miré a mi hermana a los ojos. Sé que ella se dio cuenta de que pasaba algo al verme. Se quedó clavada en el sitio.

Una lágrima me corrió por la mejilla. No sabía si la volvería a ver y esta era mi forma de despedirme de ella.

«Te quiero», le dije moviendo los labios.

«Nando», vocalicé muy despacio para que me leyera.

Me incorporé y me fui metiendo dentro de la casa, cerrando la puerta cuando estuve dentro.

—Ya. —Me volví para mirarlo—. ¿Cómo has salido? —le pregunté.

—No creas que no me ha costado, porque casi me cuesta la vida. —Levantó la mano para enseñarme una venda alrededor de su muñeca—. He

tenido que fingir un intento de suicidio para que me sacaran de la cárcel y me trasladaran al hospital. —Dio un paso en mi dirección.

»Pero por ti todo merece la pena. Hasta el policía que he matado para poder escapar y cogerle la pistola. No podía venir a verte con las manos vacías. —Movió la pistola para dar veracidad a sus palabras.

—Sabes que, aunque me mates, no vas a salir con vida de aquí —le dije mirándolo fijamente—. Elías está a punto de llegar a casa y cuando vea que Sasha está en la calle, se va a dar cuenta de que algo pasa. Y no creas que me voy a quedar con las manos cruzadas. Prefiero que me pegues un tiro antes de que me pongas un solo dedo encima.

—No te pongas tonta, Olimpia, que yo solo quería que viviéramos juntos y felices. Pero no, tú tenías que enamorarte de ese tío. —Me apuntó con la pistola—. Siempre he estado en tu vida; tenías que haberte enamorado de mí.

Ya no estaba hablando. Sus gritos se tenían que estar escuchando desde la calle, igual que nosotros escuchábamos los ladridos de Sasha.

—Jamás me habría fijado en un hombre como tú. Solo me das asco y, si te toleraba, era por mi hermana. —Sabía que lo estaba provocando, pero me daba igual. No me iba a quedar callada y asustada.

Llegó hasta mí y me cogió por el brazo con fuerza, llevándome casi a rastras hasta el salón.

—Puede que muera, pero antes de hacerlo te voy a follar como nunca te han follado. Te aseguro que cuando me pruebes no vas a querer estar con otro hombre. —Me dio un empujón y caí contra el sofá—. Y ahora empieza a quitarte la ropa.

—Antes muerta. Tendrás que matarme y disfrutar de mi cuerpo inerte, porque viva no lo vas a hacer. —Me levanté de un salto—. Eres tan poco hombre que das asco. Tenías a la mujer perfecta a tu lado, ibas a tener una hija y lo has tirado todo por la borda por esa mente enferma que tienes.

No sé el tiempo que llevábamos encerrados en la casa. Para mí era mucho y la cosa cada vez se estaba poniendo peor. En la calle se escuchaban las sirenas, lo que hizo que él se alterara mucho más.

Con una mano se empezó a desabrochar el pantalón. No llegó a bajarse la cremallera cuando de pronto se escuchó un sonido muy fuerte.

Segundos después de ese sonido, Nando cayó hacia delante. Su cuerpo no se volvió a mover después de caer al suelo y poco a poco vi que en el suelo se empezaba a formar una mancha de sangre.

No grité. Aunque parezca mentira, respiré. Respiré el alivio que invadió mi cuerpo, sabiendo que por fin todo había acabado y que el único que había salido perjudicado había sido él.

Bueno, él y el pobre policía que estaba haciendo su trabajo. Me dolía en el alma pensar en esa pobre familia cuando les dieran la noticia.

La puerta de casa se abrió de manera brusca y por ella entró Elías.

No me lo podía creer. Por fin lo tenía de vuelta conmigo y esta vez para siempre.

—Cariño —dije casi en un susurro.

Corrí hacia él, me lancé a sus brazos y dejé que me envolviera entre ellos.

—Por fin ha terminado todo —dije llorando.

—Vida, no he pasado más miedo en mi vida. Gracias a Dios han actuado rápido. —Me apretó fuerte contra su pecho—. Todo ha terminado y yo no me voy a volver a separar de ti nunca más.

Me cogió por las mejillas y me dio el beso más apasionado que me había dado nunca.

La casa se fue llenando de policías. A mí me sacó Elías de allí mientras un agente me iba haciendo preguntas. Se las iba contestando todas lo más rápido que podía, porque lo único que quería era que todo terminara cuanto antes.

Hasta un rato después no me dejaron ver a mi hermana. En cuanto la vi, nos fundimos en un abrazo. Nos llenamos la cara de besos mientras llorábamos.

Eran lágrimas de saber que por fin era libre. Eran lágrimas de alegría y de miedo. Era un cúmulo de sentimientos que necesitábamos sacar.

El día se hizo interminable. Entre las declaraciones, el levantamiento del cadáver y todo lo que eso conllevaba, cuando llegué a la casa de Elías era bien entrada la noche.

Nos duchamos juntos entre besos, abrazos y promesas de futuro. Un futuro a su lado era lo mejor que podía tener.

Caímos en la cama desnudos y nos amamos casi toda la noche. Habían sido muchos meses separados y el miedo que pasé al creer que no lo volvería a ver en mi vida.

Ahora sí que empezaba nuestra vida.

Fue el último pensamiento que tuve antes de caer rendida por el sueño y, desde luego, no podía dormirme en un mejor lugar que dejando que me envolviera entre sus brazos.

Epílogo

Diez años después…

Olimpia

—Vida, ¿te queda mucho? —preguntó mi marido entrando en el baño, donde estaba dándome el último retoque.

—No, ya casi acabo, me falta la barra de labios y listo. —Me giré para mirarlo. Dios, más guapo no podía estar con ese traje de chaqueta negro y la camisa blanca debajo—. Es injusto que estés tan guapo con solo un traje —le dije, comiéndomelo con los ojos.

—Si te vieras como lo hago yo no pensarías igual. —Se acercó a mí de esa manera que hacía que se me pusieran los pelos de punta—. Solo tienes que mirarte al espejo. —Se colocó a mi espalda, abrazándome—. Eres la mujer más perfecta que hay en el mundo, nadie se puede comparar contigo —me fue hablando de manera sensual—. Da igual que tengas este vestido o una camiseta rota, para mí no hay nadie más sexi que tú. —Me dio besos por el cuello.

—Cariño, vamos a llegar tarde —le dije en un susurro.

—No me importa, lo único que me importa eres tú. —Pasó las manos por mis costados.

—Me vas a estropear el vestido y el maquillaje —le advertí en voz baja, aunque mi cuerpo decía justo lo contrario—. Este vestido es de esos de

mírame y no me toques.

Era de satén plateado, una tela suave y brillante que caía sobre mi cuerpo como un anillo hecho a medida. Largo, elegante, con una pequeña cola que se deslizaba tras de mí al caminar. En la parte de arriba llevaba unos tirantes anchos y un escote en pico que realzaba el pecho con sutileza, sin excesos, como si no necesitara nada más para llamar la atención. Era un vestido sencillo, sin adornos innecesarios, pero me atrapó desde el primer momento en que lo vi en la tienda. Me enamoré de él al instante y supe que tenía que ser mío, que estaba hecho para esta noche, para esta ocasión tan especial.

—Esta noche no te escapas —murmuró él, dejando escapar un suspiro cargado de frustración, de esos que nacen cuando el deseo tiene que esperar, aunque sea a regañadientes.

—Si no me dejas escapar ni una noche —le dije riendo.

Hoy era un día importante para toda la familia. Por fin se casaba mi hermana con Matt, porque madre mía lo que les había costado dar el paso a esos dos.

Mira que fueron rápidos en irse a vivir juntos, pero dar ese paso les había costado diez años y tres hijos.

Sí, como lo habéis leído, tres hijos habían tenido.

Mi princesa Amanda fue la primera en llegar. Diez años tenía ya y más bonita no podía ser.

A los dos años llegó mi principito. Bueno, uno de ellos, porque príncipes tenía varios en mi vida, pero dejadme empezar por él en concreto.

Alonso, al que llamaron así en honor a su abuelo paterno, tenía ocho años y era un niño muy especial. Pero no especial en el sentido complicado, sino en ese que te desarma. Todo lo que tenía de especial lo tenía también de inteligente y noble, como si hubiera nacido con una sensibilidad distinta. Siempre estaba pegado a las piernas de mi hermana o a las mías, buscando refugio sin necesidad de palabras. Era desconfiado con los extraños y no solía tolerar demasiado las muestras de cariño, al menos no con cualquiera. Con la

familia más cercana, sin embargo, era diferente. A nosotros sí nos permitía besos, abrazos y caricias, aunque siempre a su ritmo, cuando él sentía que las necesitaba.

Pero si había alguien a quien, pasara lo que pasara, debía tener siempre a su lado, era a mi pequeña Sasha. Con ella lo llevaba todo mucho mejor. Su presencia parecía calmarlo, anclarlo al mundo. Y Sasha, encantada de la vida, disfrutaba siendo el centro absoluto de atención de mi sobrino, protegiéndolo como si fuera suyo.

A los tres años llegó a nuestras vidas el tercer hijo de mi hermana, mi pequeño Roberto. Sí, como mi padre. Vamos, que entre mi hermana y mi cuñado no se rompieron demasiado la cabeza buscando nombres, eso estaba claro.

Roberto era —y seguía siendo— un auténtico terremoto. No se cansaba nunca. De hecho, tenía más duración que las pilas Duracell. A todos lados iba corriendo y, si no era corriendo, era saltando. A veces parecía un pequeño canguro de la cantidad de brincos que daba sin parar. Con razón mi hermana no había tenido tiempo de preparar su boda antes; con un torbellino así en casa, bastante hacía con seguirle el ritmo.

Este nos ponía las pilas a todos los que tuviera a su alrededor en cero coma. Qué rapidez tenía el hijo de su madre.

Mis padres seguían viviendo en la ciudad que me vio nacer. Sí que era verdad que, una vez al mes, cogían el coche y venían a ver a sus hijas y a sus nietos. Otras veces éramos nosotros los que íbamos a visitarlos, intentando no perder nunca ese vínculo que tanto significaba para todos.

Era cierto que los niños estaban mucho más encariñados con los abuelos de aquí. Era normal y se entendía, sobre todo teniendo en cuenta que a Diana y a Alonso los veían a diario. Ellos formaban parte de su rutina, de su día a día, de esos pequeños momentos que son los que realmente crean lazos.

Y esos dos… locos de contento con sus cinco nietos. Sí, cinco. No me he equivocado al contar, porque mis hijos también eran sus nietos, aunque no llevaran su sangre. Porque el amor, el cariño y la unión no los crea la sangre, los crea el corazón.

Y ahora sí, llegamos a mis hijos.

Oliver tenía siete años. Físicamente se parecía a mí, pero el carácter era el de su padre al completo: cariñoso, amable y servicial con todo el mundo. Siempre tenía una palabra bonita, una sonrisa o un gesto para quien lo necesitara, como si llevara la bondad tatuada en el alma.

Después llegó Álvaro. Él tenía cuatro años y, al contrario que su hermano, se parecía a su padre en todo, tanto físicamente como en la forma de ser. Vamos, que sabía que era mi hijo porque me había costado lo mío tenerlo.

Una lo lleva nueve meses en su interior, pasa por dolores para traerlo al mundo… y luego no saca ni mi color de ojos. Puse los ojos en blanco solo de pensarlo.

Álvaro… ¿qué puedo decir de él? Era mi pequeño. El que tenía la costumbre de despertarme llenándome la cara de besos y de babas. El que no podía quedarse dormido si antes no le cantaba una nana o le contaba un cuento. El que siempre me llamaba para decirme algo que él creía que tenía muchísima gracia, aunque no la tuviera. Yo me reía igual, porque lo único que me importaba era que mis hijos fueran felices. Mis hijos y toda mi familia.

El resto de mi familia —mis tíos, mis primos— fuimos perdiendo un poco el contacto con el tiempo. No del todo, porque hoy iban a venir, pero ya no era lo mismo. No nos veíamos tanto y cada uno había ido haciendo su vida.

Supongo que es normal. Cuando se tienen más responsabilidades, no queda el mismo tiempo para todo lo demás que antes sí tenías. Aun así, seguíamos viéndonos en eventos especiales, manteniendo ese hilo invisible que nunca termina de romperse.

—Mamá, Sasha no me deja que me ate los cordones. —Me reí al oír a mi hijo mayor.

Es que Sasha le había cogido el juego a ver los cordones de los zapatos y disfrutaba tirando de ellos.

—Solo tienes que decirle que no lo haga y te hará caso —le contesté.

—Pues te lo hará a ti, a mí no me escucha. —Lo vi aparecer dando trompicones porque la perra no lo dejaba andar.

—Sasha, quieta —le dijo Elías y ella le hizo caso al momento—. ¿Ves, cariño?, se lo tienes que decir en serio. Si lo haces riendo, ella lo toma como un juego y no te hace caso. —Fue mi marido quien se agachó para atarle los cordones—. ¿Y tu hermano?

—Está en su habitación. Le he dicho de ayudarle con los zapatos, pero me ha respondido que ya es mayor y que él puede solo.

El pequeño estaba en esa etapa en la que creía que era mayor y que podía hacerlo todo él solo.

—Voy yo mientras tú terminas. —Me dio un beso en el hombro antes de salir por la puerta.

Cuánto me había cambiado la vida desde que lo había conocido. Cuando llegué a esta ciudad lo hice sin ninguna esperanza, sin ilusiones y sin ganas de vivir. Llegué rota, perdida, sin saber muy bien hacia dónde iba. Y mírame ahora, con la mejor familia que jamás habría imaginado tener, con un hogar lleno de amor, de risas y de sentido.

No todo había sido de color de rosas. Había llorado mucho hasta llegar aquí, había pasado noches interminables y momentos en los que pensé que no podría seguir adelante. Pero ahora, con la mente en frío, creía firmemente que todo en esta vida pasa por algo. Y que, si yo había tenido que atravesar aquella pesadilla para llegar hasta donde estaba en ese preciso instante, lo volvería a hacer con los ojos cerrados, sin dudarlo ni un segundo.

Terminé de ponerme los zapatos y salí al encuentro de mis tres hombres, esos que me estaban esperando uno al lado del otro en la puerta de entrada, mirándome como si yo fuera el centro de su universo.

Al verlos allí parados, volví a pensar que todo había merecido la pena. Cada lágrima, cada miedo, cada caída. Porque ellos tres eran mi vida entera, mi refugio y mi mundo.

Sin ellos… ya no sabría vivir.

¡Hola! ¿Cómo estás? ¿Qué te ha parecido esta novela? Curiosidad de autora jeje.

Si te gusta cómo escribo, disfrutas con mis historias, viajas a esos lugares donde los personajes viven mil y una aventuras, y quieres estar al día de mis novedades, puedes seguirme en la página de Amazon y en mis redes.

¡¡Nos vemos por allí!!

Sarah Rusell.

Facebook: Sarah Rusell
Instagram: @sarah_rusell_autora
Página de autora: relinks.me/SarahRusell
Twitter: @ChicasTribu
